BAJO EL SIGNO DE ATISBOS

ANDANZAS DE UN PERIODISTA

Y OTROS ENSAYOS

RENE CAPISTRAN GARZA

MEXICO, D. F.
1 9 5 8

Propiedad del Editor asegurada conforme a la ley

LITOGRAFIA "REGINA DE LOS ANGELES".

Prólogo

Prólogo

Muchos volúmenes —y muy voluminosos todos ellos— podrían hacerse recopilando de entre mi producción periodística, lo que pudiera tener algún valor, aunque fuera raquítico y menguado, en el aspecto literario o en el orden de las ideas.

En efecto, he escrito mucho, y hasta muchísimo —sobrarán quienes opinen que demasiado— desde que hace veintiún años regresé de mi largo y penoso destierro que duró once. Durante esos veintiún años he ejercido ininterrumpidamente el periodismo, y he vivido de él, salvo un corto período en el que las decepciones estuvieron a punto de apartarme para siempre de este tremendo vicio que me tiene esclavizado. He dirigido periódicos y he ayudado a hacerlos como editorialista o como colaborador. De toda esa tarea, grata pero fatigosa por nutrida e incesante, no todo ha de ser desperdicio. Algunas cosas andan por ahí que yo desearía rescatar del naufragio definitivo, no porque con tal

naufragio pierdan nada las letras universales, sino porque en su mayor parte no es obra literaria o de imaginería, que forme la urdimbre de meras narraciones deleitosas de amable pasatiempo. Algo hay de eso, porque al fin el escritor proyecta su espíritu por mil cauces diversos. Sino que casi todo lo que he escrito tiene, eso sí, el valor de un conjunto compacto, congruente, orgánico, de ideas que en el fondo constituyen un cuerpo armónico de doctrina. No es, pues, la forma lo que le da valor, sino el contenido, es decir, las ideas. Y las ideas no las inventa nadie, las producimos entre todos, y cuando se condensan en el pensamiento de alguien en particular, y éste las trasmite al papel, adquieren un poco de creación gracias a la forma, al estilo, que es propiamente lo que tienen de personal. Y entonces ya valen algo, aunque sea un periodista quien las presente.

Bien; pues esto es lo que me ocurre a mí, y he preferido decirlo yo, en vez de que lo diga alguno de los muchos y muy estimables y valiosos amigos de campanillas que tengo entre la "crema y nata de la intelectualidá".

Son las ideas, dispersas por los rincones, las que pretendo que sobrevivan. Alguna vez publiqué "La Virgen que Forjó una Patria", libro que a mi parecer no ha dañado sino servido espiritualmente a los pocos o muchos que lo hayan leído; aunque a lo largo de sus tres ediciones, me parece que han de ser más bien muchos que pocos. Este libro de ahora, "Andanzas de un Periodista y Otros Ensayos", es la reunión de algunas cosas escritas en diferentes y hasta distantes épocas, pero que mantienen, como lo advertirá el lector, un hilo sutil que las articula dándoles unidad fundamental de pensamiento. Además —y esta es, como decía un amigo mío compañero de la dorada juventud, cuestión meramente "fiduciaria"— este libro inicia la probable publicación de varios otros, el primero de los cuales, después

de éste, lo tengo ya mentalmente estructurado, y no hace falta sino el nimio detalle de empezar a escribirlo. Hecho eso, no habrá sino acabarlo y ya. Su título va a ser: "Sentido Cristiano de la Revolución Mexicana".

¿Que a ver, a ver, cómo está eso de "Sentido Cristiano de la Revolución Mexicana", que suena raro y hasta un sí es, si no es, heterodoxo? Pues querido lector . . . pero dejemos la disputa —que esta no va a ser mera discusión— para cuando yo haya escrito el libro y tú lo hayas leído y si a mano viene releído con indignación, con curiosidad o con beneplácito.

Porque resulta oportuno aclarar en este preciso momento y lugar, que no enfoco ahora mis ideas sobre la Revolución nuestra, que como las enfocaba en los años del viaje de rectificación narrado en este libro. De intento he escrito y descrito el viaje reflejando la sensibilidad con que viví los acontecimientos, cuando sólo veíamos los jóvenes católicos de mi generación el aspecto negativo de aquella gran convulsión histórica. Pero los años no pasan en vano, y la experiencia y la observación transforman el panorama. Sin menoscabo alguno de mi integridad católica, que reafirmo categóricamente ahora y siempre, declaro que la Revolución Mexicana fue un movimiento en cuya entraña —cristiana entraña— no supimos penetrar en su tiempo, los católicos de ese tiempo.

Andanzas de un periodista

A Emilio Portes Gil

Era el dos de junio de 1919. En una oficina situada en el edificio Bustillos, en el corazón de la ciudad de México, comentábamos algunos estudiantes los últimos acontecimientos políticos del país, y otros sucesos de feliz recordación. La oficina en que nos encontrábamos era lo que llamamos un cuarto redondo, de no muy espaciosas dimensiones, dividido en dos por un cancel de madera. Cuatro mesas barnizadas, con su correspondiente dotación de sillas de ocote, dos estantes con libros de todos los pelos y señales, y alguno que otro cromo en las paredes, constituían el suntuoso menaje de la estancia. Hacia un ángulo, dos canceles de poca altura formaban un estrecho privado, que era a la sazón la oficina de quien hace este relato. Lo único que justificaba la denominación de privado, dada al cuartucho aquel, era el hecho patente e indiscutible de estar casi por completo privado de muebles, útiles y enseres propios de una oficina, pues salvo un escritorio de origen y fecha que se perdían en la oscuridad de los tiempos, y de una silla giratoria, ya para entonces paralítica, no quedaba por admirar ahí más que algunas telarañas inaccesibles.

El despacho descrito era nada menos que la dirección, redacción y administración de "El Futuro", periódico que aparecía todos los martes y viernes, excepto cuando le era absolutamente imposible, y que, por aquellas calendas, desplegaba a todo trapo la bandera de un catolicismo integral, y de una oposición resuelta y enconada al régimen revolucionario, bandera sostenida arderosamente por un grupo de muchachos que creíamos sentir el aliento gigante de los viejos cruzados.

Como buenos estudiantes de esa etapa revolucionaria, casi nada estudiábamos. Ibamos a la Escuela, especialmente a la de Jurisprudencia, que era a la que pertenecía la casi totalidad del grupo, a recibir por ósmosis y endósmosis, a través de los poros ávidos del cuerpo, la noble ciencia del Derecho. En cuanto a encarnizarnos formalmente con los libros y a extraerles de veras el jugo y la savia, era harina de otro costal. Bien es cierto que frente al espectáculo que la revolución desplegaba entonces ante todo el país, estupefacto y sobrecogido, nos resultaba de una ironía suprema eso de consagrar la existencia al estudio del Derecho y la Justicia.

El Morbo de la Política

El autor de este relato cursaba entonces —cursaba nada más, que no aprendía— el cuarto año de leyes; y con dos o tres compañeros de aulas y otros tantos que eran alumnos de la Escuela de Ingenieros, hacía "El Futuro", convertido a poco, por obra de los hechos consumados, que es lo único que vale en nuestra vida pública, en pasado pluscuamperfecto.

Nosotros no poseeríamos una disciplina para el estudio. En eso éramos sencillamente víctimas del desastre

educativo y cultural de la juventud contemporánea de esa etapa ingente de la revolución y no estaba en nuestras manos, desgraciadamente, evitar que la vida entera de México, en todos los órdenes, entrara en un período de feroz y estéril anarquía. En cambio, lo que sí sabíamos hacer, era engolosinarnos hasta el exceso comentando el acontecimiento político del día; declamábamos que daba gusto sobre todas las minucias y desperdicios de la época; nos entrábamos de lleno, con alma, vida y corazón, por todos los vericuetos, atajos y encrucijadas de aquella cosa pública, que había inficionado el ambiente y maleado nuestros organismos con gases deletéreos, precursores inmediatos de una descomposición al parecer definitiva. Y nosotros, enemigos románticos de la revolución, combatiéndola con toda nuestra alma e imaginándonos detener su avance que era arrollador porque era natural, y que se apoderaba, envenenándola con sus pasiones, de la raquítica conciencia pública, éramos sin saberlo un reflejo de la imperante anarquía, y a las veces nos convertíamos insensiblemente en verdaderos demagogos.

La oficina de "El Futuro" tenía un balcón sobre la calle de Tacuba. Desde él se contemplaba un espectáculo singular, de esos que dieron a la ciudad de México una fisonomía inconfundible y propia. El antiguo callejón de la Alcaicería, retazo del México viejo que había quedado aprisionado en el centro de la ciudad, se veía completo desde el balcón, con su profusión de fondas de medio pelo, despidiendo, en el resol del mediodía, unos olores a cocina sabrosa, que desmayaban. Puestos instalados en los zagüanes de la calleja, donde mujeres de carnes morenas guisaban y freían suculentas invenciones, y en donde se apiñaba, para devorar las viandas del espléndido yantar, muchedumbre abigarrada de empleados, choferes, cocheros y alguna que otra linda pizpireta alternando sin saberlo, con mozas del

partido que por ahí merodeaban. Conjunto pintoresco, envuelto por el sol vivísimo de un mediodía de verano, rumoroso como un colmenar, colorido y brillante como estampa antigua.

Contemplando aquel espectáculo que sintetizaba toda la poesía oculta en la vida hervorosa de la ciudad, comentábamos los últimos sucesos que agitaban, como vientos de fronda, nuestros espíritus jóvenes, ansiosos de lucha y de emoción.

Vino "Porque Pudo"

Don Venustiano Carranza ocupaba entonces la Presidencia de la República y bien hubiera podido argüir para explicar su presencia en el poder, la misma razón filosófica con que anunciaba su aparición el personaje de una zarzuela en boga durante mis años mozos: "No vengo a ver si puedo; sino porque puedo vengo".

Don Venustiano vino porque pudo, y nada más. Sus partidarios, que formaban entonces una legión tremenda de arribistas, le llamaban varón fuerte y ecuánime. En realidad, era un ranchero tozudo y mañoso que manipuló el tinglado, hasta que se le enredaron las pitas en las venerables barbas.

A fines de mayo de 1919, don Pancho Villa, que estuvo a punto de hacerse continental, quedando al fin en la justa condición de notable bandolero, exacerbó sus anhelos por la felicidad completa de los mexicanos, y galvanizando sus deshechas mesnadas, logró reverdecer los marchitos laureles de la primera etapa de sus hazañas guerreras.

Por esos días el desalmado caudillo se enseñoreaba de una importante región de Chihuahua, entraba a Ji-

ménez como un huracán, se apoderaba de Parral proclamando un gobierno ahí, y se movía con sus hombres prodigiosamente, realizando jornadas increíbles, apareciendo casi simultáneamente en lugares distantes, soberano de la sierra y la llanura, y azote temido y pavoroso de ciudades y contornos.

Los grandes diarios de México publicaban todas estas cosas como notas informativas; y los periódicos de la oposición, que se nutrían de aquéllos en materia de noticias, agregaban al hecho el comentario, siempre hostil al gobierno, sarcástico y burlón para sus generales, a quienes el bandolero se les escurría de las manos como por arte de birlibirloque, y sobre todo, presentando al régimen como seriamente amenazado en su existencia.

Don Venustiano, que no se atrevió a emprender una ofensiva formal contra los grandes rotativos, siguió la estrategia de la línea curva, y quiso hacerlos escarmentar en cabeza ajena; lo que no hubiera tenido nada de particular, si tal cabeza no hubiera sido precisamente la nuestra.

Los Bomberos y los Viajes de Rectificación

Ya don Venustiano había dado pruebas pintorescas de su ingenio charro, inventando una fórmula de resultados efectivos para desbaratar las manifestaciones populares que no le cuadraban; los bomberos, hasta entonces empleados exclusivamente en apagar incendios, fueron utilizados por él en apagar el entusiasmo de quienes tenían la ventolera de expresar su desacuerdo con tal o cual acto del "varón fuerte y ecuánime". La primera vez que los bomberos arrojaron el copioso caudal de sus mangueras sobre el pueblo soberano, la sor-

presa fue inmensa y el resultado decisivo; los ciudadanos, remojados hasta la médula, se dispersaron perfectamente convencidos de que la razón asistía al "ecuánime varón". Después de entonces, otros gobiernos han empleado frecuentemente el recurso descubierto por aquel conductor de pueblos.

Esta vez don Venustiano iba a legar a la posteridad otro procedimiento, que como el de los bomberos, lo colocaba a un milímetro escaso de la inmortalidad: se trataba de los viajes de rectificación, consistentes en apoderarse de los periodistas enemigos del gobierno, enviarlos por prontas providencias a un cuartel de modo que los familiares del afectado no pudieran localizarlo, aunque sufrieran lo indecible imaginando lo peor; y trasladarlos a Chihuahua, o al sitio adecuado, para que "rectificaran voluntariamente" su información en el mismo lugar de los acontecimientos.

La víctima del primer ensayo de este sistema implantado por el varón fuerte y ecuánime, fue el periodista yucateco Barrera Peniche, a quien trajo al retortero durante varias semanas, en Tamaulipas, el genaral Murguía, entonces jefe de las Operaciones Militares en aquel Estado. Barrera Peniche era miembro de la gran familia revolucionaria; pero como esta familia es un poco díscola y desgarrada, ocurren con frecuencia cuestiones íntimas entre sus componentes, diferencias domésticas y graves tropiezos que a unos les hacen acabar sus tristes días en el destierro, y a otros los liquidan de primera intención alojándolos definitivamente en el camposanto, para evitarles mortificaciones. Barrera Peniche, el hombre con quien inauguró don Venustiano los viajes de rectificación, fue de los liquidados así, un año después de su odisea.

La forma como murió Barrera Peniche ha sido única en nuestra historia. Se encontraba en un restaurante en los alrededores de la ciudad de México, con su esposa

y dos amigos, cuando acertó a entrar allí, tosiendo recio, el general Murguía, en cuyas manos lo puso don Venustiano cuando el "viaje de rectificación". Barrera Peniche, al ser libertado, tuvo sus desahogos periodísticos contra el general Murguía por la forma no del todo comedida con que trataba a sus huéspedes. El general, dolorido y resquemado, aprovechó la ocasión para vengar agravios, y lanzó una andanada de donaires militares al atribulado periodista, quien ni sordo ni remiso, salió en el acto con su esposa y demás acompañantes, subió a su automóvil y se dirigió a la ciudad.

Pero Murguía, con ánimo evidente de suprimir un miembro de la gran familia, subió a su vez con varios oficiales que lo acompañaban, a su magnífico automóvil de divisionario, y se dio a perseguir, como una furia, a Barrera Peniche, que poseído de pánico, más volaba que corría, hasta que, en un recodo del camino, se desbarrancó, muriendo hecho pedazos por su propio automóvil. Años después el general Murguía pereció fusilado en el norte de la República, cuando intentaba vengar la muerte del "varón ecuánime".

El Caso a Discusión en el "Privado"

Cuando el recrudecimiento del villismo, a que antes me referí, don Venustiano arrojó sus perros de presa sobre los directores de varios periódicos. Los secuestros no se efectuaron con el debido acierto; se produjeron algunas equivocaciones y fueron detenidos unos por otros; Leopoldo Zamora Plowes, subdirector de "A.B.C.", fue aprehendido en lugar de su hermano Luis, que era el director; Daniel de la Vega lo fue en vez de su padre que era director de "Omega"; pero eso no importaba, lo necesario era encontrar periodistas para la

excursión, que fueran al norte a rectificar "voluntariamente" las noticias publicadas. Fueron detenidos también los directores de "El Mañana", "Revolución" y "Diógenes", periódico este último de humorismo y caritcaturas.

A todos los presos se les condujo inmediatamente a Chihuahua, y durante varios días se ignoró la suerte que habían corrido. Una semana después empezó a rumorarse que se les había trasladado al norte, en donde, al decir de muchos. serían fusilados.

Hay que remontarse a aquellos días azarosos, en que estaba vivísimo el recuerdo deprimente y aterrador del atentatorio período llamado Preconstitucional, para explicarse el temor de que fueran fusilados hombres a quienes se arrancaba subrepticiamente del seno de la sociedad y de sus familias, cuyo paradero se ignoraba a ciencia cierta, y que habían osado criticar al gobierno del hombre fuerte, defensor de las instituciones y reivindicador de las libertades públicas, que tenía el hábito de resolver estas cuestiones en que se jugaba la vida de los ciudadanos, a golpe de macana.

Todas estas cosas eran las que discutíamos acaloradamente en "El Futuro" los cinco o seis estudiantes que hacíamos el periódico, aquella mañana de junio de 1919, mientras la vida de la ciudad se reflejaba, incesante y multiforme, en el viejo callejón de la Alcaicería.

Nosotros éramos los únicos periodistas de la oposición que permanecíamos en pie, ante el hombre fuerte, quien al parecer no se dignaba tomarnos en cuenta, cosa que hasta entonces nos había librado de sus ecuánimes iras. La razón de ser de esa indiferencia era sin duda nuestra edad; yo, el director, tenía veintiún años, siendo probablemente el más viejo del cotarro; además éramos estudiantes, lo que equivalía a poseer algo como una patente de corso, porque en México todas las majaderías les son permitidas a los estudiantes. Desde luego

que nuestra actitud no era ninguna majadería; por lo menos a nosotros nos parecía muy trascendental, y se nos figuraba que el mundo entero estaba pendiente de ella.

Del mismo parecer debe haber sido de pronto don Venustiano, porque la impunidad que hasta entonces habíamos disfrutado cesó en el acto mismo en que protestamos airados, en varios artículos que ardían en un candil, contra la ilegal detención de aquellos ciudadanos periodistas, a muchos de los cuales ni de vista conocíamos.

Algunos de mis amigos opinaban en la discusión de mediodía, que era necesario volcar en el asunto toda nuestra energía y toda nuestra pasión, sin temor a los resultados, cualesquiera que éstos fuesen; para eso éramos periodistas libres y hombres de corazón; y tratándose de compañeros presos, no debíamos tener pelos en la lengua, siendo nuestro deber evidente decirle más de cuatro cosas a don Venustiano. Otros, en cambio, eran de opinión que convenía amainar un poco y no desplomarse con demasiadas arrogancias. En ocasiones extremadamente peligrosas, decían, lo hábil y prudente es esfumarse un poco; y no faltaba quien concluyera sentenciosamente: no hay que olvidarnos de que al buen callar llaman Sancho, y de que en boca cerrada no entran moscas.

Una Visita Inesperada

Pero como nosotros habíamos abierto la boca cuanto era posible, creyendo verdad, a pesar de lo que estábamos viendo, lo de la libertad de la prensa y otros tópicos que se encontraban a la orden del día en mítines y discursos, no tardó en colarse un moscardón.

Cuando en su punto estaba aquella trascendental disputa y más enardecidamente apoyaba yo y me decidía a continuar sosteniendo la aguda tesitura en que nos habíamos colocado, se presentó en la oficina un mozalbete barbilindo que con voz aterciopelada preguntó por mí. El personaje, acicalado y oloroso como una dama, me manifestó que deseaba insertar un anuncio en el periódico, inquiriendo acerca del precio respectivo.

El hecho de que caiga espontáneamente un anunciante en un periódico confeccionado casi a domicilio, constituye un verdadero acontecimiento. Jubilosamente, y convencido de que nuestra importancia periodística crecía por instantes, dí al interesado cuantos informes quiso sobre el particular y por último, lo remití con el agente de anuncios para que concluyera el arreglo, pues se trataba de un contrato importante.

El personaje en cuestión se retiró haciendo zalemas y nosotros reanudamos nuestra conversación tan gratamente interrumpida.

Los contertulios fueron despidiéndose uno a uno, y sólo permanecieron conmigo dos de mis compañeros, quienes esperaron a que concluyera de escribir un artículo que después me daría regular disgusto. Se hablaba por entonces de que el general Manuel M. Diéguez, a la sazón jefe de las operaciones militares en Michoacán, Jalisco y Guanajuato, sustituiría en Chihuahua al general J. Agustín Castro, quien no daba el ancho para combatir a Villa. Sobre ese traslado versaba el artículo al que titulé "Mambrú se va a la Guerra", y en él insistía en que, pues era necesaria la sustitución de Castro, ciertos eran los toros, no quedando duda de que el villismo retoñaba.

La Aprehensión

Terminado el artículo, salí con mis amigos. Eran aproximadamente las dos de la tarde, esa hora en que la ciudad de entonces parecía dormitar unos instantes en el sopor de la siesta; nos dirigíamos hacia el Zócalo y caminamos a lo largo del atrio de Catedral, bajo un sol calcinante, que reblandecía el pavimento de la calle. Continuábamos arreglando el mundo con nuestras charlas inagotables y nuestros proyectos admirables, cuando de pronto dos brazos hercúleos de alguien situado detrás de mí, me rodearon impidiéndome todo movimiento; una mano se introdujo ágilmente en mi bolsillo trasero sustrayéndome el revólver, y dos o tres personajes más, en actitud feroz y atravesada, me intimaban rendición. La escena ocurría a pleno sol; la ley del número y de la fuerza, que es la ley de la selva, imperando soberana precisamente en la Plaza de la Constitución, a la vista de uno que otro transeúnte que contemplaba el cuadro haciendo los ojos como elásticos. Mis dos amigos se apartaron y yo fui conducido, casi en peso, a un automóvil que sin que lo advirtiéramos, nos seguía desde que salimos de la redacción.

En el automóvil encontré a un conocido, lo que me causó de pronto sorpresa. Era el visitante que acababa de estar en la oficina para arreglar la inserción de un anuncio, y cuyo verdadero objeto había sido localizarme para facilitar la captura.

Una vez en el automóvil mis secuestradores y yo, el carro arrancó velozmente por la Avenida Madero rumbo, según se creyeron obligados a explicarme, a la Inspección General de Policía, donde ahora se halla la Lotería Nacional. En esos momentos, yo estaba poseído de la impresión extraña que se produce en el acto en que se ha perdido la libertad. Encontrarse de pronto

a merced de los demás; pasar instantáneamente del dominio de sí mismo, del ejercicio de su propia voluntad, de ser dueño de sus actos, de poder escoger entre una y otra dirección a convertirse en un fardo, en algo inerte, mecánico, que se mueve sólo por el impulso ajeno, era una sensación que sufría yo entonces por tercera vez en mi vida, y que aún la sufriría otras tantas después de ésta. Alguien sonreirá pensando que al asunto no hay que darle vueltas; que tal sensación extraña que esa impresión de inercia y de impotencia, se llama, sencillamente miedo; pero el hecho es que el verdadero miedo se caracteriza porque anula la voluntad y porque de ordinario, ofusca el pensamiento. Y la verdad es que en los años juveniles el peligro posee una atracción irresistible y los trances difíciles seducen y encantan, acaso por lo que tienen de misterioso e incierto.

Lo primero que a mí se me ocurrió imaginar fue, naturalmente, la pena que iba a sufrir mi madre, cuando momentos después recibiera la noticia. El hecho mismo de que no se supiera a ciencia cierta la suerte de los demás periodistas detenidos; de que las aprehensiones tenían un verdadero carácter de secuestro, dado que no mediaba orden alguna de autoridad competente y responsable, y que no se consignaba a las víctimas del procedimiento inventado por el varón ecuánime a ningún tribunal; la inseguridad ambiente, y los casos de desapariciones definitivas, daban a sucesos como aquel proporciones trágicas y desoladoras especialmente para las familias. Toda la mía, entonces, estaba constituída por mi madre; en las dos ocasiones anteriores en que había estado preso por causas semejantes vivía mi padre; pero esta vez tocaba a ella sola recibir el golpe y sufrirlo con gran valor y entereza, refugiando su pena en ese íntimo sentido de la vida cristiana que siempre poseyó.

A los pocos minutos de haber emprendido la carrera a bordo del automóvil me dí cuenta de que no íbamos a la Inspección General de Policía, cuyo rumbo habíamos tomado aparentemente; ya próximos a ella, nos desviamos hacia la calzada de la Tlaxpana, por donde salimos rápidamente de la ciudad, tomando después de un gran rodeo, el camino de Tlalnepantla, entonces un pueblecillo que se consideraba lejano.

Cuando comprendí que se trataba de un viaje en toda forma, y que lo de la Inspección había sido camelo policíaco, inicié una conversación con mis custodios que hasta ese momento habían permanecido silenciosos y severos, muy persuadidos de la alta misión que desempeñaban. Entonces disfrutaba yo de excelente humor y además, fue siempre táctica que me dio magníficos resultados, ganarme a alguaciles y carceleros tratándolos con cierta familiaridad y aún bromeando cuando había coyuntura para hacerlo.

Con el propósito, pues, de romper el hielo con mis aprehensores, me dirigí a ellos preguntando en qué pueblo veraneaba el Inspector de Policía, pues seguramente el objeto de aquel viaje era, les dije, llevarme ante él.

La respuesta me la dieron casi en coro los de la secreta, que por lo visto se perecían por hablar. No íbamos en busca del Inspector. Este se encontraba muy tranquilo en México. La orden era conducirme al cuartel de Tlalnepantla y entregarme con el jefe de la guarnición de ese lugar, terminando ahí la misión de ellos, que regresarían a México a informar de su cometido.

—¿Regresan ustedes en seguida? —insinué, pensando que tal vez se prestarían a informar a mi madre del lugar de mi paradero, lo que haría llegar a mis amigos la noticia haciendo que se comunicaran conmigo, cosa que yo ansiaba, pues desde el momento en que fui aprehendido, me propuse fugarme a la brevedad posible.

El amable cliente del anuncio se adelantó a mis deseos, contestando que si algo se me ofrecía estaba dispuesto a servirme, pues le apenaba el engaño que se había visto obligado a hacerme; que ellos no esperaban tener que vérselas con persona de mi edad y buenas prendas, y que en fin, haría cuanto quisiese, excepto ponerme en libertad. Aquellos caballeros fueron pareciéndome menos atravesados de lo que al principio creí, y entablamos una charla cordial y sustanciosa.

Al sacar mi cartera para escribir recado a mi madre, apareció un retrato de la novia con quien por aquel entonces tenía yo hipotecado el albedrío.

Tener novia era una de las pocas cosas que don Venustiano permitía a los periodistas, de manera que aquellos fieles servidores no tuvieron inconveniente en reconocer que la chica no era fea, así como que era una lástima que con motivo de aquel lance inesperado, tuviera yo que interrumpir unos paliques eternos y la mar de bonitos que solía tener por la noche con mi novia.

Un Viaje Interesante

El camino de México a Tlalnepantla era muy rico en vegetación. Anchuroso a las veces, adquiría el aspecto señorial de los viejos caminos reales de nuestra tierra; a sus veras, una tupida y frondosa arboleda lo enmarcaba, señalando a lo lejos el trazo de tierra parduzca, serpenteando como una pincelada en la que reverberaba el sol. El automóvil levantaba, en su carrera una nube de polvo dorado, y en ocasiones, al pasar veloz por algunas rancherías del trayecto, dispersaba con estrépito patos y gallinas que confiadamente pepenaban entre la yerba húmeda. Lo único importante que encontramos en el camino fue un camposanto con grandes muros grises, del que parecía desprenderse un hálito de leyenda. Como todos los nuestros, era aquel un cementerio que hablaba; hay en el concepto cristiano de la muerte un sentido tan profundo de la vida que los camposantos de nuestra tierra, con la elocuencia de sus inscripciones grabadas en piedra parecen clamar que empieza la vida en la región del silencio. El lomo del muro se arquea sobre la puerta de hierro del camposanto, y por ella se ven, formando callejuelas, hileras de cruces oxidadas y altos cipreses. En aquel lugar, según es fama, se habían cometido años atrás, durante el pretorianismo de Victoriano Huerta, amparándolos en las sombras de la noche, horrendos crímenes políticos. El resoplar de automóviles que arribaban intempestivamente; los gritos angustiosos de las víctimas rasgando el aire cargado de la noche, y los disparos furtivos cuyo eco rebotaba en los muros del camposanto, llevaban a los habitantes de las cercanías, en una sensación de pavura y de misterio, la certidumbre de que un drama ignorado acababa de consumarse dejando por toda huella una poca de tierra removida.

Al pasar por el cementerio se impuso el lúgrube comentario; uno de los policías, que hasta entonces había permanecido silencioso, contó una anécdota. En México los que hemos vivido estos últimos cuarenta años tenemos alguna anécdota que contar. El policía aquel había sido conspirador; sus simpatías por don Venustiano, cuando éste iniciaba sus correrías por el Norte, lo metieron en más de un apuro. Una vez cayó en poder de los esbirros. Los esbirros eran los que hacían entonces estas cosas a que él se dedicaba ahora; y los esbirros, obedeciendo la consigna, lo condujeron a aquel lugar con dos correligionarios, que fueron sacrificados en su presencia, el diputado maderista Alducin y el profesor Néstor Monroy, que había sido en 1910 maestro mío de primaria en la escuela Pablo Moreno. El se salvó, porque

llamando aparte al jefe de los esbirros, pudo demostrarle su inocencia dándole cien pesos que llevaba en una víbora. Lo que le asombraba eran haber perdido la vida después de los cien pesos. De ahí se fue al Norte, y al triunfo de la causa, don Venustiano premió sus afanes haciéndolo miembro de la secreta.

Con aquellos gratos comentarios a flor de labio, avistamos el caserío de Tlalnepantla. El sol, que dos horas antes caía como lumbre sobre la ciudad de México, se había ocultado; el cielo se encapotaba rápidamente y gruesos nubarrones cerraban el horizonte; un airecillo fresco y sutil, precusor de la tormenta, se dejaba sentir en los momentos en que llegábamos a la plaza del pueblo.

Uno de mis custodios observó que yo no había comido y me invitó a tomar algo en un puesto del mercado. Como no llevaba dinero conmigo, ocurrió una cosa que no dejó de conmoverme por lo sincera y extraña; el polizonte de la anécdota echó mano al bolsillo y me ofreció un reluciente azteca, nada menos que veinte pesos, un verdadero capital en aquellas circunstancias. Yo acepté la oferta guardando la moneda que con tan buena voluntad y tan gran desinterés se me ofrecía, tomé dos huevos crudos por toda colación, y me dispuse a ser conducido al cuartel.

El jefe de la guarnición de la plaza era el mayor Francisco de P. Arista, quien no se encontraba ahí en esos momentos. Por tal razón fui entregado a su segundo el mayor Irujo. Era este militar el tipo acabado del revolucionario joven, engreído con una autoridad que nunca soñó tener. Moreno, enjuto, de no más de veinticinco o treinta años vistiendo traje civil y sombrero texano de fieltro gris echado hacia atrás; lucía una sonrisa infatuada, mezcla de superioridad e insolencia, cuya repugnancia se acentuaba por el leve bigotillo que cubría su labio superior, partido en dos desde la nariz,

dejando al descubierto los dientes sarrosos.

Uno de mis custodios habló con el mayor Irujo en la puerta del cuartel y le dio un sobre cerrado, que conservó sin abrir para entregarlo indudablemente al mayor Arista. Ahí terminaba la misión de mis aprehensores, quienes momentos después se despedían de mí y partían hacia México.

El mayor Irujo me midió de pies a cabeza, sonriendo siempre con aquella sonrisa irritante; y señalándome el interior del cuartel con el fuete que llevaba en la mano. se limitó a decirme, mirándome fijamente:

—A ver, amigo. pásele por acá.

Y dirigiéndose a un soldado que rumiaba sus tristezas en un rincón, le ordenó:

—Llévelo al Cuarto de Guardia.

En esos momentos se desataba sobre el pueblo un chubasco deshecho, y estupefacto, veía yo pasar frente al cuartel en un automóvil grande, a los dos amigos que me acompañaban en los momentos de la aprehensión, y que, por lo visto, habían sabido encontrar rápidamente la pista, llegando al pueblo casi en seguida de nosotros.

Soliloquios

El cuarto de guardia era oscuro y estrecho, el suelo de tierra apisonada; dos peldaños de piedra roída daban acceso a la estancia, ocupada por una mesa sobre la que había varias hojas de papel con membrete oficial y el escudo de la República, una bandera enrollada colocada en un rincón, y dos o tres sillas. Un olor acre y penetrante, como de hospital, se desprendía de todos los rincones y de todas las cosas. No bien me acababa de dejar en aquel sitio, que tenía un poco de maz-

morra, volvió el soldado acompañado por un par de genízaros armados con sendos rifles y tapizados materialmente de cananas, situándose en la puerta, en calidad de centinelas de vista. A juzgar por aquellos dispositivos, era yo un personaje mucho más importante de lo que había supuesto hasta entonces. ¿Qué diantre diría el papel contenido en aquel sobre cerrado, que era como la remisión de un paquete postal? Continuaba lloviendo a cántaros y la humedad se filtraba por todas partes saturando el ambiente. Yo empezaba a hilvanar mis pensamientos tratando de discurrir con orden acerca de mi situación, de lo que podía ocurrir, de las sorpresas que podrían sobrevenir en cualquier instante y de las posibilidades de fuga. Por de pronto a pesar de estar encerrado ahí con aquel par de mamparas en la puerta, mi situación había mejorado en dos aspectos: tenía una moneda de veinte pesos en mis bolsillos, y mis amigos rondaban por el cuartel. Una vez sabiendo ellos dónde me encontraba, no serían los únicos en ocuparse del asunto; yo era entonces además de director de "El Futuro", presidente general de la A. C. J. M., institución diseminada por todo el país, y que en la ciudad de México contaba con varios cientos de muchachos resueltos, que en más de una ocasión habían demostrado tener aliento para grandes cosas, y que algunos años después probaron derramando su sangre generosa, que merecían no sólo el dictado de valientes, sino de héroes y de santos.

Con gente de esa merodeando en los contornos, yo intentaría fugarme en caso de que las cosas se pusieran color de hormiga; lo importante era comunicarme con el exterior y tal cosa se hacía preciso lograrlo antes de que se viniera la noche encima.

En estos soliloquios entretenido estaba, cuando escuché una voz fuerte y jovial de alguien que llegaba a la puerta del cuartel. A poco oí pasos que se acercaban, resonando las espuelas sobre las baldosas, y una figura marcial apareció en el marco de la puerta. Encarándose conmigo, que estaba sepultado en la penumbra fumando un cigarrillo, me preguntó:

—¿Usted es el señor Capistrán Garza?

—Sí señor.

—Yo soy el mayor Arista, para servirle. ¡Véngase para acá, hombre, no sé cómo lo metieron aquí!

Y tomándome del brazo como si se hubiera tratado de un viejo amigo, el mayor Arista, jefe de la guarnición, me condujo a su oficina, que era una pieza amplia y bien ventilada, con cuatro ventanas a la calle, protegidas con fuertes enrejados de hierro.

El Mayor Arista

Arista era poco más o menos de la misma edad que su segundo lrujo, alrededor de 25 años; pero no obstante que tenía el mando era en todo su reverso; de estatura mediana, rubio, sumamente jovial y amable, portando uniforme de kaki y polainas amarillas, tenía realmente aspecto militar; parecía uno de aquellos cadetes de la Gascuña, compañeros del soldado poeta señor de Bergerac, bravos, caballerosos y enamorados, forjadores de hazañas y maestros de aventuras.

En 1955, a treinta y seis años de tiempo, he vuelto a encontrar a Arista; es teniente coronel retirado, ayudante del Gral. Antonio Gómez Velasco, y no sé si tiene más arrugas que canas o más canas que arrugas.

Ya en la oficina, Arista me invitó a tomar asiento, lamentando no haberse encontrado allí cuando llegué, pues me hubiera ahorrado la desagradable permanencia en el cuartucho infecto de donde acababa de sacarme.

—Y le advierto a usted que Irujo ya le estaba disponiendo un calabozo que se encuentra en el traspatio —me dijo—. Al lado de aquel, el cuarto de guardia es un salón —comentó riendo—.

En seguida sacó del sobre el pliego de marras y le releyó en mi presencia.

—Son órdenes de Juanito —me explicó—. Quiere que le apretemos a usted las clavijas. ¿Ha tenido alguna cuestión personal con él? —interrogó el mayor, dirigiéndose a mí y metiendo nuevamente el pliego en el sobre.

—¿Y quién es Juanito, que así se permite tales confianzas? —repliqué en tono festivo, no obstante que comprendía perfectamente de quién se trataba.

—Mi general Barragán —contestó Arista—, de él son las órdenes y parece estar irritado; pero no se preocupe; estos malos ratos le pasan luego; es una excelente persona.

—Tan excelente que me ha enviado de temporada a Tlalnepantla; a menos que se proponga hacerme conocer otros lugares... —insinué, con el propósito de averiguar algo de lo que se tramara hacer.

Pero Arista, con acento de absoluta sinceridad, me contestó:

—Por ahora no; al menos las órdenes son en el sentido de retenerlo a usted en el cuartel hasta nueva disposición. Cualquier cosa que ocurra, yo le avisaré. Y por de pronto, si algo se le ofrece, no tiene sino decirlo.

Yo estaba encantado con aquel carcelero que resultaba un agradable camarada.

—Pues desde luego —repliqué tomándole la palabra—, se me ofrece pedir a mi casa, en México, una petaquilla con ropa y artículos personales si es posible.

—Hombre, eso es más difícil pues las órdenes son

de tenerlo a usted incomunicado. Supongo que usted será periodista, porque le advierto que por aquí pasaron los demás...

—En efecto —respondí—; soy el último de la cuerda...

—Sin embargo, deme la dirección de su casa.

—No es necesario —repuse—; allí afuera andan dos amigos míos que siguieron el auto de la policía en que me trajeron. Si usted me permite hablar con ellos...

—Me está usted resultando más peligroso que los otros, mi amigo; no comprendo cómo pudieron dar con usted tan pronto sus compañeros; ¿dónde están? —preguntó levantándose de la silla.

—¿Es para aprehenderlos? —le interrogué alarmado.

—No, no tengo órdenes de hacerlo. Voy a permitirles que lo vean; pero va usted a ser breve y sobre todo, va a prometerme que mientras esté en Tlalnepantla no intentará fugarse —dijo Arista mirándome fijamente.

La cosa no tenía remedio; aquel oficial caballeroso y simpático era todo lo listo que se necesitaba ser, y me iba por la mano arrancándome una promesa que no podía negar.

—Se lo ofrezco.

—¿Palabra?

—Palabra.

La Primera Noche de Cautiverio

Momentos después concluía yo una breve entrevista con mis amigos Tratamos, en efecto, de que se me enviara ropa de mi casa y convinimos en que a partir

de ese momento no cesaría de estar un grupo de dos o tres de ellos, vigilando el cuartel de día y de noche, con un buen automóvil, con objeto de saber en cualquier momento si se efectuaba un traslado. Me hablaron de la posibilidad de escapar e irnos a Toluca, en donde había amigos también; sin comunicarles por entonces mi compromiso con Arista, me limité a decirles que estaríamos al acecho y que las circunstancias normarían nuestros actos en adelante.

Cuando mis amigos se despidieron, saliendo uno para México a bordo del ferrocarril y permaneciendo el otro a cierta distancia del cuartel, me quedé solo algunos minutos. El aguacero había cesado y apenas una leve llovizna caía, como polvo de oro, a través del suave sol del atardecer. Desde una de las ventanas contemplaba yo un bello rincón pueblerino; el cuartel en que me encontraba era una vieja casona de gruesos muros de cal y canto y recia techumbre de cedro; la estancia que servía de oficina era la espaciosa sala de la casa, y en aquellos instantes fugitivos en que parpadeaba la luz solar, próxima a extinguirse en un acuoso atardecer, patinado por los reflejos dorados y encendidos de un crepúsculo admirable, imaginaba yo las gratas escenas íntimas que en aquella habitación familiar se desarrollarían en épocas remotas. El fondo de la sala se esfumaba en las sombras indecisas. Afuera el sol lanzaba sus últimos destellos; dentro, la noche se enseñoreaba de los rincones. Frente al cuartel había una larga tapia cuyos extremos no alcanzaba a ver desde allí. Hacia un lado, un portón de madera, con marco desportillado y casi fuera de quicio, tenía apariencia de no haber sido abierto en muchos años. Hacia el otro extremo de la tapia, divisaba apenas una hornacina con frontispicio labrado en piedra y dentro, una escultura mutilada de la Virgen. Fisonomía inconfundible, espíritu

eterno, sabor cristiano y viejo de todos nuestros pueblos.

Sobre aquel lugar silencioso, que olía a tierra mojada y a fruto en sazón, se desplomó, como de golpe, la primera noche de cautiverio...

Las estrellas cintilaban en un cielo azul y profundo. Yo las contemplaba a través de los hierros labrados y herrumbrosos de la ventana, y pensaba en que a esa hora mi madre, acongojada sin duda y sola con su pena, estaría pasando las cuentas del rosario.

Cambio de Residencia

El mayor Arista se presentó, y a la luz mortecina de un foco incandescente, hilvanamos una charla insustancial, que sirvió no obstante, para afirmar las amistosas relaciones que habíamos iniciado. Sabía que era yo estudiante y me preguntó qué carrera cursaba. Cuando supo que estudiaba leyes hizo un cumplido elogio de la profesión de abogado, aunque señalando la circunstancia de que la mayor parte de los que la ejercían eran pájaros de cuenta. Esta es una observación que hacen todos en México cuando se trata de abogados. A mi vez le hice algunas preguntas. Era nieto del general Arista, que fue Presidente de la República. Le dije que este señor había sido muy buena persona en lo que él, naturalmente, convino sin dificultad. Tenía, además, el mayor, una hermana religiosa, lo que me pareció de perlas. Otra hermana le hacía casa. Vivía a un lado del cuartel; no era casado, pero tenía muchas ganas de serlo, sólo que no encontraba con quién. Le gustaban dos o tres, pero sobre todo una Rosita de la que me hizo historia, historia en la que el personaje principal era el papá, una especie de ogro dispuesto a jugarse la vida en defensa de la prenda... y así se

fue deslizando la plática, agradable, frívola, insustancial, hasta el filo de la medianoche, cuando a través de la ventana veíamos la calleja en un silencio de muerte, inundada de luz de luna.

Cuando el sueño empezaba a acometernos, el mayor se levantó despabilándose, y tomando un farol de esos que usaban los serenos en días remotos y evocadores, me propuso trasladarme a su casa.

—La verdad —me dijo— no tiene objeto que permanezca usted aquí. Puesto que se trata de esperar órdenes acerca de lo que ha de hacerse con usted, vale más que las espere cómodamente, ¿no le parece?

Es claro que me parecía, mas me creí obligado a oponer cierta resistencia, las molestias que con ello le iba a ocasionar, tal vez alguna responsabilidad... en fin...

—Nada de eso, se alojará usted en la sala de mi casa. Allí en el suelo le arreglaremos un colchón y comerá con nosotros. Le permitiré que lo visiten sus amigos durante el día, y si gusta puede venir su mamá. Mientras esté aquí quiero que la pase bien; después quién sabe cuál vaya a ser su suerte, aunque no creo que ocurra nada verdaderamente grave. Por supuesto —agregó, levantando el farol encendido— que cuento con su palabra de no intentar fugarse. Le pondré centinelas en el zaguán de la casa; pero la sala tiene tres balcones de entresuelo y me sería muy penoso que los centinelas tuvieran que intervenir, porque si interviniesen lo harían eficazmente.

Reiteré al mayor mi ofrecimiento de antes y le seguí. Con un carcelero como ese, ¡diablos!, no era posible pensar en fugarse; hacerlo sería imperdonable, y además, eso de la intervención de los centinelas...

Una hora después dormía yo concienzudamente, como se hace a los veintiún años, así se esté viniendo el firmamento encima.

Ya era huésped del mayor Arista, y no me quedaba otra cosa que hacer, sino esperar tranquilamente las órdenes de Juanito.

Mi permanencia en aquella casa hospitalaria duró ocho días. Durante ellos pude recibir a cuantas personas quisieron ir a verme, especialmente compañeros. Vez hubo en que éramos hasta veinticinco los que nos encontrábamos en aquel cuarto, tan impregnado de humo de cigarro, que producía la sensación de poder rebanarse el aire. Coincidiendo con estas gentilezas del mayor Arista, observé, sin embargo, que además de los genízaros del zaguán, habían colocado uno al pie de cada balcón. Para darme conversación no sería.

Mi madre se negó a visitarme. Dijo que temía producirme mayor pena si después me llevaban a otra parte; prefería esperar no obstante lo afligida que estaba. Mis amigos me daban todos los días noticias de ella, ponderando su firmeza de ánimo; y en realidad, aquello era tener bien puesto el corazón.

Lo único digno de comentarse que ocurrió en aquellos días, fueron dos cosas.

Don Luis Meza Gutiérrez, tío mío, y persona que me merecía la mayor estimación, intentó obtener mi libertad, valiéndose de su influencia con el licenciado Manuel Aguirre Berlanga, Ministro de Gobernación. Este señor ofreció tratar el asunto "con quien correspondía", y al cabo de tales gestiones se me hizo, por conducto de mi tío, la siguiente proposición: que sería puesto en inmediata libertad, si aceptaba suspender definitivamente la edición de "El Futuro" cuya bandera católica irritaba a los hombres del gobierno, pues era la única publicación de ese género en la República por aquel tiempo, y si renunciaba a la presidencia general de la A. C. J. M.

No accedí a lo que se me pedía. Dí las gracias a mi tío por su buena voluntad y le rogué que se abstu-

viera de intervenir en el asunto, que al fin y al cabo, era yo el primero en creer que no llegaría a consecuencias mayores.

La segunda cosa que ocurrió durante mi permanencia en Tlalnepantla, fue que mis amigos solicitaron dos amparos judiciales contra actos del Presidente de la República, del Secretario de Gobernación, del de Guerra, y del inspector general de Policía, a quienes se señalaba como autoridades responsables de mi secuestro. Se indicaba también el lugar donde me encontraba, señalándose el hecho de hallarme en poder de autoridades militares. Los amparos fueron interpuestos, uno ante el juez de Distrito de México, que era el lugar donde se había efectuado la aprehensión, y otro ante el Juez de Distrito de Toluca, que era el que tenía jurisdicción en Tlalnepantla. Cuando ambos jueces pidieron a las autoridades señaladas como responsables el informe con justificación, todas ellas, a una, contestaron que ignoraban absolutamente los hechos de referencia, y por tanto, se inhibían de toda responsabilidad en el caso.

Por lo visto estaba siendo víctima, probablemente, de los duendes. Era genial el varón fuerte y ecuánime

Para colmo de desventuras, mis compañeros de "El Futuro" lanzaron por aquellos días una edición extra que echaba lumbre, en la cual se daba cuenta de todo lo que estaba sucediendo conmigo. En primera plana y a ocho columnas, se publicaba un artículo furibundo titulado "El Zarpazo de la Fiera", cuya lectura daba vértigo. A don Venustiano se le dedicaban ahí varios piropos de lo mejor. Y un poco abajo, llamativo y coquetón, aquel artículo que concluí antes de que me aprehendieran, titulado "Mambrú se va a la Guerra", y que aún reaparecerá en el curso de esta verídica historia.

¡A Chihuahua!

Cuando llegó a mis manos la extra, me pareció que con ella me entregaban el boleto para Chihuahua, como sucedió en efecto.

Esa misma noche, después de cenar un exquisito tasajo que sabía a las puras glorias, el mayor Arista me dijo que tenía algo que comunicarme. Acababa de recibir órdenes de la Secretaría de Guerra para que se prepararan los bártulos y se me condujera al norte.

—Lo va a llevar a usted una escolta que proporcionará la Jefatura de Operaciones, al mando de uno de mis oficiales. La salida será a las siete de la mañana, y el viaje se hará en un furgón agregado al tren de pasajeros.

—¿Y el punto concreto a donde vamos?

—A Torreón. La escolta entregará a usted con el general Rentería Luviano.

Arista permaneció unos momentos meditando, y en seguida me dijo resueltamente: voy a presentar a usted con el oficial que mandará la escolta y a darle instrucciones en su presencia. ¿No quiere usted pedirme alguna cosa en particular?

—Lo único que le pediría dudo que pueda usted permitírmelo.

—¿Qué es?

—Mañana, antes de partir, querría ir a la parroquia: me gustaría comulgar antes del viaje.

—Irá usted con dos soldados.

El mayor Arista salió de la sala, regresando a poco acompañado de un subteniente, cuyo nombre no recuerdo, moreno y rechoncho, con más aspecto de Sancho que de mílite, a quien siete años después de este viaje de rectificación volví a encontrar en ocasión de más cuidado, cuando se me internaba con motivo de

la persecución religiosa en la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, en julio de 1926.

Ahí estaba, tras las rejas, preso por insubordinación, el oficial que ahora mandaría la escolta que iba a conducirme al norte del país.

El mayor Arista tomó asiento y me invitó a hacer lo mismo; el oficial, de pie, con el sombrero texano en las manos y un mechón de cabellos negros y retorcidos sobre los ojos, escuchaba las instrucciones de su jefe.

—Mañana, a las siete, de acuerdo con órdenes escritas, que se le darán a usted temprano, saldrá con una escolta conduciendo a Torreón al señor Garza; ahí lo entregará con mi general Rentería Luviano, en cuyas manos pondrá usted un pliego de la Secretaría de Guerra.

"No obstante que el señor Capistrán Garza va en calidad de preso, deseo que lo trate con toda clase de consideraciones, tal como si en vez de ir detenido fuera usted a sus órdenes. El señor Capistrán Garza es mi amigo y conoce la responsabilidad que haría recaer sobre usted y sobre mí, si valiéndose de estas instrucciones y de la forma como lo va usted a tratar, escapara de sus manos; pero el señor Capistrán Garza me ha ofrecido que, hasta que usted haya cumplido su comisión, no intentará fugarse, cualesquiera que sean las facilidades que para su comodidad le demos. ¿No es cierto? —preguntó dirigiéndose a mí.

—Sí, señor —respondí un poco embarazozamente, pues no obstante que aquella actitud de Arista naturalmente la agradecía yo, y suavizaba muchísimo mi situación, tal insistencia en que no habría de fugarme me resultaba un poco molesta, sobre todo cuando hasta ese momento al menos, no habría podido hacerlo aunque hubiera querido pues los centinelas del zaguán no estaban ahí precisamente para rendirme honores.

Un Bello Gesto del Mayor Arista

Esa noche la pasé inquieto con la preocupación del viaje que al día siguiente habría de emprender. El mayor Arista no acababa de convencerme. A las veces me producía la impresión de un sentimental que le daba por la caballería andante, y en ocasiones, cuando las medidas precautorias que tomaba no correspondían del todo a sus arranques de confianza caballeresca, me parecía un malicioso que se pasaba de listo. Esto aparte de que, en caso de haberme fugado, no iba por eso a estremecerse el eje del mundo, ni a estallar como un petardo el centro del planeta. Viendo al mayor Arista maniobrar tan románticamente acerca de mi posible y trascendental escapatoria, no sabía yo qué pensar de la importancia que le daba al asunto, que adquiría, en ocasiones, aspectos de comedia. De todas maneras, al recordar que esos ocho días estuve a punto de pasarlos en el cuarto de guardia, le perdonaba sus trácalas esas de sacarme promesas por todos lados; tal parecía como si trajera yo escalas misteriosas en los bolsillos por las que podría deslizarme silenciosamente a lo largo de muros altísimos, sobre los cuales sonriera picaresca la luna a horcajadas en árboles gigantescos y copudos, pitorreándose de los centinelas, paralizados dentro de su armazón de cananas. Con ese torbellino confuso de ideas e imágenes en la cabeza, debí haberme quedado profundamente dormido hacia la madrugada, porque a las cinco y media fue menester llamarme insistentemente para iniciar el viaje hacia el norte.

En pocos minutos estuve listo. El mayor Arista me reservaba una sorpresa, que definitivamente me hizo tomar en serio su generosidad, hasta entonces un poco contradictoria. Cuando le recordé su ofrecimiento de permitirme ir a la parroquia me dijo:

—Como estas cosas, si llegan a conocimiento de la superioridad, me causarían un disgusto, prefiero que nadie se entere de ellas, ni los soldados; por este motivo va a salir usted enteramente solo; voy a retirar los centinelas y usted se marcha en seguida, rogándole que esté de regreso en media hora; conste que lo aprecio de veras.

Dí un abrazo a aquel buen amigo, y momentos después me reunía en la plaza de armas de Tlalnepantla con un grupo de seis o siete de mis compañeros, con quienes en la noche me había comunicado por teléfono, y que estupefactos me vieron salir de la casa completamente solo. Huelga decir que les pareció admirable la oportunidad para que cambiásemos de aires y nos dirigiésemos a Toluca, por aquello de que a la ocasión la pintan calva; en pocas palabras les impuse de la actitud extraordinaria del mayor Arista, obrando desde el principio al margen de las instrucciones que acerca de mí había recibido, y de la inconveniencia de abusar de tales circunstancias. Me acompañaron a la parroquia, donde confesé y comulgué, dejándome antes de la media hora en la puerta de la casa.

Un viejo y acaudalado español de Tlalnepantla, don Juan Zavala, cuyo domicilio estaba contiguo al del mayor Arista, y que durante los ocho días de mi permanencia ahí había extremado sus atenciones conmigo, nos invitó a desayunar a Arista, a mis compañeros y a mí. Fue aquella la última comida sabrosa que hice durante mi viaje de rectificación: huevos frescos, pollo asado, leche, mantequilla . . .

Terminado el desayuno, partimos hacia la estación. La escolta se encontraba esperando allá. Mi equipaje consistía en una maleta de mano con ropa y útiles de aseo. Item más, cien pesos para antojos. A última hora se me comunicó que uno de mis compañeros viajaría en el mismo tren hasta Torreón pues circulaban alarmantes

versiones sobre la suerte corrida por los periodistas que me habían precedido en aquellos pasatiempos. Además, se había interpuesto amparo en mi favor en varios lugares del trayecto, y era menester estar al tanto de los resultados de esa bella ficción jurídica que es el amparo, cuando hay alguien fuerte y ecuánime que se empeña en que las cosas ocurran velis nolis. A este respecto, las órdenes que tenía el jefe de la escolta eran claras, sencillas y lapidarias: todo juez, escribano o gente de pluma y ley que pretendiera husmear en el asunto, debería ser tratado como charlatán, embustero y trapalón; y si había alguno, que no lo habría, con más arrestos que fortuna, que tuviera la pretensión de rescatar al prisionero, se le trataría manu militari, o sea, en romance vulgar y democrático, con la punta del pie.

Debo advertir que mi buen amigo el general Juan Barragán, Jefe de Estado Mayor del Presidente, a quien después en el destierro ambos, tuve el gusto de conocer y de tratar, me ha confirmado la veracidad completa de todas estas pintorescas minucias relacionadas con las instrucciones que se dieron, la mañana misma del viaje, al valeroso subteniente constituído en alcaide del furgón transformado en fortaleza.

Arista permitió que el compañero designado por mis amigos para viajar en el mismo tren, el licenciado Octavio Elizalde, tuviera cabida en el furgón, lo que hizo mi viaje mucho menos desagradable.

A las siete y media llegó el tren de pasajeros, y ante la curiosidad de viajantes, vendedores y mozos de cordel, entré con mi compañero y la escolta en el carro de carga que el Estado ponía a mi disposición para conocer y admirar espontáneamente, nobles, hermosas y luengas tierras. Abrazos, despedidas, buenos deseos, un silbido estridente y en camino para Torreón. Mi escolta estaba formada por dieciocho sargentos primeros.

Aquello era honrarlo a uno de veras.

En Plena Promiscuidad

Al principio la cosa no iba mal. El panorama matutino del campo, el sol bañando apenas las laderas, el aire fresco de la hora, el grato recuerdo de un suculento desayuno y lo mucho que teníamos que platicar mi amigo y yo, sentados con las piernas hacia fuera, en una de las puertas del furgón, hizo que transcurrieran las primeras horas de la mañana sin mayor pesadumbre. Después se impuso una inspección a nuestro carro especial, con objeto de hacer cálculos acerca de cómo la habríamos de pasar los dos días y la noche que duraría el viaje, y por último iniciar cierta labor diplomática de acercamiento con el aguerrido oficial, que en esos instantes roncaba sonoramente en un rincón, para ver de sonsacarle datos sobre ese general Rentería Luviano a cuyas desconocidas manos iba yo que volaba.

La inspección de aquella cárcel rodante no era cosa del otro jueves. Se trataba de un furgón de los destinados a transportar carga, con sus grandes puertas corredizas a cada uno de los lados, y cerrado completamente por los extremos; techo de lámina, que con el sol del mediodía iba convirtiendo aquello en una verdadera estufa; piso de madera, sobre el cual por no sé qué descuido de los camareros, había ciertos desechos de origen animal, de no muy grato aspecto y de peor aroma, y era cuanto. Como esos carros no tienen muelles como los vagones, producen al rodar una trepidación continua que al principio nos resultó tolerable, pero que a las cinco o seis horas parecía que nos trituraba el cerebro causando un fuerte dolor de cabeza y de ojos; esa trepidación incesante se acompañaba de

un ruido como de platillos que hacían las láminas del techo al golpear entre sí. Una orquesta de "jazz" de esas que hacen las delicias de los jóvenes bien y de las chicas mejor, da una aproximada idea de lo que era aquella sinfonía infernal.

Poco a poco el viaje fue haciéndose tedioso y pesado. El calor sofocante de junio, el humo de los cigarros que chupaban sin cesar los dieciocho sargentos y un tufillo que empezaba a desprenderse de los interiores de aquellos personajes, y que fue en aumento conforme transcurrían las horas y apretaba el calor, dieron a la aventura, definitivamente, su verdadero aspecto: el de un medio de castigo y de tortura.

Todo esfuerzo fue inútil para convencer a mi acompañante de que se trasladara a un vagón para reunirse conmigo hasta el final del viaje. Allí permaneció, mal comiendo de las fritangas y bazofias de las estaciones, sin lograr conciliar el sueño sino a ratos, y en general, pasando las de Caín.

Un Consuelo

El único consuelo durante el trayecto fue el que nos proporcionaban mis compañesos de la A.C.J.M., quienes avisados de nuestro paso, en todas las principales estaciones nos saludaban y en algunas partes hasta con música y charanga, como si se tratara de un convite de toros y de fiestas. Los obsequios llovían en las estaciones, sobre todo de cosas inútiles; llegamos a reunir hasta ocho o diez colchones, con los que la tropa pudo dormir en blando, ya que no había modo de que nosotros los usáramos todos. Alguna que otra botella de tequila Cuervo, de mezcal potosino, y hasta de Hen-

nesy cuatro letras, vinieron a aligerar la situación.

En Queréttaro se había solicitado amparo de la justicia federal; pero el juez, hombre experto y avisado, resolvió muy orondo su problema, dando entrada a la demanda minutos después de la partida del tren, procedimiento que le permitía cumplir con su conciencia y a la vez con la superioridad, cosa que lo acreditaba como hombre de muchas luces. Cuando en Irapuato me enteré de la destreza con que procedió el letrado queretano para no quedar mal con nadie, no pude menos que recordar la opinión que de los abogados tenía el mayor Arista, y de rendir interno homenaje a su profunda sabiduría ranchera.

El día empezaba a declinar. Aún doraba el sol las crestas lejanas de la sierra, y las llanuras del Bajío se empapaban de esa suave dulzura de nuestros atardeceres, cuando divisamos, recortándose en el fondo transparente del horizonte, las torres gráciles y airosas y el caserío de Salamanca. La noche se vino encima viajando nosotros en las inmediaciones de Silao. Allí incorporamos a nuestra impedimenta algunas varas con jugosas limas de la tierra. La temperatura se hizo ligeramente templada y descansamos un poco del bochorno del día. Nos dispusimos a pasar la noche colocándonos con la cabeza hacia la puerta abierta del furgón tendidos en dos de los muchos colchones de que se nos había dotado. Desde allí contemplamos con la mirada perdida la lejana claridad del horizonte remoto, y las estrellas que salpicaban el abismo profundo de los cielos. El trepidar del furgón era ya para esa hora verdaderamente insoportable, y la promiscuidad en que íbamos con los soldados, lastimosa carroña humana, nos produjo un malestar indescriptible que sólo se alivió un poco cuando el calor picante del día desapareció y el sueño lograba vencernos por breves instantes. Algunos de los soldados, hombres de piel oscura y ojos profundos, jugaban a las cartas en un extremo del carro, alumbrándose con velones de estearina; otros canturreaban melancólicamente viejas tonadas de la tierra; la ronca melodía se derramaba por el campo, con un dejo impalpable de tristeza:

Bonitas fuentes
son las corrientes
las que dependen
del corazóooon. . .

Alguno, recordando tal vez un contratiempo de sus años mozos, cantó haciendo vibrar la tonada como un sollozo:

A los quince años
yo fui casado
y abandonado
a los dieciséis.

La muy ingrata
se fue y me dejó,
sin duda por otro
más hombre que yo.

Y así entre cantares de unos, ternos de otros, crugir de maderas y chirriar de hierros, transcurrió la noche. Después supe que en Aguascalientes se había interpuesto amparo en mi favor; pero como por allí pasamos de noche, no tuve ocasión de verlo.

En Zacatecas se hizo lo mismo; sólo que allí lo malo estuvo en que pasamos de día. . . la desgracia de no acertar nunca; porque el juez de distrito, un señor licenciado Espejo, que fue el único que se apretó las bragas y solicitó y obtuvo una escolta militar para ha-

cerse obedecer, se dirigió con ella a las siete de la mañana, al paso del tren; pero quiso mi mala estrella que acertara a encontrar en su trayecto al gobernador y jefe militar del Estado, general Enrique Estrada, quien indignado ante aquellos arrestos curialescos, ordenó a la escolta que regresara en el acto a su cuartel y puso como no digan dueñas al probo representante de la justicia, quien quedó, como dicen, tras de cornudo, apaleado.

En Torreón

Al anochecer del segundo día, con una gran depresión física provocada por las condiciones exasperantes del viaje, llegamos a Torreón.

Una de las cosas que me preocupaban era el hecho de que se me llevara a Torreón consignado al general Rentería Luviano, que tenía fama de fierabrás, y no a Chihuahua, como se había hecho con los otros prisioneros. Parece que al principio se pretendió que yo hiciera el viaje por cuerda separada; pero una circunstancia imprevista modificó la situación.

A nuestro arribo, la noche del segundo día de viaje, el furgón fue colocado en un escape del patio de la estación, se montó guardia en ambas puertas y se agravó el asunto nuevamente. El oficial dirigióse en seguida a la Jefatura de la Guarnición de la Plaza e informó sobre el objeto de nuestra presencia allí. El general Rentería Luviano no se encontraba en Torreón aquella noche, y dijeron lo esperaban para el día siguiente, salvo que ocurriera algo extraordinario; por fortuna eso extraordinario que faltaba ocurrió en la misma noche, pues al día siguiente dijeron al oficial que a Rentería Luviano, quien venía a la plaza con pertrechos de guerra destinados a la campaña contra el villismo, le habían volcado en el camino un tren con aeroplanos, camiones, ametralladoras y otros chirimbolos, lo que le impedía arribar antes de cuatro o cinco días.

Entonces se telegrafió a la Secretaría de Guerra pidiendo que ordenara lo conducente, y entre si eran galgos o podencos, tendríamos que pasar uno o dos días en Torreón. Y aquí fue donde nuestra diplomacia puesta en juego desde el viaje, reblandeció al subteniente, a quien propusimos que el tiempo de nuestra permanencia allí, nos instaláramos en un hotel con objeto de asearnos, descansar algo y yantar a manteles, que diría el Cid; sedujo el plan al compatriota aquel, y dejando a la mayor parte de los sargentos en el carro, nos trasladamos nosotros al hotel Salvador, acompañados por tres hombres de la escolta, a quienes su jefe situó aparatosamente en las puertas del edificio; era condición, además, que tomáramos una habitación grande donde él estuviera también, pues por ningún motivo habría de perdernos de vista.

Allí pasamos dos días y hasta nos permitimos el lujo de visitar la fábrica de jabón "La Esperanza", situada en Gómez Palacio, naturalmente llevando a nuestros genízaros al canto. El oficial, que reveló de pronto una ardiente imaginación de novelista, nos propuso que para explicar la presencia de los sardos aquellos, pasaríamos mi compañero y yo por oficiales en comisión, él como ayudante, y los sardos como escolta.

A los dos días llegaron órdenes de México. En vista de lo ocurrido, se me debía trasladar definitivamente a Chihuahua, en donde se me entregaría con el general Manuel M. Diéguez, nuevo jefe de las operaciones militares.

Al otro día reanudamos la marcha; pero ya no en el furgón, que por buena suerte fue dado de baja ahí mismo, sino en un carro de segunda clase donde viaja-

ban también pasajeros. Mi escolta fue reducida a diez hombres incluyendo el oficial que la mandaba, y el resto permaneció en Torreón, esperando el regreso de su jefe. El tren en que íbamos llevaba, además, escolta propia, pues entrábamos en una zona infestada de partidas que merodeaban continuamente en los poblados y a lo largo de la vía. La impresión ambiente era de un peligro constante, se iba al acecho, temiendo la emboscada o la explosión de una bomba entre los rieles. Escoltas enteras habían sucumbido en esos días destrozadas por las balas de los villistas; convoyes quemados, pasajeros robados y ultrajados por los hombres en armas. En fin, que a partir de Torreón, todo revelaba la existencia efectiva de un estado de guerra, y de la peor de las guerras, la del albazo. Iba convirtiéndose aquel en viaje de ratificación, pues el villismo pululaba como manigua y dejaba donde quiera una huella roja de su paso.

Las Lenguas Viperinas

En Jiménez encontramos un tren especial; en él viajaba hacia México el general J. Agustín Castro, a quien el gobierno acababa de relevar del mando sustituyéndolo con el general Diéguez. El jefe en desgracia iba a la capital a sincerarse y a convencer a don Venustiano de que no se hallaba un villista ni para cocimiento; pero las lenguas viperinas, que no faltan, aseguraban que lo único que Castro había hecho, para reprimir el recrudecimiento del villismo, era levantar en los alrededores de Chihuahua, en campo llano, unos fuertes de adobe, con aspilleras, almenas y contramuros, metiéndose dentro de ellos con sus fuerzas, dejando en la ciudad una guarnición insuficiente que vivía con

el alma en un hilo. Agregaban las crónicas que los villistas solían aparecer en las inmediaciones de aquellas invencibles fortalezas y tocaban a todo clarín, en son de burla y desafío, aquello de "¡Saquen al torooco. . .!, lo cual había exasperado de veras al varón ecuánime que estaba en México, decidiéndose a enviar a Castro a paseo, colocando en su lugar a Diéguez, que era hombre de más agallas.

Todos estos decires los escuché especialmente de labios de dos capitanes que iban a incorporarse al estado mayor del nuevo jefe de las operaciones, quienes si no recuerdo mal, se apellidaban Villachuato y López; el primero era alto, fornido, con grandes bigotes mosqueteros y una apariencia de capitán Tormenta, confirmada por las fantásticas narraciones que hacía de sus grandes hazañas; el otro, por el contrario, era desmedrado de carnes, de baja estatura, con lentes de doble grueso y aspecto todo él de oficinista.

De Jiménez a Chihuahua el viaje se hizo con suma lentitud porque era menester reparar sobre la marcha los puentes que los villistas quemaban unos cuantos kilómetros adelante del convoy; en ocasiones veíamos aparecer, sobre las cumbres resecas de unas lomas cercanas, grupos de jinetes que corrían como exhalación, a galope tendido, siguiendo a distancia la marcha del tren; eran los rebeldes haciendo acto de presencia y amagando con asaltos que varias veces por semana llegaban a consumarse, cuando se resolvían a caer, como rayo sobre el posible botín. Los puentes se reparaban de cualquier modo, con más ingenio que elementos; el tren pasaba sobre ellos cautelosamente, como si cada rodada fuera precursora de una catástrofe; y aún así admiraba que pudiera pasar el convoy sobre aquellos andamiajes levantados en dos o tres horas, que crujían bajo el peso y parecían ceder, poniéndose en

tensión como un cordaje de músculos humanos. Cuando concluía la reparación de un puente, veíamos levantarse en el horizonte, sobre la llanura caliza abrasada por el sol, una tenue columna de humo que iba precisándose y ennegreciéndose por momentos. Era que los villistas seguían llevándonos la delantera y estaban quemando el puente inmediato. Casos se dieron en que las columnas de humo las veíamos hacia adelante y hacia atrás, porque ardían dos puentes; el que acabábamos de pasar y aquel a donde nos dirigíamos. Por las noches, cuando las hogueras del campo delataban la presencia de gran número de rebeldes en las inmediaciones, el tren detenía su marcha hasta el amanecer, se tomaban dispositivos de combate estableciendo vanguardia, retaguardia y puestos de observación y vigilancia para evitar una sorpresa. Entre los viajeros dominaba un desasociego continuo; la intranquilidad parecía respirar se en aquella atmósfera angustiosa, saturada de peligros invisibles señalados apenas por las fogatas lejanas. Sombras que se agitaban en la sombra, ruidos misteriosos percibidos apenas entre los rumores confusos del campo, ecos de disparos furtivos, toques de clarín cuyo significado nadie conocía pero que a todos sobresaltaban, amenaza incierta que hacía largas las horas, que prolongaba hasta lo indecible aquellas noches pasadas a campo raso, a un lado del convoy, buscando reposo sobre la yerba húmeda.

Un Incidente

Una noche, cuando ya nos encontrábamos cerca de Chihuahua, se produjo un momento de alarma indescriptible y de pánico en el tren. Un toque agudo y prolongado de clarín hendió el espacio, vibrando angustiosamente; redoble de tambores y movimientos rápidos de tropas apercibiéndose al combate; un ordenanza se presentó requiriendo los servicios del subteniente y de los sargentos, quienes me trasladaron con mi compañero a la locomotora que era el punto donde se encontraban los treinta hombres de la escolta y el jefe militar del tren, al que prácticamente habían dejado desamparado. En tumulto se incorporaron en seguida hombres, mujeres y niños buscando arrimo junto a la tropa; lloraban las mujeres y las criaturas, como suele decirse, a moco tendido, y de un momento a otro se esperaba entablar combate en la oscuridad de la noche.

Un tropel confuso y lejano, que cada vez se hacía más claro y distinto, fue la causa de aquel trasiego pavoroso; eran fuerzas de caballería las que estaban a punto de caer sobre nosotros, y posiblemente también de artillería, a juzgar por el sordo trepidar que se escuchaba. A través de la oscuridad sólo se percibía agigantado por el temor, resoplar de bestias y jadear de hombres. Los soldados cortaron cartucho. Un instante más y habrían la primera descarga sobre las sombras.

En esos momentos sonó a su vez un clarín a retaguardia; el jefe militar dio órdenes breves, y dos hombres se destacaron hacia el punto de donde venía el ruido del tropel; minutos después la situación se explicaba; una partida de camiones de campaña era enviada a Diéguez por el amigo Rentería Luviano, que al fin había logrado llegar a Torreón, aunque un poco maltrecho y trasijado. El ruido de los motores y la caballada de la nutrida escolta fue lo que hizo creer que un ejército entero nos acometía.

El capitán Tormenta, que andaba de un lado para otro revólver en mano y echando ternos como puños, no tuvo ocasión de mostrar la bravura de su pecho y el invencible valor de su corazón esforzado.

De Arribada Forzosa

Después de siete días de fatigoso penar, llegamos a Chihuahua una espléndida mañana de junio, cálida, luminosa y brillante. Definitivamente nos habíamos librado de una entrevista, asaz acalorada, con los villistas.

El cuartel genaral de Diéguez se encontraba situado en su propio tren a donde fui conducido con toda ceremonia por mi escolta, formándome doble fila. Un centinela, en el estribo del carro especial del general en jefe llamó al cabo de cuarto, presentándose un oficial del estado mayor, quien informado del objeto de la visita, nos hizo pasar al subteniente y a mí.

El general Diéguez, de pie en el centro de su cómoda oficina de campaña, leyó el pliego que le entregó el oficial, ordenando a éste que se retirara en seguida. Delgado y ágil, Diéguez paseó nerviosamente a lo largo del despacho rodante, mientras yo lo contemplaba en silencio. La figura del general parecía de felino; grandes espejuelos obscuros, bigote erizado, pelo escaso y entrecano.

Después de pasar dos o tres veces frente a mí, con las manos cruzadas hacia atrás y aparentando no verme, se detuvo, y muy grave y sosegadamente, dejando caer con lentitud las palabras, como quien enuncia un importante descubrimiento me dijo:

—Es usted muy joven.

—Un poco. . . contesté algo confundido con aquella salida.

Otros dos paseos silenciosos, y de pronto, ya en tono mordaz y agresivo, exclamó haciendo una pausa y apretando los dientes:

—Y bien, mi amigo, ya está usted aquí con Mambrú, ¿eh? ¿qué le parece?

Palabra que sentí como si se le hubiera hundido el piso al tren, cuando aludió Diéguez al artículo aquel de marras que terminé momentos antes de mi aprehensión en México, que había sido publicado en la edición extra de "El Futuro", y que se refería precisamente a su traslado al norte en sustitución de Castro. ¡Pero qué bien enterado de todas las cosas estaba ese hombre!

—¿Qué le parece, eh? —insistió el general, mirándome de hito en hito.

—Pues. . . me parece muy bien —respondí ensayando una sonrisa, que debe haberle parecido a él muy mal.

—Ajá; ¿conque le parece a usted bien? Pues mejor le va a parecer mi amiguito, cuando sepa que Mambrú se va a la guerra y que va a ir usted con él. Porque a ustedes, los periodistas, les hacen falta estas lecciones para que aprendan a echarse nudos en la lengua antes de soltar el trapo diciendo cuantas majaderías se les ocurren.

Y a continuación peroró el general por espacio de unos veinte minutos acerca de derecho público, constitucional y administrativo, que daba gusto oírle.

—Ustedes se han figurado —decía, que la revolución va a permitir que le arrebaten sus conquistas tres zaragates reaccionarios como usted, instrumentos del clero y de los capitalistas, que nos han oprimido por años y años. No, amiguito —continuaba con la mayor seriedad—, esos tiempos ya se acabaron, ya los acabó el pueblo que no tolera tiranías. Ahora, agregó en tono casi confidencial, como quien revela un secreto, ahora vivimos en tiempos de libertad, para que se lo sepa. ¿O no cree usted que la revolución ha triunfado ya definitivamente sobre sus enemigos?

—Sí. señor general.

—¿Se imagina acaso, que vamos a ser tan jijos, de permitirles a ustedes que esclavicen al pueblo una vez

más? —interrogó desplegando definitivamente una elocuencia arrebatadora.

—No, señor general.

—A ustedes ya los conozco; a usted especialmente, que anduvo en Jalisco armando la bola con los beatos cuando lo del Chamula. . .

Aludía Diéguez a las protestas públicas hechas en Jalisco un año antes con motivo de la captura y expulsión de Monseñor Orozco y Jiménez, a quien llamaban él y los suyos, el Chamula. Coincidiendo con esos hechos puso en vigor en aquel Estado varios decretos atentatorios para la libertad religiosa que provocaron gran indignación; yo había estado entonces, efectivamente, en Guadalajara y contra la prohibición de Diéguez, sustenté varias conferencias.

En cuanto salí de Jalisco el general me hizo aprehender en Guanajuato, donde tenía también jurisdicción militar.

Aquella alusión plebeya y completamente inmotivada al Chamula me produjo incontenible desagrado, e interrumpí a Diéguez coléricamente diciendo: —Señor general, yo me encuentro preso e inerme en sus manos; en esas condiciones le ruego encarecidamente que me ahorre la pena de escuchar injurias contra personas a quienes estimo. .

Diéguez, en lugar de exaltarse por aquella imprudente indicación, tendió sus velas hacia otros aires y después de algunas profundas consideraciones que hizo acerca de la situación política del país, de las elecciones presidenciales que se aproximaban amenazadoras y de la inconsecuencia que significaba la actitud levantisca de los periódicos de oposición, llamó al oficial de guardia, capitán Madrid, ordenándole que me condujera al casino de los periodistas. Ya veremos qué era lo que el general Diéguez llamaba, tan elegantemente, el casino de los periodistas.

El Casino de los Periodistas

Aquello del casino de los periodistas me sonó bonito. Resultaba extraña la cosa, desde luego; pero anhelaba ver de lo que se trataba.

A lo que Diéguez llamaba irónicamente el casino de los periodistas, era un furgón en todo semejante a aquel en que hice la primera etapa del viaje, y que servía de alojamiento a los otros periodistas presos, quienes llevaban ya más de dos semanas en Chihuahua, cuando yo llegué. En un verdadero hacinamiento y en una culta promiscuidad, se encontraban en el casino Lecpoldo Zamora Plowes, subdirector de "A.B.C."; Daniel de la Vega, hijo del director de "Omega", amigos aprehendidos por equivocación, confundiéndolos al primero con su hermano Luis y al segundo con su padre, el doctor de la Vega; el licenciado Agustín Arriola Valadez, director de "Revolución"; el señor Ceballos, director del semanario de caricaturas "Diógenes"; el director del "Mañana", Francisco Sánchez Marín; un muchacho Rangel, director de "Verbo Libre", de Guadalajara, quien poco después sufrió trágica muerte por orden de Diéguez, según me contaron, y el administrador de este último periódico. Conmigo sumábamos por tanto ocho los prisioneros, y aunque el furgón era relativamente amplio, las malas condiciones en que se encontraba dejando colarse por hendeduras, rendijas y boquetes el aire y el agua durante las tormentas de verano, obligaba a la compañía a apilarse materialmente hacia uno de los extremos, donde se encontraban tendidas varias colchonetas multicolores.

Ante aquella situación tan precaria, obligué al amigo que me acompañaba desde México, primero a que se instalara en un hotel y después, aprovechando los últimos dineros que nos quedaban en la triste escarcela,

a que volviera a la capital. Los hígados tuve que exprimirme para convencerlo, y al fin, a los pocos días, emprendió el regreso, bien que contra todo su deseo y voluntad.

Desde que me instalé en el furgón con aquellos distinguidos socios, les pregunté cuáles eran las costumbres establecidas, el género de vida y "los reglamentos" del casino; de todo me dieron cumplida y amplia información, según la cual, aquello tenía sus ventajas y sus desventajas.

Las primeras eran que podíamos disponer de nosotros durante todo el día, hasta el toque de silencio, a las nueves de la noche; es decir, que podíamos pasearnos por la ciudad cuando nos viniera en gana, con tal de estar de regreso en los trenes a las nueve, so pena de que se nos privara a todos, por la falta de uno, de aquella libertad; que dentro del furgón éramos señores soberanos donde nada tenía que ver la tropa que campaba por sus respetos en los patios de la estación; sólo podían invadir los soldados y las mujeres el techo del carro y la parte de abajo, donde tendían de lado a lado, casi entre las ruedas, improvisadas hamacas. El entresuelo, o sea, el interior del carro nos estaba por completo reservado.

Las desventajas eran, primero, el calor infernal que hacía en el furgón durante las horas del día y el aire y el agua que se colaban por las noches en que casi invariablemente chubasqueaba; que con mucha frecuencia, no obstante la población que vivía debajo del carro, éste era movido de un lugar a otro por las máquinas, según las necesidades del servicio; que nos daban de comer a las cuatro de la tarde, lo que sobraba de las viandas consumidas por el general Diéguez y su Estado Mayor; los alimentos fríos, cuajados ya, sazonados frecuentemente por moscas y otros especies así de sucu-

lentas y agradables; y por último, el no saber cuándo ni cómo habría de acabar aquello, que parecía sin fin.

A cambio de estas informaciones yo les conté de México; de la impresión producida en el público por la captura de todos ellos efectuada simultáneamente, y de su viaje al Norte; de los diversos y alarmantes rumores que habían corrido sobre su suerte, y por último les hice la historia de lo que a mí me había sucedido por gallear un poco cuando a ellos los atraparon.

Mis relaciones se hicieron especialmente amistosas desde luego con De la Vega, Rangel y Arriola Valadez; los dos primeros y yo éramos los únicos solteros, y además, los más jóvenes de la pandilla, y nos sentíamos, como don Juan Tenorio, un poco gallardos y calaveras. Arriola Valadez, hombre como de treinta años, era un tipo singular: de estatura media, ligeramente grueso, sumamente blanco, de ojos azules, lucía una barba negrísima y revuelta y una melena de bohemio; su aspecto de anarquista ruso y sus exaltadas ideas socialistas contrastaban fuertemente con el temperamento infantil y la profunda ternura de este hombre que hacía versos muy delicados y tomaba mezcal que daba miedo.

Sobre el Mismo Tema

Por demás es decir que la conversación giraba invariablemente sobre el mismo tema: cuándo y cómo terminaría aquello. En cuanto a rectificar, no habíamos rectificado nada. Era un hecho el brote amenazador del villismo, durante el tiempo que Castro mandó las fuerzas del gobierno. Ciertamente Diéguez estaba ahora con más espíritu y maña, dominando la situación; esto último no podía negarse, pero era cosa distinta.

Yo quise conocer Chihuahua. Todavía entonces ha-

bía en ella tranvías eléctricos; cuando volví en 1926, ya no quedaban ni los rieles.

La impresión que me produjo la ciudad y sus gentes fue magnífica. Me sentí en una población norteña de fuerte y viril fisonomía, con amplias avenidas, efusiva como los patios floridos de sus casas, cálida y luminosa como sus mujeres morenas y su claro sol. Discurriendo por sus calles, que tienen un fuerte color provinciano, charlando abundosamente con sus gentes hospitalarias, paseando por sus jardines soleados, se sienten ansias locas de respirar libertad. Andar por ahí y estar preso resultaba un contrasentido. Pero presos estábamos, y al empezar la tarde solíamos regresar al furgón en busca de sustento, que a pesar de la mala calidad y traza, engullí el primer día con verdadero apetito.

Por la noche, aquello tomaba más aspecto de campamento; los soldados se tendían en el suelo, mientras las mujeres, retostadas por el sol, soplaban la lumbre de los anafres, condimentando guisotes o haciendo gordas de manteca con chile colorado que se nos antojaban la mar. El sordo rumor del campamento se prolongaba hasta el toque de queda, en que la paz de la noche descendía sobre ese pulular de seres que hilvanaban la madeja de su vida en la calma de aquella hora o en el fragor del combate. Después del toque de queda, solían quebrantarse los rigores de la disciplina, por los canturreos a que es tan dada la gente nuestra, y que parecen llevar en sus modulaciones pedazos palpitantes del alma popular.

Cantaban las voces, con ritmo cadencioso y suave, derramándose sobre el campamento, al son de la guitarra:

Ya no te quiero chiquita
porque tienes una mañita. . .
sólo con el 30-30
se te quita lo maldita.

Qué negra encuentro mi suerte,
y qué negra mi fortuna,
cada vez que vengo a verte
hallo pato en la laguna. . .

Se me hace y se me afigura
que tu amor es palo blanco;
ni enverdece ni madura,
no más ocupando el campo. . .

Las últimas notas se apagaban como en sordina, dejando en el ánimo una saudosa impresión de melancolía. Esa era la guerra, vista en el campamento; pero aquellas gentes tejían sus existencias con el hilo sutil de una zozobra infinita. Las pobres mujeres daban a sus hijos el pezón oscuro, con la idea obsesionante de que el día siguiente tal vez fuera el último de su hombre.

La Hospitalidad de Chihuahua

Chihuahua acogió a los periodistas presos con gran simpatía. Cuando yo llegué era aún costumbre pasar lo más del tiempo en alguno de los parques, bajo la sombra de árboles frondosos que proporcionaban alivio al calor que abrasaba. Se habían creado múltiples relaciones; yo fui presentado, la primera noche de serenata, con algunas lindas mozas, guapas y retrecheras, que nos veían como héroes de novela, no obstante la prisa con que suspendíamos coloquios y discreteos en

cuanto se aproximaban las nueve de la noche, que era el término de nuestra dicha; al principio cultivé amistades como esas que daban cierto tinte romántico a la aventura, proporcionándole un secreto e íntimo deleite. Se nos recibía en el Casino, ahora sí en el Casino de verdad, con muchas atenciones, y en todas partes nos llamaban los "poetas". De los que íbamos ahí tal vez el único que había hecho versos en su vida era Arriola Valadez; pero aquellas gentes nos habían visto cara y hechura de poetas a todos, y no nos apeaban el tratamiento; y no se vaya a creer que navegábamos en calidad de poetastros chirles o de vates de arrabal; por el contrario, se nos designaba genéricamente con el honrosísimo mote de "Los poetas de México".

En la plaza de armas, frente a Catedral, había profusión de puestos cuajados de flores, en donde vendían aguas frescas deliciosas, de tamarindo, naranja, jamaica y otras cosas tan ricas y exquisitas que bebíamos, ansiosos siempre de apagar la sed que de continuo nos devoraba.

A poco de haber llegado, la situación relativamente agradable que encontré, comenzó a declinar. Todos habíamos agotado nuestros recursos económicos y aquello se prolongaba indefinidamente; llegó el día en que fue preciso ahorrar los diez centavos necesarios para ir en tranvía a la ciudad. Heroicamente desafiábamos la distancia que separa la estación de aquella, caminando jadeantes bajo el peso de un sol de fuego, para saborear algunas horas de frescura en el parque; las aguas frescas que habíamos gustado con tanto deleite los días anteriores, eran ahora un tormento para la vista, y un suplicio para la sed, porque no nos permitía nuestra escasez tomarlas. A poco andar la situación estrechó hasta lo indecible; nos las habíamos arreglado para que algunas mujeres lavaran nuestra ropa por poca

soldada; de cuando en vez íbamos a la peluquería a ponernos relumbrosos, como nuevos; de tarde en tarde acudíamos a bañarnos, lo que constituía inenarrable placer; y todas estas condiciones del vivir civilizado fueron cesando una a una.

Con el ánimo deprimido, vistiendo ropa sudada, con barba y pelo crecidos y hechos una miseria nuestros cuerpos, invadidos por parásitos que no respetaban linderos ni calidad, fuimos rehuyendo el trato de las gentes de la ciudad; empezamos a pasar el día sin movernos del furgón, tendidos boca arriba en él, agotados por el copioso sudar, bebiendo agua tibia y gruesa, y sufriendo la continua molestia de un enjambre de moscas que habían sentado sus reales entre nosotros.

El Manual de Urbanidad a Discusión

En aquellas lamentables condiciones estábamos, cuando acertó a llegar el Jueves de Corpus, santo de los Manueles y conocido en México, además, por día de las mulas, porque en esa fecha se venden en los mercados animalitos de esos, hechos de paja, tejidos a la manera de los petates. Este día de las mulas era precisamente el onomástico del general Diéguez, y con tan pausible motivo, fuimos convocados a consejo extraordinario por alguno de nuestros compañeros.

Ahí se planteó el delicado problema que se presentaba. ¿Debíamos o no felicitar al general?

Los pareceres se dividieron, formando la oposición Rangel, Arriola Valadez y yo, que opinamos resueltamente en contra, calificando de indigno un acto de tal naturaleza. Se dijo entonces que no se trataba sino de cumplir con una regla de urbanidad; que entre gentes educadas y bien nacidas, esas eran las ocasiones de

buscar acercamientos decorosos, y otras cosas así de sutiles y alambicadas.

Nosotros replicamos que si hubiéramos estado en México haciendo nuestros periódicos en vez de estar en Chihuahua haciendo bilis, no se nos hubiera ocurrido felicitar a Diéguez, y que por si acaso nos hubiéramos acordado de él, lo hubiéramos hecho para decirle cuatro malcriadeces y no para felicitarlo.

Pero, objetaban los filósofos del grupo, es que no estamos en México sino aquí; y es necesario encontrar solución decorosa y pronta a esta situación insoportable en que nos hallamos. Se ha hablado de escapar y esto no es posible. Sin dinero, sin más salida de Chihuahua que el desierto o el ferrocarril, ocupada la estación por el general Diéguez, no hay otro camino que una cordial inteligencia con éste; y en último análisis en obvio de dificultades, que cada quien obre conforme a su parecer, y los que gusten quedarse que se queden, y los que no, que se trasladen en grupo a saludar al general.

Así ocurrió en efecto. Arriola Valadez, Rangel y yo nos quedamos en el furgón papando moscas, sabiéndonos la boca a cobre, y nuestros compañeros fueron a visitar a Diéguez. Hubo, según nos contaron después, sus copitas de coñac tomadas entre piropos y arrumacos, habiéndoseles dado a entender a la despedida que no había mal que durara cien años.

Y como si hubiera sido cantar de profeta, cinco días después llegaba de México la orden de poner en libertad a todos los prisioneros, excepto, por singular coincidencia, a los tres egoistones que nos habíamos quedado haciendo cábalas en el furgón.

A los afortunados amigos se les proporcionaron pases de ferrocarril para volver a sus casas, y al otro día, a las ocho de la mañana, los despedimos cordialmente.

Entonces me hice el propósito de repasar el manual de urbanidad.

Al Campo Villista

Cuando nos quedamos solamente tres prisioneros, echamos cuentas, hicimos cálculos, consideramos lo ocurrido y llegamos a la conclusión de que aquello iba para largo y que había que ponerle al mal tiempo la mejor cara posible, pues que no estaba en nuestra mano hacer cesar el temporal. Por de pronto nos conseguimos un dominó y una baraja, pasándonos los ratos muertos jugando, leyendo, durmiendo o conversando, cada vez más emporcados en aquel furgón infecto, sin poder disfrutar siquiera de las delicias del baño y haciéndosenos trenzas los intestinos cuando comíamos los mantecosos sobrantes que se nos daban.

Una noche decidimos romper con algo sonado la monotonía del campamento. Después del toque de queda, cuando los cantos habían cesado y el silencio reinaba en los trenes, encendimos cuatro velas que oportunamente habíamos conseguido y las pusimos a los lados de un túmulo hecho con cajones cubiertos de colchonetas. En el túmulo se tendió como cadáver Arriola Valadez, y Rangel y yo, mesándonos los cabellos y fingiendo gran dolor y desesperación, empezamos a lanzar terribles gritos que alborotaron en un instante al vecindario. Unos cuantos minutos, y el furgón estaba rodeado de soldados y soldaderas que contemplaban la escena con estupor, no faltando hembra que hiciera hipos y soltara a llorar desconsoladamente ante el triste cuadro. La noticia del fallecimiento de uno de los periodistas cundió por el campamento y llegó hasta el general Diéguez, cosa que no habíamos previsto.

Diéguez, acompañado de varios oficiales, se presentó inopinadamente en escena; verlo nosotros, los vivos, y evaporársenos el dolor, todo fue uno; y el muerto, extrañado de nuestro silencio, abrió un ojo primero,

el otro después, y cuando escuchó la voz del general que inquiría sobre el suceso se incorporó violentamente causando verdadero pánico en el concurso que se dispersó despavorido.

Cuando nosotros esperábamos de un momento a otro que Diéguez tomara alguna medida disciplinaria ejemplar, se presentaron los mismos oficiales que lo habían acompañado, trayendo una gran olla de café caliente y varias botellas, para acompañarnos por disposición de aquél a velar al pobrecito difunto; con lo cual organizamos una partida de cartas que duró hasta media noche, gracias al café y a lo que le revolvimos de las botellas.

Finalizaba la primera decena de julio, cuando una mañana, temprano, recibimos orden de no abandonar el carro. En el cuartel general se notaba inusitado movimiento y cuanto había a la mano era llevado a los trenes; todo presagiaba que saldríamos de Chihuahua hacia un lugar que ignorábamos. Dos veces fue movido y cambiado de lugar nuestro furgón. A la tercera, cuando creíamos que se nos volvía a cambiar, era que uno de los convoyes, al que nos agregaron, se ponía lentamente en marcha hacia el Sur, a eso de las tres de la tarde. Ignorando la suerte que nos estaría reservada, con más de un mes de cautiverio encima y sin comprender el objeto de una prisión inútil y prolongada, hacíamos consideraciones acerca del motivo de aquel extraño viaje y de las consecuencias que para nosotros tendría. Durante todo el trayecto caminamos sumamente despacio, deteniéndose el tren en un lugar solitario a eso de la media noche.

Nunca olvidaré el espectáculo que contemplamos entonces. Una pálida claridad de luna bañaba suavemente el campo en reposo, recortándose en el fondo la negra silueta de escarpada cordillera.

Una gran paz, una tranquilidad infinita parecía derramarse por todo el panorama en la quietud de la noche; campos sumidos en un silencio hondo, donde no podía sospecharse que alentara escondido el incendio de la guerra. Detrás de la montaña o entre sus pliegues tal vez, habría pueblos en ruinas, muros quemados, ennegrecidos, casas abandonadas por gentes que dejaron todavía brasas encendidas en el rescoldo del lar; pero ahí, a la vista, ni una huella de aquel febril batallar, nada que hiciera sentir la lucha sobre la pobre tierra cansada. Y cuando atraídos por un ruido seco, monótono, extraño, acudimos a ver hacia el otro lado del tren, se nos presentó de pronto, como en una aguafuerte de la realidad, la silueta alargada de un hombre colgado del poste telegráfico, y que de vez en vez, al dar con el cuerpo sobre la madera reseca, producía el golpe rítmico, apagado, que se oía como un eco sordo en la noche.

Una Expedición Misteriosa

Al alba se reanudó la marcha, con la lentitud de la víspera durante las primeras horas. El día transcurrió en la misma incertidumbre, viajando a veces velozmente, en ocasiones retrocediendo largos tramos, para reanudar nuevamente la marcha hacia el Sur. Al atardecer llegamos a Santa Rosalía; esa noche y por descuido tal vez, no nos dieron de cenar. A la mañana siguiente, a las seis, se nos llamó al carro del general Diéguez sirviéndosenos, en el comedor, un desayuno regular, después del cual habríamos de pasar treinta y seis horas sin comer. El desayuno servido en el comedor de Diéguez era síntoma de que algo extraño ocurría; nosotros nos volvimos todo ojos y oídos para captar el menor indicio que nos revelara los planes que se esta-

ban urdiendo.

Después del desayuno, sin explicársenos una sola palabra, se nos hizo subir a un camión al que subió también el capitán Madrid, que era el jefe de una escolta de cien yaquis, destinados a custodiarnos y que fueron distribuidos en otros cinco camiones, dos de ellos a la vanguardia y tres a la retaguardia del nuestro. Aquella expedición misteriosa se puso en marcha a las ocho de la mañana. Coincidiendo con esto, se notaba gran movimiento de tropas. Se ponían en acción no menos de dos mil hombres, de los doce mil que formaban la división de Diéguez. El general en jefe mandaba personalmente la maniobra y entre los subalternos recuerdo a los generales Osuna y Urbalejo.

Mediaba el día; habíamos caminado cerca de cuatro horas bajo un sol que caía a plomo levantando ámpula, por caminos estrechos, senderos naturales destruídos por el uso, según definía Humboldt nuestros caminos. Subimos cerros y bajamos cuestas, cruzamos arroyos y pasamos ribazos, y sobre todo, gran número de cauces secos y agrietados. De pronto, el cielo se empezó a oscurecer hasta cerrarse siniestramente como una inmensa bóveda negra cortada a veces por relámpagos vivísimos; en menos de media hora se vino abajo una tormenta furiosa que nos azotaba reciamente con golpes violentos de agua y de aire, empapándonos hasta los tuétanos. La tormenta no cesó sino hasta concluído el viaje, hacia las cuatro de la tarde, substituyéndola una lluvia menuda, pertinaz, fría, que duró hasta el amanecer del día siguiente.

En el camino logramos orientarnos un poco respecto al objeto de aquella expedición. El capitán Madrid nos había dejado entrever, a retazos, lo que ocurría. Los villistas, por medio de un golpe de audacia, se habían apoderado del pueblo de Pilar de Conchos, cerca de la gran presa de la Boquilla y amenazaban con dinamitar los espesos muros de la gigantesca cortina; violentamente se pidieron auxilios al general en jefe, y Diéguez que estaba combatiendo con verdadera eficacia las partidas que parecían retoñar por todas partes, se apresuró a acudir personalmente al lugar del peligro; a lo cual no hubiéramos tenido nosotros absolutamente nada que objetar, con tal de que no nos hubieran metido también en aquellos andurriales. Cuando aventuramos, como quien no quiere la cosa, esta observación, el capitán Madrid sonrió enigmáticamente con gesto de sábelotodo y dejó entender, también, como al desgaire, que no éramos del todo ajenos a la función.

Al llegar a la Boquilla, a las cuatro de la tarde, tan mojados que parecía salirnos por un lado el agua que nos caía por el otro, el general Diéguez, que hizo el viaje en autovía y que era muy desigual en su conducta hacia nosotros, mandó que nos situaran frente a la puerta de una gran habitación donde los ingenieros de la presa le ofrecían, lo mismo que a su Estado Mayor, una opípara comida. Nosotros, sufriendo en el exterior los rigores de la lluvia y sin comer desde por la mañana, contemplábamos aquello con una cierta sensación delicuescente en la boca.

Terminada la comida de Diéguez y los suyos, se nos permitió refugiarnos en un cobertizo donde nos despojamos de nuestras ropas exprimiéndolas y aireándolas quedando sin más abrigo que el de la propia piel. Espectáculo interesante y digno de conservarse en historias y papeles, el que hemos de haber ofrecido hechos garabato, cuando esperábamos que las ropas se secasen, algo siquiera, bajo el protector cobertizo.

El Más Serio Trance de la Aventura

A las cinco y media éramos llamados ante Diéguez. Los preparativos para el combate estaban concluídos e iba a procederse al asalto de Pilar de Conchos, pintoresco pueblecillo situado en una hondonada, cuyas azoteas, coronadas de villistas, se veían claramente desde el punto donde se encontraba el general. Este, desplegando gran aparato, y acompañado de su Estado Mayor, se dirigió a nosotros notificándonos que tenía órdenes del Supremo Gobierno para hacernos llegar al campo villista e incorporarnos a los rebeldes, que era, dijo, donde estaba nuestro verdadero sitio. Una escolta los va a llevar hasta la mitad de la cuesta, y de ahí se destacarán ustedes solos hasta el pueblo.

Cuando terminó de hablar se nos quedó mirando, con el bigote erizado, como diciéndonos: ¿Y ahora qué opinan ustedes de Mambrú?

Mis compañeros, rápidamente, me encomendaron la tarea de contestar a aquella amenaza, que constituía el trance más serio de toda la aventura.

—Señor general —exclamé dirigiéndome a Diéguez, quien parecía aguardar a que dijéramos algo— enviarnos al campo rebelde en estas circunstancias equivale a hacernos asesinar por los villistas, quienes seguramente no van a esperar con tranquilidad a que lleguemos a sus posiciones, al ver que procedemos de las líneas federales. . .

—No le hace, mi amigo —interrumpió el general— saquen el pañuelito y háganles señas de que van en paz; al fin ustedes dicen que son muy buenos los villistas; pues vamos a probarlo; y si algo sucede les servirá para que vayan aprendiendo cómo es dura la campaña. . .

Ante aquellas palabras irónicas de Diéguez, me pa-

reció que el hecho era irremediable y entonces, resueltamente, le dije:

—Además, señor general, es claro que usted puede hacer con nosotros lo que guste; mas conste nuestra declaración categórica de que no somos villistas. Es cierto que tampoco somos carrancistas; pero afortunadamente no son esos los únicos términos a escoger en el país. Nosotros no podemos impedir que usted ejecute esa orden; pero protestamos contra ella, porque comprendemos cuáles van a ser los resultados. Si usted está decidido a asumir la responsabilidad de las consecuencias. . .

—No soy yo quien lo ha dispuesto —interrumpió enérgicamente Diéguez, dándose con el fuete en la bota— son órdenes terminantes del Supremo Gobierno; lo único que yo puedo hacer, si ustedes se niegan a ir voluntariamente con los villistas, es suspender por ahora la ejecución de la orden e informar a México; al fin que oportunidades como esta sobrarán.

Un Hombre Valiente

Diéguez habló algunas palabras en voz baja con el coronel Sebastián Allende, jefe de su Estado Mayor, quien a su vez dio orden al capitán Madrid para que se nos condujera a la zona del combate. Este fue breve; duró escasamente una hora, pues los villistas atrincherados en el pueblo no pudieron resistir la numerosa fuerza que se arrojó sobre sus posiciones. Ahí pudimos ver al general Diéguez desplegando incesante actividad, a veces a caballo, a veces a pie, en ocasiones con una pala o un zapapico en las manos ayudando a hacer un bordo o a reparar un paso, con las botas enlodadas, infatigable, enérgico, conviviendo materialmente con los

soldados durante el combate y corriendo exactamente sus peligros sin preocuparse en absoluto por el silbido de las balas, tal como si estuviera en un campo de maniobras; no podía negarse que el hombre era valeroso y decidido, y se imponía anular aquello de Mambrú.

Cuando recuerdo a Diéguez en el combate de Pilar de Conchos, con aquel dominio absoluto sobre sus hombres, me parece mentira que diez meses después, al producirse el desquiciamiento de don Venustiano, aquellos oficiales de su Estado Mayor, que en esos momentos se jugaban la vida a su lado pendientes de su gesto y su ademán, lo hayan reducido a la impotencia, poniéndolo preso en su propio carro, el mismo en que me recibió cuando llegué a Chihuahua, y lo hayan conducido entre filas de sus propios soldados por las calles de Guadalajara, donde había sido señor de horca y cuchilla, hasta una celda de la penitenciaría. ¡Mundanzas de los hombres y sorpresas de la vida que suelen volver inesperadamente las cosas del revés!

Las ocho de la noche serían cuando emprendimos el regreso, ocupando nuestro camión y custodiados por los yaquis. La lluvia menuda que no había cesado de caer, haciendo resbaladizo el suelo arcilloso; los cauces que a la venida habíamos encontrado secos y por los que ahora corría el agua procedente de las montañas; la negrura cerrada de la noche; el peligro de un encuentro imprevisto con los rebeldes; el hambre que nos devoraba, el sueño y el cansancio, hicieron más áspera y penosa la jornada. A las tres de la mañana llegamos a Santa Rosalía. Cuando nos encontramos otra vez en nuestro furgón, nos pareció una estancia deliciosa, refinada y cómoda; nos tendimos en el suelo como sobre un mullido colchón de plumas y dormimos como troncos.

Cuando despertamos, ya muy entrado el día, íbamos en camino otra vez para Chihuahua. El hambre nos roía las entrañas; con qué placer hubiéramos masti-

cado, remojándola, lenta, pausada, deliciosamente, la dura corteza de un viejo pan. En aquellos momentos Esaú, que vendió la primogenitura por un espléndido plato de lentejas, me parecía el hombre más simpático y razonable del mundo. . . Con lo buenas, lo ricas y lo nutritivas que son, pensábamos, imaginando una gran cacerola espumosa y humeante, llena, pero llena hasta los bordes, de lentejas. . .

Una Grata Novedad

En Chihuahua nos esperaba una grata novedad. A nuestro arribo, el capitán Madrid nos comunicó confidencialmente que seríamos puestos en libertad a los pocos días. La naticia, naturalmente, nos causó un gran regocijo pues estábamos hartos de aquel triquitraque demasiado prolongado, y tomando a lo serio el anuncio empezamos a hacernos las más halagüeñas ilusiones acerca de nuestro feliz regreso, sanos y salvos, después del temporal que había caído en nuestra maltratada milpita. Esperando un día sí y otro también que se nos comunicara la orden de libertad, transcurrieron varios días que la esperanza y el deseo hacían largos como una cuaresma. Por fin, no hay fecha que no se llegue, un día se presentó en el carro el mismo capitán Madrid, portador de importantes y sorprendentes nuevas; mis dos compañeros eran puestos en libertad absoluta, y ese mismo día se les iban a extender los respectivos pases de ferrocarril, a México para Arriola Valadez, y a Guadalajara para Rangel. En cuanto a mí, eran otras calendas; en breve se presentaría una escolta que habría de conducirme a la Penitenciaría del Estado.

Debo confesar que a mis dos compañeros les causó una noble pesadumbre esta segunda parte de la emba-

jada, echándoles a perder la fiesta. En aquellos días de comunes sufrimientos se habían ido atando entre nosotros insensiblemente lazos de fraternal afecto. Hombres de ideas diametralmente opuestas, revolucionarios ellos y yo católico a ultraza, habíamos sabido, sin embargo, suavizar las asperezas de posiciones tan aparentemente encontradas con una amistad que no por ser de poco tiempo había dejado de echar fuerte raigambre. Antes del mediodía me despedí de ellos con sendos abrazos. ¡En aquellos momentos quién iba a imaginar los opuestos destinos de ambos camaradas! El uno, Arriola Valadez ocupó algunos años más tarde una curul en la Cámara de Diputados, como representante de Tepic. El otro, Rangel, que no pasaba de los veinticinco años, caía a los tres meses asesinado en Guadalajara por orden de Diéguez, según se dijo, a quien siguió atacando con la mayor rudeza. Su cadáver fue encontrado con dieciocho puñaladas.

Una escolta me llevó a la penitenciaría, en donde solicité inmediatamente hablar con el Alcaide, personaje muy recomendable, que entre otras cosas importantes había sido chofer de Francisco Villa; ya en su presencia, le hice ver lo irregular de la situación que iba a crearse dando entrada en la penitenciaría, en calidad de preso, a alguien que no estaba detenido legalmente ni consignado a autoridad judicial alguna.

—¿Pero qué no ve que es orden de mi general Diéguez?

—¿Y cuál es en concreto la orden de Diéguez? —interrogué.

—¡Pues que lo "métamos" a la penitenciaría!

—Perfectamente —respondí—; usted cumple la orden y me interna en la prisión. ¿Y después? Usted es alcaide de una cárcel civil y depende de las autoridades civiles; una vez constituído en prisionero de usted, va a encontrarse con que yo no soy, legalmente, un preso,

y deberá usted ponerme en libertad inmediatamente, concluí muy decidido, resuelto a recitarle el Fuero Juzgo y las Pandectas.

Pero aquel alcaide era una fortaleza más inexpugnable que la penitenciaría misma, y todos los considerandos y demás distingos y sutilezas que yo esgrimí, eran inútiles para marearlo.

Movió cachazudamente la pensadora cabeza y determinó que, no tratándose de un "delincuente vulgar", frase que dejó caer como diciendo "yo también me traigo mis conocimientos", sino de un periodista detenido por razones políticas, no se me alojaría en una celda común, sino que se me pondría en el mismo lugar que a los otros.

—¿Quiénes son los otros? —pregunté alarmado; pues como para aquel señor yo era un delincuente de lo fino, me preocupaban las consecuencias de la clasificación.

—Ya lo verá, va a estar muy contento.

Con un Futuro Presidente en la Penitenciaría

Esta plática se desarrollaba en la oficina de la prisión, situada en la planta baja del primer patio, al cual tenía acceso todo mundo, por encontrarse en él los juzgados penales.

La penitenciaría de Chihuahua es un edificio construído por uno de los últimos gobernadores del porfirismo; ocupa una leve eminencia hacia las afueras de la población y se levanta aislada, con aires de fortaleza. Sus muros, altos, macizos, la hacen imponente. El primer patio, largo y cuadrangular, está separado del se-

gundo por una doble reja de hierro llena de cadenas y cerrojos, y a ese segundo patio, con aspecto de plazoleta, convergen las tres crujías de celdas, aisladas a su vez, por otras tantas puertas de hierro bien aseguradas, y detrás de éstas se encontraban los delincuentes vulgares, como decía el alcaide.

En el segundo piso del patio interior había habitaciones recientemente construídas que se destinarían con el tiempo a oficinas, pero que por aquel entonces servían de alojamiento a los delincuentes finos. Una de las habitaciones era amplia, espaciosa, bien ventilada; otra era estrecha, con acceso inmediato a la escalera y un ventanuco hacia el patio; ambas se comunicaban entre sí. A la más chica de estas habitaciones se me llevó.

Así me encontré con el más fino de aquellos delincuentes, a quien ya conocía de lejos, por haberlo visto muchas veces en la Cámara de Diputados, sitio adonde solía yo ir a solazarme con los incidentes parlamentarios. Era entonces un hombre de poco más de treinta años, de estatura mediana, tez oscura, cabeza cuadrada, pelo negro, corto y recio; lo reconocí desde luego, se trataba del licenciado Emilio Portes Gil, a quien habían detenido en Tampico, junto con dieciocho obreros y un señor apellidado Gual Vidal, acusándolos de actividades sediciosas y trasladándolos a Chihuahua para que cambiaran de aires, ideas y proyectos.

El licenciado Portes Gil supuso que acababa yo de llegar de México, y me acribilló a preguntas acerca de los últimos sucesos políticos. Le aclaré que mi prisión databa de mes y medio y que posiblemente él tendría noticias más frescas que las mías. Desde luego coincidimos en juzgar al varón fuerte y ecuánime como un tirano con toda la barba, para quien la libertad y los derechos de los ciudadanos valían un ardite.

A él y a sus compañeros los habían aprehendido

por sus actividades obregonistas; por esos días empezaban las escaramuzas preliminares entre los partidarios del ingeniero Bonillas, candidato oficial a la Presidencia de la República, y los oposicionistas divididos en dos bandos: obregonistas y pablistas.

Portes Gil en el Estado de Tamaulipas, era uno de los que más agitaban el agua preparándole el camino al caudillo de Celaya, que por aquellos años se presentaba ante el país en calidad de Júpiter Tonante, vengador de los agravios con que don Venustiano, para impedir el caudillismo, se aprestaba a ofender los principios democráticos de la revolución.

Y en donde principalmente fermentaban las prédicas políticas del licenciado Portes Gil, era entre los obreros, que empezaban a ser controlados eficazmente por las avanzadas del obregonismo; razón por la cual don Venustiano, siempre oportuno y solícito, se apoderó de los principales agitadores, enviándolos a Chihuahua, panacea universal que el régimen aplicaba a diferentes casos.

Fue, por ese encadenamiento de sucesos extraños entre sí, como me encontré un día conviviendo con el licenciado Portes Gil en aquella improvisada celda de la penitenciaría de Chihuahua, teniendo por vecinos de trato continuo a los obreros aprehendidos con él, y que ocupaban la amplia estancia contigua. Y fue así como se inició entre el futuro Presidente de la República y yo una amistad y una estimación mutuas que —por encima de graves discrepancias ideológicas— se mantiene inalterable y cordial hasta el presente.

Cátedra Socialista en la Prisión

El licenciado Portes Gil aprovechaba admirablemen-

te aquellas vacaciones pasadas a la sombra, consagrando lo mejor del día y hasta parte de la noche, a dar cátedra socialista del más subido color a aquel fragmento de hueste proletaria, que escuchaba, con el ánimo suspenso, las doctrinas que iba dejando caer el político tamaulipeco.

La primera de aquellas pláticas que me tocó escuchar, versaba sobre la igualdad de los hombres entre sí. El distinguido auditorio se relamía de gusto oyendo aquellas cosas tan estupendas y excelentes, según las cuales, a la igualdad económica, que era el primer punto concreto por conquistar, debía seguir la destrucción de las jerarquías absurdas en que por ahora está organizado este bajo y pícaro mundo. Por ahora nada más, porque en cuanto el proletariado reivindicase los sagrados derechos de la humanidad, se hilaría más delgado en la materia. No hay razón que justifique, decía el conferencista, que unos hombres ocupen sobre otros posiciones superiores convirtiéndose en parásitos que chupan la vida de los demás, que son los obreros, es decir, los que producen con su trabajo y con su esfuerzo. Toda desigualdad social supone la existencia de un privilegio, y los privilegios son incompatibles con la dignidad humana. Las luchas del porvenir tendrán por objeto crear un orden de cosas mas de acuerdo con la naturaleza del hombre, deformada ahora por la presión que ejerce el capitalismo en contubernio con la ignorancia y la mala fe. Esa mala fe era, sobre todo, la fe católica.

Lo del contubernio ese tan terrible, mereció el universal consenso del concurso, quien daba, con movimientos de cabeza, frecuentes muestras de entusiasmo y aprobación.

Oyendo hablar al licenciado Portes Gil en tono de autoritaria superioridad acerca del igualitarismo entre los

hombres, y observando el humilde acatamiento que rendían aquellas fuerzas vivas de la causa, no pude menos que recordar la instructiva anécdota de Mirabeau, el revolucionario francés.

Acababa de pronunciar un discurso elocuentísimo en la Asamblea Nacional, en el debate relativo a la supresión de los títulos de nobleza, como paso preliminar para obtener la igualdad entre los hombres; y la Asamblea, a una, abolió la validez de los mencionados títulos, arrastrada por el verbo candente del formidable precursor.

Mirabeau fue el héroe de aquella jornada victoriosa que hizo culminar su popularidad y su prestigio entre las masas que lo aclamaban delirantemente.

Todavía con el sabor del triunfo a flor de labio llegó Mirabeau a su domicilio, y adoptando una medida precautoria enteramente oportuna y más en consonancia con las realidades que las bellas frases de su discurso, tomó de la oreja a su ayuda de cámara y en tono que no permitía objeción, le dijo:

—No olvides, perillán, que para ti sigo siendo el señor Conde.

A pesar de todas las retóricas triunfaban las jerarquías.

Enfrascado en Discusiones Sobre el Socialismo

La convivencia en la prisión, la circunstancia de ser originarios del mismo Estado de la República, y la afición común a las cuestiones sociales, aunque colocados en puntos de vista extremadamente opuestos, hicieron que Portes Gil y yo nos enfrascáramos de continuo en

grandes conversaciones, que a las veces adquirían caracteres de disputa, pero que nos permitían sobrellevar entretenidamente el tedio infinito de aquellos días interminables pasados en la penitenciaría.

La situación ahí no tenía nada que envidiar a la del furgón; abrasado el edificio por la lumbre solar parecía desprenderse de todo él un vaho caliente y sofocante. Los únicos consuelos que teníamos contra aquella temperatura tórrida, era tendernos en el suelo, casi desnudos, y comer sandía a todas horas. La alimentación era de lo más frugal que imaginarse pueda; el director de la penitenciaría había impuesto un régimen sumamente económico y saludable; no obstante que los reglamentos respectivos señalaban para los presos raciones de arroz cocido, caldo, carne, frijoles, pan y café, el alcaide aligeró la cosa de modo que sólo quedaron en ejercicio los frijoles, el pan y el café; medida que según la opinión general de las personas avecindadas en el interior de la penitenciaría, estaba dando por resultado una bella finca que en las inmediaciones construía el avisado alcaide. Una torta de pan rellena con frijoles parados y una taza de café, por la mañana, otra ración igual al mediodía, y otra idéntica en la tarde, era el variado "menú" con que nos refocilábamos ahí. De agua, ni gota. Para beber necesitábamos encargar limonadas gaseosas que muchas veces las empleábamos también para lavarnos las manos. Así quedaban ellas de pegajosas y azucaradas. En estos despilfarros se me iban yendo una a una, las pocas monedas que aún conservaba como oro en paño.

Portes Gil y yo, como dije antes, gastábamos el tiempo que le dejaban libre sus prédicas al proletariado, en enzarzar interminables discusiones para ver de arreglar esta sociedad tan mal organizada; pero sin conseguir cosa mayor, no obstante nuestra buena voluntad.

Yo objetaba a sus teorías subversivas, mis puntos de

vista contrarios al socialismo; pero él arremetía declarando que la Iglesia Católica había alterado substancialmente el sentido de la doctrina de Jesucristo, que según él, constituía la médula del socialismo contemporáneo. La Iglesia Católica, desvirtuando los principios básicos del cristianismo en favor de los capitalistas y los privilegiados, y la revolución interpretando fielmente la doctrina de la Iglesia primitiva, eran las dos fuerzas opuestas en el mundo a la hora presente. Los revolucionarios eran los verdaderos, los genuinos cristianos; nosotros habíamos apartado a la humanidad. durante veinte siglos, de su verdadero camino oscureciendo y alterando la verdad. En una cosa tenía razón Portes Gil: en el fondo cristiano de la tesis social revolucionaria.

Poníale yo frente a frente la tesis de la paz social, sobre los principios de justicia y caridad, de convivencia y equilibrio de las clases entre sí que sustenta el catolicismo, y la doctrina de la guerra de clases para igualarlas como un rasero. que proclama el socialismo, tratando de hacerle ver que aquella era la que interpretaba fielmente la doctrina del evangelio, y que ésta, por el contrario, era utópica, unilateral e injusta; discutimos también acerca de la propiedad, del sindicalismo, del problema obrero, de la cuestión agraria, de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, encontrando, con no poca sorpresa que no le eran desconocidas las encíclicas Rerum Novarum, sobre la condición de los obreros e Inmortali Dei, sobre la constitución cristiana de los Estados, de León XIII, quien a juicio de Portes Gil era un listo que, viendo lo irremediable, había querido enarbolar la bandera de las reivindicaciones del pueblo, sin que la martingala le diera resultado.

Empero, Portes Gil no se manifestaba partidario de la destrucción de la Iglesia Católica en México, sino de

su "adaptación" a los principios revolucionarios, cosa que a su juicio tarde o temprano tendría que suceder; y para lograr esto, decía, debe ponérsele sitio no a sus ideas, porque se defendería vigorosamente, sino a los intereses económicos, que sería el camino para doblegarla.

La revolución, afirmaba, se ha equivocado al combatir de frente a la Iglesia, y tiene que rectificar sus procedimientos de violencia. Contra la diplomacia italiana, la sagacidad revolucionaria. La conquista de los Seminarios.

Una Idea Obsesionante

Cinco días llevábamos sin hacer otra cosa que discutir estos asuntos como si para tan sólo eso nos hubieran encerrado de propósito ahí, cuando tuve noticia por un amigo que me visitaba, de que Diéguez había salido, con todos sus trenes, rumbo a Parral, donde permanecería no menos de dos semanas.

Aquello significaba que era posible abordar el tren de pasajeros, puesto que la estación había dejado de estar ocupada militarmente. La única dificultad para lograrlo era la puerta de hierro, con cadenas y cerrojos, que en mala hora habiáseles ocurrido colocar tan impropiamente entre los dos patios de la penitenciaría.

El amigo por quien supe la salida de Diéguez era Enrique Díaz de León, entonces profesor de literatura en el Instituto del Estado, varios años después Rector de la Universidad de Guadalajara y Director de la Escuela Politécnica de esa ciudad, y que falleció ocupando el puesto de Director del Consejo Nacional de la Educación Superior y de la Investigación Científica. Díaz de

León era la única persona que me visitaba en la penitenciaría y a él había yo confiado mi proyecto de evadirme que hasta entonces tropezó con la dificultad principal de encontrarse Diéguez con sus fuerzas ocupando la única salida de la población, por la vía férrea. Además yo carecía de dinero, circunstancia que constituye un gran contratiempo para cualquier cosa, y especialmente para consumar una fuga, porque como dice el proloquio, con dinero baila el perro.

El primer obstáculo quedaba removido con el viaje de Diéguez; lo importante ahora estaba en salir de la penitenciaría. La idea de escapar se apoderó de mí en una forma obsesionante, con una fuerza incontenible, avasalladora, irresistible. El acicate que despertó ese anhelo imperioso de resolver aquella situación, fue la salida misma de Diéguez. Si éste me internaba en la penitenicaría y después se iba de Chihuahua por varias semanas; si en la penitenciaría se me aceptaba en calidad de preso, aunque no vulgar, pero sin consignarme a autoridad alguna, aquello llevaba traza de convertirse en un secuestro indefinido. respecto del cual iban esfumándose todas las responsabilidades concretas, no quedando más realidad del hecho que el indiscutible de encontrarme tras de cadenas y cerrojos.

Díaz de León subsanó la dificultad económica proporcionándome, con toda la discreción requerida por la voracidad financiera del Alcaide, cien pesos para los gastos a que hubiera lugar.

A partir de ese momento me faltaron ojos y oídos para ver y escuchar cuanto detalle o circunstancia sirviera a mi propósito. Desde luego deseché todo intento de fuga novelesca, que implicara escalamiento de muros, descenso por ventanas y aprovechamiento de claros de luna. Había para ello el gravísimo inconveniente de que en las azoteas de la prisión, se encontraba

de día y de noche una cadena de centinelas cuyo prolongado y monótono grito: ¡Alerta! cada quince minutos, me hacía tener presente de continuo el alcance inmoderado de sus fusiles.

Por lo demás, la situación especial en que yo me encontraba, teniendo a toda hora acceso al patio interior o sea al que daban las crujías de celdas comunes, unida a las observaciones que hice durante varios días respecto al cambio de la guardia militar de la prisión, me hizo concebir un plan de fuga cuyo éxito descansaba exclusivamente en su sencillez.

La Naturalidad Ante Todo

En efecto, no hay como hacer las cosas con la mayor naturalidad del mundo, para que nadie repare en ellas. Si los novelistas, cuando relatan sucesos extraordinarios incubados al calor de una imaginación ardiente y desbocada, tuvieran en cuenta que todos nos fijamos en lo raro, en lo que sale del marco habitual, en lo que destaca de los linderos de lo común y corriente, y que en cambio sólo los espíritus selectos y observadores advierten lo que se oculta en el fondo de los hechos triviales, darían a todas sus fugas descritas en las novelas un aspecto de mayor ve ismo haciéndolas tan simples y tan sin gracia como fue la mía. Yo de lo que trataba era solamente de escapar, y no de realizar una hazaña digna de andar en las historias; así es que me limité a estudiar detenidamente todas las circunstancias que rodeaban el caso, para ver de encontrar la coyuntura propicia que me permitiera salir, precisamente, por donde salía todo mundo, es decir, por la puerta.

Ciertamente que la puerta aquella no era como todas la puertas; ésta tenía de curioso y especial, aparte de su estructura de hierro, la circunstancia molesta de estar cerrada con una cadena que remataba en un candado de grandes dimensiones. Tenía además una chapa maciza, y la llave correspondiente se encontraba en manos del sargento jefe inmediato de la guardia de la prisión, quien sólo la empleaba por mandato de persona que tuviera autoridad ahí.

La guardia era relevada en la penitenciaría cada cuarenta y ocho horas, a las seis de la mañana. Desde ese momento hasta las ocho, los soldados y sus jefes no conocían a los presos, los cuales se encontraban encerrados en las celdas de las crujías, circunstancia que no ignoraban los guardianes. El movimiento entre los dos patios del penal lo hacían a esa hora los capataces y servidores inferiores de la cárcel que iban y venían, preparando todos los menesteres ordinarios.

A las ocho en punto sonaba una campana con triste y monótona vibración, y eran abiertas las celdas, así como las puertas de las crujías, dando acceso al patio a todos los presos que en un momento lo cubrían pululando como una gusanera.

Los capataces disciplinaban con fuertes voces aquella masa de gente torva, que haciendo remolinos como una rebelde marejada, acababa por colocarse en fila. Entonces teníamos que bajar nosotros, los delincuentes finos según la psicológica clasificación del Alcaide, que por un momento abdicábamos de nuestros nobles prerrogativas confundiéndonos con la turba común.

Aquellas maniobras tenían por objeto pasar lista a los alojados en la casa, y a la par, que los guardianes recién entrados conocieran a todos los pícaros de esa y de otras comarcas que estábamos ahí, bajo su rigurosa vigilancia.

El tiempo que mediaba, pues, de las seis a las ocho de la mañana, era el único que podía yo aprovechar para intentar una sorpresa rápida y decisiva que me permitiera salir, ya que no a través de espesos muros como el comendador, sí por las puertas como cualquier hijo de vecino. Suponiéndome ya fuera del primer patio, todavía era posible que ocurriera algún contratiempo, si encontraba a alguien que me conociera; pero tal cosa era por demás remota, puesto que también hasta las ocho abrían las oficinas de la cárcel y los juzgados penales.

Para lo que Sirve una Maleta

Para el éxito de aquella aventura era preciso transformar un poco mi aspecto exterior, tratando de pasar inadvertido para la gente de casa, es decir, pa a capataces y alguaciles menores.

Afortunadamente en Tlalnepantla, como relaté en las primeras páginas de esta historia, recibí de mi casa una maleta con ropa.

En esa maleta llevaba un traje de casimir y un sombrero de fieltro, que con algo de ropa interior y una cachucha, más lo que sobre el cuerpo tenía, era mi equipaje cuando salí a Torreón. Al llegar a Chihuahua compré, para hacer más tolerable el extremado calor, un traje de dril blanco, que a poco se puso pardo y por fin indefinible, pero que fue el que hizo lo mejor del gasto.

Imagínese a uno de esos polacos que por aquel tiempo vendían en las calles de México corbatas y calcetines, y se tendrá una idea bastante aproximada de mi catadura cuando entré en la penitenciaría. Mi pantalón

de dril encogido desproporcionadamente para las pocas lavadas a que lo había sometido, de mane a que me daba casi a media pantorrilla. Sin afeitarme en tres o cuatro semanas, y con el pelo haciéndome circo materialmente sobre las orejas y el cuello; agréguese a esto la cachucha encasquetada hasta los ojos, y el tipo queda cabal; no es posible comprender cómo el Alcaide de la cárcel pudo ser tan perspicaz para descubrir que no era yo, a pesar de aquella desastrosa apariencia, un delincuente absolutamente vulgar.

La víspera del día fijado para la fuga, me hice llevar por mi amigo Díaz de León unas tijeras, unas hojas de rasurar, jabón y una botella con agua, con objeto de intentar la necesaria transformación. A Portes Gil le dije que no pudiendo soportar ya el pelo largo y la ba ba haciéndome cosquillas, iba a aligerarme de aquellos adminículos molestos.

Esa noche, efectivamente, me afeité con el mayor esmero y me recorté el pelo que quedó, por supuesto, haciendo escaleras por todos lados; pero al fin adquirí aspecto un tanto adecentado y casi parecía una persona estimable.

La Ultima Noche

La noche transcurrió para mí en la mayor incertidumbre; podía ser la última de aquel penoso cautiverio, o en caso de fracasar el proyecto de fuga, sería el principio de más duras jornadas en las cuales me vería privado de las relativas comodidades de que entonces disfrutaba.

Para matar el tiempo leí toda la noche, sustituyendo unos con otros varios cabos de vela que había co-

leccionado desde los días del furgón, una novela de Hugo Benson, apasionante y trascendente, "El Amo del Mundo"; la recorrí casi hasta las últimas páginas; pero frecuentemente, a pesar del interés que para mí tenía ese libro raro y subyugador, la imaginación volaba indómita por otros rumbos venciendo mi voluntad y me sorprendía de pronto siguiendo mecánicamente las líneas apretadas de la novela, pero repasando en la mente todos y cada uno de los movimientos y de las actitudes que por la mañana habría de ejecutar. Muchas veces me sorprendí en aquel divagar sobre el mismo tema, que absorbía irremediablemente toda mi atención.

En ocasiones contemplaba la escena que tenía proyectada, con una nitidez y una transparencia tales, que su éxito me parecía matemático, inevitable, forzoso; los resultados tenían que producirse con la mayor sencillez y naturalidad tal como lo había previsto, pues, humanamente era imposible que se sospechara de mí. De pronto, el grito lúgubre del centinela más inmediato rasgaba el hondo silencio de la noche, subvirtiendo bruscamente mis pensamientos y presentándome la fuga como algo imposible; en un instante, fugitivo y torturador, veía yo con la imaginación crecer y acumularse dificultades insospechadas, hasta parecerme una locura suponer siquiera que no habría de producirse la circunstancia fatal y el detalle imprevisto, que lo frustraría todo. Alguno de los capataces de las crujías tendría que distinguirme y al reconocerme daría evidentemente la voz de alarma. Acaso no faltaría algún empleado que por cualquier circunstancia adversa adelantara su hora de trabajo, y ello lo echaría todo a rodar... Por último, un punto negro surgió en mi imaginación como la mole inmensa de una montaña, atenaceándome rudamente con el aguijón de la duda. Hasta entonces no se me había ocurrido pensar en una insignificancia importantísima: en que,

posiblemente, los soldados o los oficiales de la guardia de relevo, habrían ocupado ese mismo puesto alguno de los días anteriores y por consiguiente conocerían perfectamente mi condición de prisionero.

En ese caso, que al surgir en mi mente adquirió caracteres de hecho incontestable, al grado de parecerme absurdo no haber pensado en él, la fuga resultaría un intento ridículo y estéril a consecuencia del cual al día siguiente se me encerraría en una de aquellas celdas sombrías que hasta entonces sólo a distancia había contemplado.

Batallando con aquel mare mágnum terrible en la cabeza, se explicará fácilmente el hecho de que pasado algún tiempo, haya yo releído ávidamente "El Amo del Mundo", sintiendo una curiosidad invencible por enterarme del contenido de sus páginas, de las cuales conservaba apenas una confusa impresión.

La Fuga

A las seis de la mañana percibí por el ventanuco el rumor de los pasos acompasados de la guardia de relevo que se acercaba lentamente a la puerta del patio. La transmisión de las consignas, la sustitución de centinelas en las alturas de la prisión, y después, todo igual que el primer día. Llegaba el instante de tomar las de Villadiego y abandonar aquellos lugares, o fastidiarme acabando con mis huesos en el fondo de una crujía.

Febril, pero resuelto, me cambié de ropa, vistiendo el traje de casimir y poniéndome el sombrero de fieltro. No quedé del todo mal, para ser del país. Portes Gil, que observó atentamente aquellas desusadas

maniobras, me preguntó muy serio si había sido invitado a un baile; respondí que no se trataba precisamente de un baile aunque podía suceder que hubie a música en la fiesta, y brevemente le conté mi proyecto. Lo calificó primero de locura y después, al ver que no desistiría de llevarlo adelante, dijo de plano que era una necedad.

Dieron las siete de la mañana. Me enconmendé a Dios y bajé rápidamente por la escalera al patio, cruzándolo de lado a lado; caminé con paso natural, tranquilo en apariencia, con la mirada fija en la puerta de hierro y con la zozobra interna de quien se siente blanco de mil ojos invisibles.

Al llegar a la reja cogí fuertemente uno de sus barrotes y en voz alta llamé al sargento, intimándole en tono autoritario:

—¡Abra usted la puerta!

Y con una docilidad conmovedora, el buen sargento aquel, cayendo en la celada de creerme funcionario del penal, echó mano de sus llaves, corrió el cerrojo y abrió el candado, dejándome el paso libre. Al salir, le insté brevemente para que extremara la vigilancia y me marché con la mayor majestad posible.

En un extremo de la penitenciaría me esperaba Díaz de León, a bordo de un automóvil, conduciéndome al tren que salía a las ocho de la mañana para el Sur.

Lo que falta para concluír este relato, carece de interés. Un viaje a México hecho en ferrocarril, a caballo, a pie, en guayín, según me lo aconsejaban las circunstancias y suponiendo por de contado que me perseguían para reaprehenderme, cosa que según pude saber después no se intentó jamás, pues el gobierno consideró que aquel último lance servía bien para rematar la suerte.

A los ocho días, el dos de agosto, a las siete de la

noche, descendí en las trancas de Guerrero del ferrocarril, procedente de Pachuca, rodeo que hice por mayor seguridad.

Al día siguiente de mi llegada a México caía en cama enfermo de tifoidea, y el delirio de la fiebre fue como un epílogo doloroso del Viaje de Rectificación.

F I N

BAJO EL SIGNO DE ATISBOS

ANDANZAS DE UN PERIODISTA

Y OTROS ENSAYOS

RENE CAPISTRAN GARZA

MEXICO, D. F.
1 9 5 8

Carta a mi hijo

Hijo mío: Ayer cumpliste veintún años, edad a la que el Código atribuye especiales condiciones, méritos y aptitudes, de las que no debe uno fiarse demasiado en un país en donde aunque los códigos están muy bien escritos y se les menciona bastante, no se les honra con exceso y tal vez ni siquiera lo suficiente. De esto ya te darás debida cuenta el día en que dejando de ser estudiante de Derecho te conviertas en abogado, y cuando, como casi todos los abogados, temo que dejes de estudiar Derecho.

Con motivo del acontecimiento mencionado —en nuestra familia tu vigésimoprimer cumpleaños es, naturalmente, un acontecimiento que hemos esperado y por cuya realización hemos pedido durante veintiún años cabales— resolví escribirte una carta, yo que tan poca vocación tengo por el género epistolar, y decirte en ella algunas de las muchas cosas que el afecto y la experiencia sugieren a los padres cuando hablan a sus hijos, por muy modesta inteligencia que disfruten y por muy escasa que sea su sabiduría. Para darte consejos no tengo otro título que el de ser tu padre; pero ese es uno de los pocos títulos que no caducan jamás, así incurran los humanos en las peores aberraciones ideológicas y doctrinarias. En todos los tiempos y en todos

los países el ser padre ha sido y será siempre una razón para aconsejar, porque lo mejor de un consejo es el propósito que lo inspira, y nada supera al desinterés, a la lealtad y a la recta intención con que los padres dirigen y muchas veces molestan a sus hijos con sus consejos.

Por supuesto, no quiero hacerte una carta de tono sentimental; me conformo —y de lograr por lo menos eso, sí estoy seguro— con escribirte una carta que sea sentida: es decir, una carta en la que haya un poco de todo; pero en la que todo lo que haya sea sincero y entrañe una advertencia, una enseñanza, o una orientación.

Cumplir veintiún años es a lo que llama la gente llegar a la mayoría de edad. Y llegar a la mayoría de edad significa para algunos —figúrate— que ya se puede votar; y no sólo, sino que además, ya se puede ser votado. Acerca de esto ¿qué te podré decir yo que no te lo diga con más elocuencia el medio en que vivimos, muy grato en diferentes aspectos, pero tan lamentable y penoso en el capítulo de la ciudadanía?

Para otros, cumplir la mayoría de edad quiere decir haber llegado a la época en que se supone que cada quien está capacitado para gobernarse por sí solo, en este mundo que no puede gobernarlo nadie.

Lo cierto es que, ilusiones aparte, nunca se llega a la mayoría de edad si por ello debe entenderse la emancipación orgullosa y soberbia de la propia persona. Infeliz de aquel que, confiando demasiado en sí mismo, prescinde del que más sabe y cierra los ojos a la prudente costumbre de observar, oír y meditar antes de proceder, pensando que siendo mayor de edad sólo ha de apuntarse aciertos en la vida. Las pasiones, los intereses, las engañosas pero atractivas bagatelas del mundo juegan lo mismo con los jóvenes que con los viejos; con la diferencia de que, cuando ven-

cen, hacen más ridículos a los viejos que a los jóvenes. De ahí que en todas las edades deba recordarse lo débil de la condición humana no sólo para pensar, sino para sustraerse a las seducciones que ofuscan el pensamiento, y que lo hacen ver con falsa claridad los abismos más insondables y tenebrosos.

Esto no quiere decir que el hombre deba ser un niño perpetuo, ni su existencia una infancia prolongada. Quiere decir, simplemente, que la mayoría de edad es un término en cierto modo ficticio, puesto que no son los años que se viven en el mundo, sino la forma cómo se viven los años, lo que fragua positivamente la personalidad, y dota al hombre de las aptitudes necesarias para manejarse con un sentido recto de las cosas, o sea de esa especie de brújula que nos permite conservar la dirección. Porque en la vida es indispensable tener una dirección, un objetivo concreto y una finalidad clara, ya que en faltando ésta, conviértese el individuo en un pobre bajel al garete, dando tumbos entre las olas, y naufragando al primer vendaval que lo sorprenda.

Lo que pasa es que se ha convenido, entre nosotros, en que a los veintiún años se poseen esas condiciones, cuando en realidad pueden poseerse desde antes o no llegan, en ocasiones, a poseerse nunca. De lo que no cabe duda es de que a esa edad quien ya tenga conciencia clara de lo que es la vida debe fortalecer el cimiento moral en que esa conciencia descanse, y quien no la tenga debe procurar adquirirla y afianzarla, antes de que lo trituren como a un endeble carrizo las duras e inevitables pruebas que la vida entraña.

En otras palabras, cumplir los veintiún años es algo que implica tomar en serio las cosas serias de la vida, si tan recomendable actitud no ha sido adoptada desde tiempo antes. Pero tomar en serio las cosas serias de la vida, es algo que debe hacerse con naturalidad,

con sencillez, sin pedanterías ni dramaticismos. Hay muchos, y esa fauna tú debes conocerla porque en el medio estudiantil abunda, que asumen una actitud de pensadores profundos para que se les suponga, por lo menos, pensadores superficiales; y sobran también quienes confundan la seriedad de la vida, con la seriedad de la cara. Ese es un error. La manera más seria de vivir, es vivir con alegría. No con esa alegría vana, insustancial plebeya, que consiste en no dar importancia a nada porque en el fondo no se es capaz de tener ninguna importancia; sino con la noble alegría del espíritu bien equilibrado; con la sonrisa que sabe rubricar la gracia, la belleza, la bondad de lo que nos rodea, y en el peor de los casos, que sirve como discreto pero inflexible valladar a la corrupción, a la miseria y a la pequeñez, condiciones más frecuentes por desgracia que las otras.

La alegría verdadera, que permite disfrutar intensamente todos los dones honestos de la vida, es una característica fundamental del cristiano, que por serlo, y por saber que en el mundo hay una Providencia constante y una Justicia ineludible, ni debe espantarse de nada ni debe hundirse jamás en el pesimismo; ni ha de entristecerse con exceso, ni ha de estallar en delirantes entusiasmos. Simplemente debe aplicar a todas las cosas y a toda la gente, la frase definitiva y exacta de San Francisco de Sales: "ni más, ni menos". Esa difícil medida, esa serena ponderación, ese dar a las cosas y a las gentes el valor justo que les corresponde, ni concediéndoles más ni reconociéndoles menos, es una regla de vida por excelencia que debes esforzarte en seguir, para por lo menos merecer que ella te siga en lo posible a ti.

Decía antes que en la vida no debe andarse al garete sino que es necesario tener un objetivo. Ese objetivo, ese único objetivo se reduce a que cumplas siempre con

tu deber en su triple aspecto del deber contigo mismo, del deber con tus semejantes y del deber con Dios. Aunque bien vistas las cosas, el cumplir con Dios implica tácitamente todo lo demás, pues quien viola cualquiera de los otros deberes, es claro que le falta a El.

No te extrañe que te hable tan francamente de Dios en estos tiempos en que es muy común sustituirlo, por respeto humano, con nombres tan inocuos como el del Destino; o en que hay tantos que se profesan irreductibles ateos pero creen en cambio en la buena suerte que traen las herraduras, y confían a ojos cerrados en las facultades misteriosas de las adivinas. Gracias a Dios no eres supersticioso, y sí en cambio católico. De todo prescinde cuando te convenga, menos de esto último y de sus obligaciones inherentes. Es la única manera de asegurar no sólo el objetivo de la vida, sino la ruta que a ese objetivo conduce y porque mientras no prescindas de eso, tampoco prescindirás aunque te convenga, de aquello que debas conservar. El ser católico hace de la vida una perfecta unidad. Y como ciertamente lo que más conviene, diría yo lo único que positivamente conviene, es salvar el alma, salva la tuya convirtiéndote en un descarado convenenciero, es decir, siendo invariablemente católico.

Con la edad que acabas de cumplir terminaron dos etapas de tu vida: la niñez que hace años dejaste atrás y la adolescencia que concluye ahora, para entrar de lleno en la juventud, es decir, en la virilidad.

¡Virilidad! He aquí una palabra, hijo mío, cuya altísima significación ha sido falsificada y corrompida. Para las generaciones sin ideales; para las generaciones con el alma muerta; para los desdichados que vegetan en el cieno de las pasiones sin más pensamiento ni otro afán que la satisfacción de los sentidos, ni más aspiración que el éxito material en la vida, ni más amor que el

amor plebeyo de encrucijada, virilidad es sinónimo de vicio y de concupiscencia.

¡Virilidad! Noble atributo de la juventud sana, de la verdadera juventud de alma y cuerpo. Dominio de sí mismo, señorío sobre las pasiones, control de la baja naturaleza, fuerza para la lucha, para la adversidad, para la victoria misma, para la derrota. Grandeza de alma ennobleciendo todos los aspectos de la vida. Amor acendrado a la familia. Amor total y único por una mujer; amor encendido a la patria; amor supremo a Dios que nos dio todo, patria, mujer, familia, alma y corazón. Y como un subrayado enérgico de todos esos amores, el concepto del deber. ¡Eso, solamente eso, es verdadera virilidad!

Tratarás con muchos conocidos en la vida. Unos muy inteligentes y otros muy tontos. A los muy inteligentes no les des a maliciar que lo sabes, porque contribuirás a que se envanezcan, y por consiguiente a entontecerlos; y a los muy tontos trátalos como si fueran inteligentes; no lograrás que lo sean, pero sí lograrás que te queden agradecidos, además de que cumples así con el precepto de la caridad, que es la esencia del convivir. Nunca humilles a nadie; no hay mayor amargura para un corazón bien puesto, que el causar una humillación a alguien. Y si alguna vez movido de un arrebato incurrieses en tan lamentable exceso, ten la valentía de pedir perdón por encima de todos los respetos humanos. No olvides que el respeto humano, es falta de respeto que se tiene a sí mismo.

No rehuyas nunca aprender de nadie lo que puedas; pero ten presente que los hombres, hasta los más sabios, enseñan más mentiras que verdades. No te dejes, por lo tanto, impresionar por el prestigio ajeno. Respétalo, pero no lo tomes como oráculo. Para conocer la verdad absoluta, atente a la autoridad de Dios. Para conocer las verdades relativas y secundarias, sigue

el juicio humano pero sin renunciar a la cooperación del tuyo. Ser muy desconfiado suele resultar perjudicial; pero serlo un poco es siempre excelente y preventivo.

Conviene que te diga algo de los grandes de la tierra. Los poderosos, los magnos personajes, los concentradores del poder, son en lo esencial iguales a ti, a mí, y al señor de la esquina. Sus méritos, o sus picardías, los han encumbrado. En la duda, guárdales consideraciones por amor a las jerarquías que son indispensables en la sociedad; pero no te atolondres, ni te sientas confuso ni te empequeñezcas ante grandezas que nunca se puede saber hasta qué punto sean genuinas y valederas. Y sobre todo, jamás cometas el error de adular a los ricos. Es, aparte de indigno, completamente inútil, pues nunca estarán dispuestos a regalarte su dinero.

Es inagotable el acervo de cuestiones de que hoy quisiera hablarte, pero el que ya seas mayor de edad no me autoriza de ninguna manera a aburrirte demasiado. Baste pues, por hoy, con lo dicho. Que Dios te dé muy larga y cristiana vida, y que tu mamá y yo alcancemos a disfrutar de ella todo cuanto sea posible.

Carta a Aquiles Elorduy

Estimado amigo: He leído, con toda la atención que me merece lo suyo, el largo artículo que tuvo a bien dedicarme anteayer en este mismo periódico, como respuesta a mis apreciaciones sobre su honradez política. Confieso a usted que me invade una alegría inmensa. Porque usted, no obstante ser ateo, es en buena y fecunda apologética, la demostración más palpable de la existencia de Dios. He de decirle en seguida qué cosa fue la que me llevó a ese convencimiento; pero antes quiero ponderar la cuestión de su desafío a la Divinidad, desafío que yo estimo y sigo estimando como blasfemia. Pidió usted un rayo del cielo, don Aquiles: el mundo está poblado de pícaros que creen en Dios, y si Dios no envía mil rayos a esos pícaros que incomprensiblemente creen en El, seguro que no se lo enviará a usted que lo desconoce, pero que, en otro orden de cosas —en el de su sinceridad— lo honra en forma indirecta. Decía Santa Teresa de Jesús que hasta las criaturas que desconocen al Señor lo honran mediante sus obras buenas. Y ponía el ejemplo del ingenuo candelero de bronce que, sin alma, sin corazón y sin ojos, sirve a Dios en los altares. Y no es que yo pretenda comparar a usted con un candelero; pero los cristianos tenemos un dogma fundamental que nos obliga a creer que ni un solo movimiento bueno del espíritu humano, es producido por otra causa que no sea el divino aliento. Y es porque Dios está en nuestro barro deleznable con una presencia de caridad y de misericordia infinitas. Tenga usted la seguridad de que no vendrá el rayo sobre su cabeza venerable y que ningún cristiano pedirá para usted tal castigo. Ese rayo, sin usted saberlo, ha llegado ya al borde de su alma amanecida en la duda, que al revés de la negación cerrada, es una celeste claridad de aurora, porque el que duda, mi querido don Aquiles, es que está empezando a creer.

Nosotros, conforme al dogma expuesto, juzgamos co-

mo rayo divino en el alma de usted esa confesión suya tan sincera, tan superior, tan profundamente buena, expresada cuando dice "quisiera tener fe". Ese es el rayo divino que alumbra la sinceridad del hombre bueno. Ese es Dios, querido amigo, que baja a su cisterna, disfrazado de rayo tímido de sol. Esa es la incipiente teología que, a guisa de trino, cantó su hilo de oro en el alma de todos los grandes conversos de la historia. Ese fue el abrir los ojos de Agustín de Hipona, el amanecer florido de Pablo, y el clarear cristiano de la égloga de Virgilio.

Querer un QUISIERA es ya el surco abierto bajo las aguas de la Gracia. Querer un "quisiera poder tener fe", es el pórtico marmóreo de una catedral, o por lo menos el preámbulo humilde de una ermita. Usted, señor licenciado Elorduy, no injuria a Mahoma ni a Buda, porque usted no "quisiera poder tener fe" ni en Buda ni en Mahoma. Usted quisiera tener fe en Dios porque ese "quisiera poder tener fe" suyo, sabe que ni lo deshonra, ni lo abaja, ni lo derrota en el camino, tan limpio, de su sinceridad. Porque "queriendo tener fe", lo que usted quiere no es ser un bandolero, ni un rufián, ni un asesino. Porque "queriendo tener fe", usted no pretende querer ser menos sino más. de lo que es.

Repito que la posición suya es la teología que Dios desea de los hombres: la teología de la tierra dispuesta por la mano hábil de la buena voluntad. "Si quieres tú, puedes sanarme", dijo el leproso abatido a Cristo Redentor. Y Cristo Redentor abriendo de par en par la catarata de su voluntal iluminada, dijo al enfermo: "Quiero, sé sano". Ya ve usted, don Aquiles, que todo el fenómeno religioso consiste en la conjugación vital del verbo QUERER, que es —usted lo sabe porque lo leyó un día en los ojos inquietamente serenos de su dulce madre— el disfraz, el circunloquio, del verbo

AMAR. Usted "quisiera poder tener fe". Esa frase, un poco tímida, es la primera grada hacia Dios. Estamos cerca don Aquiles, usted y nosotros los creyentes, los que creemos en esas cosas que le parecen a usted absurdas porque las ve al revés. Sentados estamos, como en la tarde evangélica, junto al brocal del pozo en cuyo fondo mana el agua de la vida. Nosotros vemos hacia el fondo del pozo en espera del cántaro; usted no mira ese cántaro, pero sus ojos escudriñan el cielo; ese cielo que siempre responde a la pregunta de los ojos, abiertos en un deseo indefinido de alta inquietud que sólo es, como su inquietud, la sospecha de Dios en las tinieblas.

Los que creemos en Dios no podemos siquiera tenerlo a gloria: a El le plugo, misericordiosamente, manifestárseno. Porque nuestras madres —la suya también mi querido don Aquiles— rezaron al Señor muchas veces. en largas noches de vigilia, cuando nos llevaban en el santuario solemne de su seno. Todos, en los pueblos cristianos, oramos antes de nacer con la oración sencilla y divina de nuestras madres.

Es verdad, don Aquiles, que algunos perdieron ese don en el camino. Pero aún así, siguieron creyendo en las madres que creían; en las madres cuya fe se rubricó en la muerte. Esa fe adormecida se manifiesta en vagos deseos, en dulces y a veces insoportables inquietudes, como si desde la sangre de nuestra sangre nos llamase el eco de un Dios desconocido. Esa voz ancestral lo ha invitado a usted a pedir un rayo de la Divinidad. Y ese rayo lo ha vencido. Está usted empezando a saborear la más gloriosa y fecunda de las derrotas. "Quisiera poder tener fe" es la versión más alta, más fiel, más profunda y más ortodoxa, de ese Catecismo que leen hasta los ateos cuando tienen corazón.

Usted es un hombre que, como pocos, tiene la vocación de la libertad. Así lo ha demostrado innumera-

bles veces. Y porque tiene la vocación de la libertad integral del espíritu, su corazón ha de inclinarse cada día más a la fe que es la plenitud de los libres. Usted será un hombre libre, don Aquiles. Nosotros tenemos derecho a sospecharlo. Usted nos concederá el derecho a desear que, sacudida la tiranía de la esclavitud racionalista, suelte muy pronto las amarras de su navío y se lance a la aventura celeste —suprema aventura de la vida— de creer en Dios sin menospreciar la materia.

Tal vez algún día comprenda usted plenamente que nuestro deseo es el mejor deseo que puede manifestarle un amigo: que ese "quisiera poder tener fe" que hoy es una sospecha en el camino y un atisbo de sol sobre sus canas, se convierta en un "yo creo" fecundo, creador, alegre y vital.

Símbolo de Libertad

(En el vigésimo aniversario de un diario chihuahuense)

Conocí Chihuahua cuando la gran ciudad norteña, luminosa y ancha, era además de ciudad acogedora, un inmenso vivac. La estación del ferrocarril hervía en trenes militares. El aire caliente de la canícula —era en los meses de junio y julio de 1919— se extremecía con los toques de clarín, el redoble de los tambores, y todo el confuso estrépito de los campamentos militares. Yo llegué —mejor dicho, a mí me llevaron— el último de una cuerda de periodistas. Tenía veintiún años escasos, y cursaba —que no aprendía— el cuarto año de Leyes en la capital de la República. Además —la cabra tira al monte desde su tierna edad— era director de un periódico que esparcía sus luces dos veces primero y tres veces por semana después y se llamaba "EL FUTURO", futuro del que creía yo saber más de lo que sabía, pues no preví las consecuencias que en nuestras democracias suelen acompañar al uso despreocupado de las libertades.

Yo, como otros periodistas de más años y de mucha más calidad hacía oposición al gobierno ya constitucional, pero en muchos aspectos todavía aconstitucional,

de don Venustiano Carranza; y una de las formas de gallear como escritor independiente y arrojado, era lanzar a la Rosa de los Vientos las hazañas, faenas, proezas y notabilidades que por el norte de la República realizaba aún el agonizante villismo. Su caudillo, a quien unos consideran el más centauro de todos los bandoleros, otros el más bandolero de todos los centauros, y aún algunos el más sorprendente y audaz guerrillero que pueda encontrase entre los bandoleros o entre los centauros, conservaba todavía agallas para caracolear su caballo frente a unos fuertes de adobes que el señor general, encargado de defender Chihuahua, había mandado construir en las afueras de la viril, emprendedora y combativa ciudad. Y de vez en vez los clarines de guerra de los alzados —ya bastante humillados entonces— se permitían el lujo casi medioeval de sacudir el espacio con las notas agudas de "saquen al toro", que hasta entonces sólo se había escuchado en los cosos; pero que en ese tiempo era como humorístico a la par que temerario pregón de desafío. Algunas ocasiones las huestes del villismo reverdecían sus viejos laureles con sorpresas bélicas inauditas, penetrando como ráfagas humanas po las calles desoladas de Chihuahua; y dejando a su paso un hálito de asombro y muchas veces una estela de dolor, salían haciendo pedernal de los cascos de sus caballos antes de que las fuerzas del Supremo Gobierno se repusieran de su estupor.

Claro que ninguna de estas cosas ponían en riesgo la existencia de las instituciones a medias que vivíamos hace veintinueve años; pero como eran hechos, y hechos ciertos, los periodistas que no nos perecíamos por ovacionar a don Venustiano, sacábamos de ellos el tema necesario para hacer oposición.

Don Venustiano era hombre de muchos recursos y de muy rica inventiva. Y así, imaginó que haciendo una

redada de periodistas y enviándolos al teatro de los acontecimientos —que era Chihuahua— rectificaían sus sediciosas apreciaciones y sus subversivas noticas, con lo que quedaría tan consolidado el régimen como mal parada la libertad de expresión, sacrosanta conquista del reivindicador movimiento comandado por el fiero varón de Cuatro Ciénegas.

Yo hice el viaje en un furgón del ferrocarril, "protegido" por aguerrida escolta formada por dieciocho sargentos primeros al mando de un subteniente, quien, ocho días después de un viaje lleno de apasionante zozobra por entre puentes quemados y rieles retorcidos, me entregó, como quien entrega un regalo, en manos del general Manuel M. Diéguez. ¿Era yo un prisionero? Técnicamente, de ninguna manera. Prueba de ello que varios jueces de Distrito me ampararon en las ciudades del tránsito, y yo seguí, inconmoviblemente, en el furgón con la grata compañía de la escolta, lo que no habría sucedido si se tratase de un prisionero y en un régimen respetuoso de la ley. Yo era, simplemente, un "invitado" a ver, directamente cómo estaban las cosas. Y las cosas, desde luego, estaban como se ve.

El objeto de este relato es puntualizar que conocí Chihuahua invitado por el gobierno, conducido por una escolta por si acaso no me placía la invitación, y que ya en la ciudad norteña tuve ésta por límite de mis andanzas, prohibiéndoseme rebasar sus linderos, aposentado en otro furgón, en compañía de media docena de colegas, también "invitados", y bajo la férula rígida del Jefe de las Operaciones Militares. Duelos y quebrantos todos ellos sufridos por amor a las lides periodísticas, en detrimento evidente de la libertad de expresión, veintinueve años ha.

Y como podíamos deambular los "invitados" por los cuatro puntos cadinales de Chihuahua, con la obligación de recalar a las nueve de la noche en el furgón que

hacía veces para nosotros de hotel y de casino, tuvimos el consuelo, el aliento, y la profunda satisfacción, de que la gente de Chihuahua, comprendiendo a fondo nuestra verdadera, aflictiva y apurada realidad, volcase sobre nosotros toda la generosidad de su varonil y cordial temperamento, rodeándonos de un calor de amistad, efusivo y tonificante, que fue la compensación indeleble de aquellos sinsabores democráticos.

La gente de Chihuahua se dio cuenta de que éramos víctimas de la persecución al periodismo libre y quiso, con su conducta inolvidable, hacernos sentir —y vivir— que en Chihuahua aún los presos, siendo injusta la causa de la prisión, sentían la dignidad del hombre libre en el trato —solidaridad en el fondo— con la gente de la tierra.

Ese sentimiento vivo de dignidad ha quedado en mi espíritu fuertemente ligado al sentimiento del periodismo libre.

No pienso en la tiranía, pienso en la libertad, cuando recuerdo aquellas calles luminosas, soleadas, acogedoras de Chihuahua, no obstante que la ciudad bella, que la "ciudad cívica", era también en aquellos días terribles, un inmenso vivac, un enorme campamento . . .

El patrimonio sagrado

A Agustín Saivat

Un patrimonio sagrado constituye la nación mexicana. Un patrimonio que no forjamos sus actuales hijos; que por no poderse valorar ni medir con la medida y el valor de las cosas materiales, es imponderable en su grandeza, indefinible en su significación, glorioso en su sentido, único en su eternidad. Es el patrimonio común de la vieja y de la nueva Historia. Es el pasado con sus raíces, el presente con sus hechos, el futuro con sus ideales. Son siglos y hombres; pensamiento y acción; sangre y lucha; dolor y entusiasmo; perdurabilidad, permanencia, vida en la tierra y en el tiempo. Patria en fin, donde nos diluímos como en un fundente colosal desde los hombres legendarios de la brumosa peregrinación, fijados en este suelo por el hallazgo alucinante del Aguila y la Serpiente, hasta el pueblo contemporáneo, en la plenitud lograda de su ser nacional, fraguado en el curso de más de seis siglos vibrantes, hervorosos, en que dos civilizaciones, dos pensamientos y dos almas se vinculan transformando la violencia de la conquista en un amor de siglos, y el contacto de dos razas en una fecundación de pueblos. Fruto somos de un formidable capítulo tallado en obsidiana india

por artífice español al impulso de la humanidad creadora. Tenemos un pasado histórico, definido, imborrable, cuyos elementos sobreviven a todos los embates y perduran con su huella honda, con su vigor vital, con su presencia fuerte en el arte, en la ciencia, en el pensamiento, en la política, en la lucha y en la paz, en la pasión con que vivimos, y en el alma generosa con que vencemos la adversidad cuando la adversidad nos sacude.

No es nuestra Patria la floración superficial que brota de fácil y propicia tierra. Es el árbol añoso, el viejo ahuehuete, el tronco macizo cuyas largas ríces se abrazan como entrañas a un suelo de roca, que es la tradición, aglutinante de la cultura, del idioma, de la raza, de la religión, que constituyen juntas la sustancia de nuestros huesos, el calor de nuestra sangre, la vida de nuestro ser.

Tal la herencia depositada en nosotros por las generaciones de donde procedemos: Eso es México. Una Patria con personalidad definida, con caracteres precisos, con fisonomía que arranca de antecedentes biológicos, y con temperamento que surge del fondo de la Historia. Nuestra Patria contiene todos los elementos vitales que integran una verdadera nación, y lleva en sí misma, en su propia carne y en su propio espíritu, la integridad plena de una nacionalidad joven aún, pero con el germen intacto de su futura grandeza.

Los hombres que lucharon en México desde el Grito de Dolores hasta el abrazo de Acatempan —paréntesis de gloria que encerró la epopeya de emancipación— entregaron a los mexicanos del porvenir una realidad viviente, una nación y un Estado que constituyen, con todos sus atributos materiales y espirituales, nuestra Patria, nuestro patrimonio común, lo que hemos de defender ahora y siempre, con adhesión de instinto, con pensamiento claro, con violencia masculina, con recie-

dumbre humana, con persistencia de espíritu inmortal, con bocecación intransigente, inquebrantable, decisiva e irreductible.

Por tanto la defensa de lo nuestro, de lo que nos pertenece por ejecutoria del tiempo, por donación de la Historia, por herencia de muchas generaciones de padres y de abuelos, no es una actitud renunciable ni optativa; es por el contrario un deber ineludible, una obligación estricta, un mandato de la sangre, un destino que nos corresponde. El patriotismo, como el amor filial, es un deber. Los sacrificios que impone, los esfuerzos que exige, las demandas que plantea, tenemos que satisfacerlas plenamente, y con plena convicción y voluntad, sin regateos, sin cobardías, sin discusiones.

Pero un falso y superficial concepto de lo que es la Patria, conduce a una equivocada idea del acervo que la estructura, y por consiguiente, a una idea raquítica e incompleta de lo que estamos imperativamente obligados a defender. La Patria no es la materialidad del territorio solamente. No son la Patria nada más nuestras montañas, ni nuestros valles, ni nuestros ríos, ni nuestras costas. El territorio es un elemento fundamental de la Patria, pero no el único. Es el que le da continuidad en el tiempo y localización en la Historia. Es el que determina, con sus características de clima y producción, el temperamento, la modalidad, el matiz del pueblo. Pero es el pueblo mismo, el elemento vivo, el ser humano que recibe la herencia, la conserva, la defiende, la vigoriza y la enriquece, para trasmitirla a otros que deben hacer lo propio, el que constituye la parte vital de la Patria. Por eso la cultura, las ideas, el lenguaje, la religión, el arte, las costumbres, la tradición en síntesis, hechos todos indestructiblemente vinculados al hombre y no al paisaje, al ser vivo y no al territorio inanimado, es la parte más sensible, más valiosa, más esencial y más trascendente de la Patria.

RENE CAPISTRAN GARZA

Ideario guadalupano

A Humberto Romero

México tiene un privilegio cierto, evidente, perenne e indestructible, que surgió en los principios mismos de su existencia, en el alba húmeda y suave de su aflorar en la Historia. Y descansa desde entonces ese privilegio sobre una base que no podrán conmover jamás ni todos los cataclismos de los tiempos, ni todas las locuras de los siglos. Ese privilegio es el acontecimiento guadalupano —permanencia de la Virgen en la Patria— hecho tan excepcional, que en ese crisol hubiera podido fundir cualquier pueblo de la tierra no sólo una fe de potentísimo aliento, sino una Historia de grandeza impar.

* * *

En 1931, diez años después de la conquista, este pueblo que no sería ni español ni indio porque sería indoespañol, existía sólo embrionariamente. Apenas entonces alentaban los niños de la nueva raza, los sillares básicos de un pueblo nuevo.

* * *

La Virgen de Guadalupe no es ni cobriza ni blanca, ni india ni española. Es morena, es mexicana.

* * *

No sólo se apareció como queriendo presidir en el camino del tiempo las vicisitudes y alegrías reservadas a toda vida que empieza, sino que se apareció en forma de una adolescente mestiza, es decir, como un prenuncio de lo que, en 1531, iba a ser, de lo que apenas se aproximaba a ser, adelantándose un poco al tiempo, y presentándose como el primer ejemplar —primero en todo, en virtud y en belleza— de la mujer mexicana.

* * *

México, en las condiciones internacionales, históricas, políticas y sociológicas en que ha desarrollado su titubeante existencia, lógicamente, desde un punto de vista meramente natural y humano, debería haber perecido. No obstante, sobrevive. Sobrevive de milagro. Esa es la palabra, y no nos arredremos de decirla: de milagro. Y el milagro está en las palabras entrañables de la Virgen.

* * *

En esas palabras está la clave de nuestro porvenir, la solución de nuestros problemas, la fórmula de nuestra definitiva estructuración civilizada. Porque hay en ellas no una insinuación, no una sugerencia, no una promesa vaga, indecisa, sujeta a interpretaciones y a dudas. No; la Virgen habló un lenguaje de amorosa y desbordante protección, empleando palabras precisas, claras, concluyentes, terminantes.

* * *

La Virgen habló a Juan Diego, es decir, a México, al indio cristianizado, españolizado, que es México, en palabras que implican una seguridad absoluta, una promesa completa, y en las que hay imbíbito un compromiso pleno, absoluto y vigente. Ese compromiso pleno, absoluto y vigente, sólo exige una condición: "Que me invoquen y busquen y en mí confíen". Con esa maternal condición, ella ofrece al pueblo mexicano "oír allí sus lamentos, y remediar todas sus miserias, penas y dolores".

* * *

Esas son las palabras de la Virgen, la garantía inderogable de México, su secreto indestructible, y su real y positiva ventura. Promesa igual sólo tiene un antecedente en la Historia, la hecha por Dios mismo al pueblo escogido en el Antiguo Testamento. Jamás, en ninguna parte, ha existido después promesa semejante, de tan increíble magnitud, de tan incalculable trascendencia y de tan fácil comprensión, que se hace tan difícil comprenderla.

* * *

México navega desde hace muchos años en un tempestuoso mar de problemas y de amarguras. En lo político, en lo social, en lo moral, México sufre y se atormenta y se deshace. Su remedio, el remedio seguro y único de sus "miserias, penas y dolores", está no en la tibia piedad de todos los días, sino en un ardiente, calcinante, intensísimo resurgimiento del guadalupanismo nacional, que como ascua encendida conduzca al país entero, "a todos nosotros juntos", a buscar, a invocar, a confiar en Santa María de Guadalupe.

* * *

Frente a la imagen aureolada por más de cuatro siglos de oraciones palpitantes de amor, de fe, de esperanza y de consuelo, México encuentra que no es un mito, ni una ficción, ni un ideal transitorio, ni una aspiración imposible la unidad nacional.

* * *

El elemento aglutinador y vivificante que sostiene

en pie la nacionalidad a pesar de todas sus crisis, es lo que todos los mexicanos, todos, desde el más devoto hasta el más desgarrado, llevamos irrevocablemente metido en el corazón como en un relicario viviente: el amor a la Guadalupana.

* * *

El pueblo de México, rudo y tierno, áspero y noble, combativo y romántico, amoroso y luchador, se pone de rodillas ante un santuario y vuelve sus ojos hacia una madre. Y nadie lo apartará nunca ni de la madre ni del santuario, porque lo menos renunciable de todo lo irrenunciable, es la inconmovible nacionalidad de un pueblo entero.

* * *

Cuando se dice Virgen de Guadalupe parece que se mastica, que se saborea, que se regusta en el paladar lo muy mexicano, lo muy vieja y modernamente mexicano. La Virgen, su Santuario, sus apariciones, su Juan Diego, su Villa, todo el marco histórico pero poético, poético pero real que la circunda, huele, sabe, rezuma mexicanidad, patria, cohesión, unidad perdurable y trascendente.

* * *

Parece como si a los pies de la Guadalupana se nos suavizase el alma y se nos hiciera más fraternal el corazón. Parece como si ante la Madre común diésemos tregua a todo lo malo, lo violento, lo agresivo y lo injusto que llevamos en el alma, y de los manantiales inexhaustos y recónditos del espíritu brotaran, deshacién-

dose en plegarias y convirtiéndose en llanto, todo lo generoso, lo comprensivo, la patriota, lo mexicano que tenemos. Y nunca somos tan sinceros como cuando rezamos a la Guadalupana, ni somos nunca tan viriles como cuando la emoción nos empaña los ojos ante ella.

* * *

Pero la Virgen de Guadalupe no sólo es un vínculo, una fuerza de cohesión, una estructura espiritual que nos integra como pueblo y como nación por encima de todas las filiaciones partidistas, sino que, cuanto más se desenvuelve y se afirma en América una conciencia continental con destinos propios y comunes, mayor realce, más insuperable valor, más contenido histórico y cultural, más fuerza unitiva, más trascendencia tiene cada vez la devoción no sólo mexicana, la fe no sólo de nuestro pueblo, sino la estremecida conmoción espiritual de todos los pueblos de América, que desde los Andes y las pampas, el Amazonas y las llanadas, las Rocallosas y el Canadá, desembocan, como río impetuoso, arrollador e incontenible de todas las latitudes continentales, para caer de rodillas en una suprema comunión que nos hermana ante esa Virgen adolescente, mestiza, maternal y protectora, transformada en fundente magnífico e indestructible de una legión vibrante de naciones.

Don Trinidad Sánchez Santos

A David Thierry

Un antiguo amigo que fuera a la par compañero de gloriosas lides acejotaemeras en aquellos tiempos tan olvidados a pesar de ser tan inolvidables, en que una juventud patriota y limpia hizo acto de presencia en la historia del país —el doctor don Octaviano Márquez, ahora Arzobispo de Puebla—, concibió la mexicanísima idea de reunir y publicar algunas de las más importantes producciones de oratoria, poesía y periodismo, de quien fue, en las dos nobles artes que son las primeras, y en el elevado, duro y batallador oficio y vicio que es el último, auténtica luminaria, astro de luz propia, ejemplo vivo para los contemporáneos y guía vivificante para los pósteros: don José de la Trinidad Sánchez Santos.

No es Octaviano Márquez hombre que se satisfaga con proyectos sino persona que se complace en realizaciones, como dueño de una voluntad varonil y de un sentido claro y recto de la vida y de las cosas de la vida. Por eso su idea plasmó a poco en algo tangible y sobre todo leíble: en el hermoso volumen que comprende el primer tomo de Obras Selectas de Trinidad Sánchez Santos, con un sabroso y erudito prólogo del animador de la empresa, y con notas que ayudan a la clara interpretación de las circunstancias de tiempo y ambiente que rodearon cada obra. Contiene este primer tomo, de más de seiscientas páginas, una selección clasificada en dos partes. La primera se compone de Discursos sobre el periodismo, sobre temas sociales, sobre asuntos históricos y patrióticos, y sobre cuestiones de carácter filosófico-religioso. En la segunda parte figuran solamente poesías, distribuidas en cuatro secciones: religiosas, históricas, líricas y épicas. Para el segundo tomo queda la estimulante promesa de ofrecernos una colección de los mejores artículos periodísticos de Sánchez Santos, que es tanto como decir, de las grandes batallas que manejando la pluma y arries-

gando la persona, libró de continuo el formidable polemista católico en contra de la dictadura porfirista. en pro de la democracia mexicana, y fundamentalmente en defensa constante y apasionada de la verdad y por lo tanto de la única fe que con la verdad se cohonesta y que en la verdad se afirma.

Para quienes recordamos, de los días en que la juventud empezaba a balbucir apenas y la niñez no se había esfumado aún, la figura centelleante de Sánchez Santos, surgiendo agigantada por el entusiasmo y la convicción, en los episodios relampagueantes que precedieron y continuaron al desquiciamiento del liberalismo en el país, acercarnos nuevamente a Trinidad Sánchez Santos, ya con las canas y con la experiencia de la madurez, ya con un conocimiento amargo pero útil de los hombres y de la vida, es como volverse a asomar, con la cabeza firme, a un abismo apenas entrevisto en los años mozos; y es admirar con plena conciencia de su valor, una grandeza antaño apenas presentida. Porque todo en él fue grande, su ciencia y su paciencia; su valor a ratos intrépido, siempre sereno, y su irreductible perseverancia, siempre tesonuda, porque era cristiana, y se nutría en ese sentido de eternidad que fragua las inmortalidades. Teólogo profundo y filósofo acerado, polemista gradilocuente y fino escanciador del humorismo que deshace, exhibiéndolo, al adversario. Fervoroso hasta la pasión en su amor al pueblo, al humilde, al trabajador sencillo cuya redención verdadera solamente se logra a condición de no envenenarle el alma, Sánchez Santos era un patriota ejemplar que sintió y amó a México como parte de su entraña misma. Y en su estilo, particularmente en su estilo periodístico, punzante pero justo, hiriente, pero como el bisturí salvador que realiza el milagro de herir con caridad, aunaba Sánchez Santos esa condición sustancial del verdadero periodista; esa cualidad única de quien sirve para es-

cribir y escribe para servir; esa subyugadora aptitud para entender y desentrañar la sabia ignorancia de los pueblos, y para combatir y desenmascarar la sabiduría ignorante de los doctos. Esa era la sustancia, el nervio, la fuerza de Sánchez Santos, como es la fuerza, el nervio y la sustancia del verdadero periodismo.

De ahí que la publicación de sus obras, siquiera sea en la porción más escogida de ellas, constituya un como revivir de quien no debiera perecer nunca como ejemplo y como meta. La labor del periodista es como el agua que fecunda la tierra por donde corre, pero que se pierde para otros campos si se dispersa y se evapora. Para hacerla más útil, más provechosa, más duradera en sus efectos magníficos, hay que represarla y conducirla a través de canales por tierras ávidas de su frescura, en las que se transforma en frutos y se convierte en flores.

Eso es este libro, una represa. Una represa donde se captó para que lo gusten muchos, el caudal cristalino, benéfico, tonificante y vital, que fue la obra periodística y literaria de Sánchez Santos, que como tantas otras cosas del México grande y auténtico van perdiéndose entre la maleza, evaporándose en el olvido, yaciendo en el abandono en que las relegan estas generaciones que ignoran de dónde vienen y —naturalmente— no saben a dónde van.

Este libro da vigencia a lo que pudo ser efímero siendo siempre actual. Porque si la prosa de Sánchez Santos conserva, como toda la buena prosa, su original lozanía y su belleza inmarcesible; sus ideas, que corresponden en solidez y doctrina a las galas de su ropaje, parece que no sólo abrevaron en la fuente de Juvencio, pues que, por un proceso no imaginado ni por la mitología, conservan no sólo su juventud, sino que se adelantan, como adivinándolo, a los arcanos insondables del tiempo y de la historia.

No exageramos, como pudieran creerlo —precisamente— los incrédulos. Analicen los lectores y juzguen por sí mismos, estas palabras, dichas por Sánchez Santos en un discurso que pronunció en la ciudad de Toluca, el mes de julio de 1891, en un banquete de periodistas: ". . . Si observamos la política actual de la Europa, encontramos en ella un retrato en extremo parecido de la política, en los tiempos precristianos. La guerra sin más objeto que el exterminio, la política sin más objeto que la guerra. Europa se apresta a las antiguas y bárbaras luchas, verdaderas conquistas de la fuerza salvaje. Darío, Alejandro, Artajerjes levantando poderosas legiones para pasar a cuchillo los pueblos; los romanos llevando por doquiera la conquista y la desolación; las tremendas represalias de los galos; el mar de sangre encharcada frente a los muros de Alba y junto al lago Pontino; el horrible degüello de trece mil romanos cerca de Arezo, y el no menos horrible en la Galia cisalpina; la excursión de Brenno a Delfos; la ruina de Cartago; las formidables alianzas de los cimbos, teutones y helvecios; las guerras desastrosas de los suevos y belgas, armoricos, morinos y aquitanos; las incontables catástrofes de la Galia desde la Frigia hasta la Transalpina; todas aquellas espantosas irrupciones del Norte sobre el Mediodía, de Grecia sobre el Asia y el Africa, de Roma sobre Grecia y sobre cuantos países alcanzaba a divisar su prodigiosa mirada de coloso; el cuadro en fin, de odio, exterminio, matanza que constituye la historia antigua: tal es, señores, la perspectiva que ofrece, para tiempos quizá no lejanos la actitud presente de todos los pueblos europeos".

Cuadro más certero de lo que entonces era el porvenir y ahora, con las dos guerras de este siglo, es el vívido presente con todos sus horrores, y lo que es peor, con todos sus desencantos, no es posible siquiera imaginarlo. Antójase el orador y periodista como asomado a la ventana secreta e inexcrutable del futuro; como oyendo en el silencio de la noche, el agitado tropel de los años venideros; como escuchando, atentamente, con el confuso rumor de los siglos remotos, el eco definido y claro de una nueva barbarie. Sánchez Santos está en la tumba; pero su pensamiento de águila mantiene vivas sus lecciones.

Para muchos mexicanos de los tiempos modernos debe resultar chocante y hasta anacrónico que en esta época de extraño civismo y de grandiosidad democrática, se prodiguen semejantes elogios a un simple periodista de genio, que a mayor abundamiento era un católico militante. Para los que acostumbran elogiar a los vivos, debe parecer insulso que alguno elogie a los muertos, porque si aquello nos resulta servil, esto les parece tonto. Pero nosotros preferimos elogiar a los muertos que aún viven, y no a los vivos que ya están muertos o que apestan como tales.

Si Sánchez Santos es un gran mexicano recordado por muy pocos mexicanos, y un gran periodista desconocido por muchos periodistas, ello se debe a que su obra es la obra de un católico íntegro y ejemplar en todas las fases de su existencia. Y eso basta para que el presente lo proscriba.

Pero nada se puede contra el valer verdadero. La justicia califica las obras desentendiéndose de sus autores, al contrario de la envidia y del odio que califican a los autores desentendiéndose de las obras. En este caso, la obra y el autor son igualmente dignos, por lo que la justicia, el odio y la envidia, tendrán, a una, que reconocer su mérito.

Evocación de hispanidad

(Añoranza del destierro)

A Rubén Barba Pintor

¡San Antonio de Béjar!, nombre que vibra como bronce antiguo. Hay en él legendarias evocaciones de los viejos tiempos, gloriosos y rudos, en que España vivió con todo el ímpetu de su fuerza bravía en las tierras dilatadas de Texas.

Quien ahora contempla la ciudad moderna que tiene impresa ya, inevitablemente, la fisonomía uniforme, monótona, de la ciudad norteamericana, apenas puede creer que en esa misma tierra, al margen del viejo arroyo de El Alazán, que serpentea ahora estrangulado por la masa compacta de cemento con que se ha ceñido su cauce, se haya deslizado en una época lejana el recio estilo de la gente nuestra, bronca, enérgica, irregular, valiente, en donde la sangre y el amor forjaban los mejores trances de la vida; por las callejuelas del San Antonio de Béjar antiguo, revividas prodigiosamente con la imaginación en medio del tráfago comercial moderno, desfilaron en el tiempo viejo las grandes cabalgatas, iluminadas con hachones llevados por jinetes, en los paseos a la luz de la luna. En las sombras indecisas de la noche se perdían, acaso, las apasionadas palabras de una viril canción, o se escuchaba en el

fondo oscuro de cualquier encrucijada, el chocar violento de los hierros en un desafío furtivo y vivaz. Todavía ahora, en las claras noches estrelladas, parece levantarse de la ciudad dormida un hálito impalpable de leyenda; un tenue vapor de poesía vieja; un misterioso vaho que brota de la tierra, como emanación sutil de sus nobles tradiciones, sepultadas en el oleaje rumoroso del moderno vivir.

* * *

Si imaginamos un viejo hidalgo despertando de un sueño de muchos años, durante los cuales se hubiera producido esta superposición de la uniforme ciudad norteamericana sobre el antiguo recinto de los conquistadores, fabricaremos una bella y romántica ficción. Lo veremos saliendo a la calle bien envuelto en su amplia capa y tocado con ancho sombrero de pluma, tratando de encaminarse, tal vez, a la iglesia del Alamo; pero el pobre hidalgo se frotaría los ojos sorprendido de las visiones fantásticas que se le presentaban ahora: vehículos, gente y edificios en una especie de sinfonía confusa y discordante, que daría al cuitado la triste idea de que unas calenturas malignas se habían apoderado de él.

A pesar de su confusión, el buen caballero acabaría por distinguir en un violento contraste, la silueta familiar de la iglesia del Alamo, y hacia ella encaminaría sus pasos, aturdido, entre un enjambre de gente que lo vería con la mayor naturalidad, no obstante su extraña vestidura, creyéndolo acaso un anuncio ambulante. El hidalgo saldría de la vieja iglesia con el corazón oprimido, porque ahí, en vez de la casa de oración, se encontraría un pobre y raquítico museo, donde se exhibe extraña bandera que ostenta en su paño una estrella solitaria.

El buen caballero echaría a andar, a vagar en medio de aquel mundo fantástico, contemplando las cosas con la pueril estupefacción de un niño puesto de improviso enfrente del mar; y andando, andando, llegaría a un lugar despejado donde él recordaba haber ido otras veces, cuando aquello era un bosque frondoso, a recostarse y meditar a la orilla del río. Ahora el bosque no existe; en su lugar hay una gran plazoleta cuyo piso, recubierto como las calles de una sustancia dura, pétrea, se extiende pulido y brillante; el río se ha quedado muy abajo y su ribera resguardada con un fuerte barandal de hierro; frente al río, hacia la gran plazoleta, se levanta un edificio que deja perplejo al buen caballero. Grandes letras doradas dicen en el frontispicio: "Municipal Auditorium". Así, de pronto, aquella gran mole parece una casa de Túnez, con sus grandes paredes blancas y lisas; pero a veces, vista de otro lugar, produce la impresión de una mezquita, con sus cúpulas redondas; en ocasiones, mas bien creeríase que el edificio es la residencia suntuosa de un Califa, por sus columnas superiores y sus arcos a manera de minaretes en miniatura. El caballero se acerca a un grupo de personas a quienes ha oído llamar con el extraño nombre de turistas. Por privilegio de la ficción, la lengua que hablan se le hace a veces comprensible. Son gente curiosa que contempla asombrada el edificio. Un personaje, que ha de ser un sabio, les está haciendo explicaciones. El hidalgo escucha y alcanza a comprender las palabras del sabio, diciendo que aquel edificio es de arquitectura española. Al caballero se le eriza el mostacho, y en sus labios se dibuja un gesto indefinible de profundo desdén.

Ya el caballero se ha dado cuenta en su vagar sin rumbo, de que su sueño lo mantuvo al margen de la vida y que han ocurrido cosas notables en la historia. Para él lo principal de todo es que se ha destruído su

pequeño mundo: de aquel recinto fortificado en que vivía; de equel caserío levantado en derredor de los muros de algunas iglesias, San Fernando, El Alamo, San José, La Concepción, no queda ya apenas sino una huella vaga, indecisa; todo ha sido destruído, transformado; una nueva mentalidad priva en aquello; un concepto distinto de la vida, de la acción, de las cosas, ha impreso hasta un nuevo color en el panorama; parece como si constantemente se estuviera dando una voz de alarma, con tal ansiedad se mueven y caminan las gentes; en medio de aquel vaivén, siente el caballero como si la vida se hubiera convertido en un sacudirse sin ritmo y sin sentimiento; como si los hombres, en una suprema locura, se hubieran disecado el corazón. Y por un instante siente un desfallecimiento infinito y una nostalgia invencible por el tiempo viejo.

El caballero, andando, andando, ha llegado a una de las calles más transitadas de la ciudad nueva; ciudad nueva que es como el cliché de todas las ciudades norteamericanas. Grandes edificios forman un núcleo central y monstruoso, y en derredor de él, como un gran campamento, como si se viviera provisionalmente, sin arraigo en el tiempo, sin arraigo en la tierra, se esparcen miles de casas de madera, todas iguales, con una acongojante simetría, con una angustiosa igualdad; las ciudades norteamericanas son como amplificaciones o miniaturas unas de otras; es el cerebro humano p oduciéndolo todo con molde y con máquina. Y éste es uno de sus signos peculiares; esta monotonía, aparentemente sin alma, es una de las características de eso que se está formando rápida y fuertemente: lo americano; del denominador común que está unificando a ese pueblo de perfiles grandiosos, desconcertantes, en donde se encuentra, en germen, el cesarismo moderno.

Nuestro caballero, en su ambular asombrado y curioso, ha llegado a una de esas avenidas que son como el nervio de las ciudades delirantes en donde se funden

frenéticamente los negocios y los cabarets. Hemos dicho ya que por privilegio de la ficción, el caballero comprendía, a veces, la lengua extraña que se habla en San Antonio de Béjar, y pudo así leer en los carteles que profusamente se ostentaban en la fachada de una gran construcción a punto de ser concluída, el anuncio de la próxima inauguración solemne de aquel edificio que era un nuevo teatro de grandes proporciones.

Los carteles, ponderando el valor artístico del edificio, concluían filosóficamente con esta especie de sentencia profunda: "Es más bello que cualquier castillo español".

El viejo hidalgo, sobresaltado, contempló atentamente la formidable armazón de hierro ya casi recubierta, y contó los dieciséis pisos con sus filas iguales de ventanas cada uno. Una gran pared agujereada profusamente a manera de gigantesco palomar rematado por dos torrezuelas de cemento armado, constituían el exterior del notable edificio.

Esta vez no sólo sonrió desdeñosamente el caballero; un breve relámpago parpadeó en sus ojos grises; con amplio ademán embozóse en su capa y se alejó de ahí musitando el noble verso arcico: "En el nomme del Padre que fizo toda cosa. . ."

El caballero buscaba el tibio calor de lo antiguo, de lo que pudiera producir, aunque imperfectamente, la grata sensación de lo suyo en medio de aquel desquiciamiento, y se dirigió hacia el punto en donde recordaba la Casa del Gobernador. (1) Una parte nada más de la fachada se conservaba aún. El corazón le saltó en el pecho al caballero, y refugiándose en una calle contigua, en el vano de la puerta de un muro viejo conser-

(1) Actualmente la Casa del Gobernador ha sido reconstruída, por cierto con bastante propiedad histórica.

vado por azar, púsose a contemplar, ensimismado, aquellas piedras labradas y aquel escudo roído, que le hablaban de una grandeza que él creía inmortal. Sumido en su visión estaba el hidalgo, cuando lo sacaron de ella, bruscamente, las palabras de un grupo de hombres que llegaban con la piqueta en la mano y las carretillas listas para conducir materiales; la piqueta se clavó en el muro, y en presencia del caballero empezó el derrumbe de aquel pobre despojo de la ciudad antigua. Los hombres que consumaban la destrucción eran de tez morena y curtida, y hablaban español.

Una lágrima rodó por la mejilla del caballero, quien echando a andar, se alejó de ahí y salió de la ciudad. El hidalgo se fue para siempre de San Antonio de Béjar, la vieja ciudad española que sólo conserva de su pasado el manto estrellado de sus noches claras y ese vaho misterioso que se desprende de ella, como emanación profunda de sus tradiciones sepultadas.

Una respuesta a muchos detractores

A Luis Ruiz y Rueda

Los entusiastas ataques que en las últimas semanas (1) se me estuvieron haciendo en una "carta confidencial" titulada POLITICA, acaban de ser reproducidos íntegramente en una publicación, llamada "PARALELO 20", que en rigor debería llamarse "PARA 20 LELOS", editada por elementos notoriamente conocidos como comunistas profesos. Los ataques, en esa forma reunidos, constituyen un verdadero acierto didáctico, ya que forman lo que cualquier filósofo por Lo-vaina consideraría un completo cuerpo de doctrina. Son esos ataques, además, la respuesta en fuego de ráfaga que los infatigables camaradas rojos, en sociedad anónima con algunos bondadosos camaradas blancos, dan al hecho señalado por "ATISBOS", de que un periódico no comunista como "Novedades", tuviera un suplemento sí comunista como "México en la Cultura". Las medidas adoptadas por la empresa de ese diario para corregir tamaña anomalía, provocaron la gallarda embestida de personas tan calificadas como Armando Rodríguez, Jesús Alejandro Martínez, Alberto Beltrán, y otros insignes defensores de la sacrosanta libertad de esclavizar a los

(1) Mediados de 1958.

pueblos, con la amable cooperación de unas cuantas almas piadosas que por fortuna no faltan en estos tiempos aciagos.

Vamos a responder a dichos ataques por tres razones. La primera, porque siempre hemos sostenido que no deben concederse a la mentira los beneficios del silencio. La segunda, porque suele ser una falsa postura de los grandes culpables —caso González Luna, que siendo pasado sigue siendo presente— el adoptar un silencio simuladamente digno ante el descubrimiento de sus fechorías; y no queremos que se nos confunda, pues sin ser toreros, siempre hemos sabido coger al toro por las astas. Y la tercera y principal de todas, que nos da la real gana de hacerlo, no obstante las sugerencias de muchos amigos de verdad, que con la mejor de las intenciones nos aconsejaron que no lo hiciéramos porque hacerlo era darles jerarquía de contendientes a quienes apenas son detractores con. . . tendencias.

La respuesta será relativamente breve. Es tan desorbitado, múltiple, pintoresco y variado el relato que se hace de las pillerías de un servidor, que sería por demás prolijo y tonto pretender refutarlas periodísticamente una por una. Bastará con un análisis general del bien documentado documento —como diría el Académico de la Lengua en quien están pensando los lectores— para que éstos se formen un criterio orientado y suficiente.

La andanada se divide en dos grandes partes. La primera se refiere a mis aventuras y desventuras relacionadas con el movimiento de defensa de la libertad religiosa, conocido como movimiento cristero, hace treinta y dos años. La segunda a las increíbles trapisondas de que he hecho víctimas a gran cantidad de relevantes políticos, que a juicio de estos modernos historiadores, deben tener muy negras entretelas donde he podido chantajearlos en grupo y por separado.

Empecemos, naturalmente, por la primera parte. Los

camaradas rojos hablan de cosas que ignoran en grado heroico; los datos sobre sucesos lamentables ocurridos dentro del campo católico durante la lucha en defensa de la libertad religiosa —y acerca de los cuales nunca he querido hablar precisamente porque soy católico— lógicamente son datos que no obran en sus archivos. Pero que, en cambio, sí existen en los archivos de muchos bienaventurados camaradas blancos, quienes reuniéndolos en forma convencional y maliciosa, los han ofrendado cristianamente a los buenos comunistas para que hagan de este réprobo que soy yo, cera y pabilo.

De ahí que los camaradas tovariches hayan caído en una serie de errores de hecho y de interpretación. Ni para eso son leales los ángeles sin alas.

Se supone que yo, después de haberme hecho nombrar en México Jefe del Movimiento Armado contra la tiranía callista, huí a los Estados Unidos con el doble fin de salvar la pelleja y de hacerme con muchos miles de dólares. Este es uno de los puntos —habrá otros— que me servirán para exhibir el crédito que debe merecer este homenaje público que me rinden mis adversarios. La "huida" hacia los Estados Unidos se efectuó cuando yo había sufrido, en el transcurso de varios años, y bajo diferentes gobiernos, seis encarcelamientos y una deportación a Chihuahua, así como había sostenido un encuentro a tiros en las calles del Correo Mayor, contra los ultrarradicales de la época jefaturados por Luis N. Morones. Yo era entonces, también, un poco salvaje. Estos antecedentes, si no me acreditan precisamente como un Cid Campeador o siquiera como un Fierabrás, parecen demostrar que no era yo tampoco un tímido doncel o una perfumada violeta.

Cuando salí de México en 1926, ni la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, ni nadie, había pensado llevar el conflicto al terreno de la lucha armada. Se había organizado, y se estaba llevando a cabo lo que

se llamó el "boycot económico contra el gobierno". Yo salí a los Estados Unidos enviado por la Liga con el objeto, perfectamente natural y lícito, de obtener ayuda económica para llevar adelante el boycot. Esta ayuda es ingenuo o perverso imaginar que la pretendiéramos del gobierno norteamericano. La pretendíamos —y no teníamos por qué avergonzarnos de ello— de los católicos de los Estados Unidos.

Fue en esa época, y siendo esa mi misión, cuando me fueron dadas por el Padre Parsons S. J., y algunas otras personalidades eclesiásticas, varias pequeñas sumas de dinero que nunca llegaron en total a diez mil dólares —entonces nuestro peso estaba a dos por uno— para el sostenimiento personal mío y de tres o cuatro personas más, de la Liga, que me acompañaban.

Hasta varios meses después, y en virtud del sesgo brutal que la persecución había adquirido en todo el país, tomó la Liga —sin mi intervención— el acuerdo explicable de ir a la lucha armada y el acuerdo inexplicable de nombrarme a mí Jefe Supremo del Movimiento. Yo recibí en Nueva York, con la sorpresa consiguiente, la noticia de estas decisiones, y por primeras providencias envié a la capital a uno de mis acompañantes, el señor licenciado don Luis Ruiz y Ruerla —quien actualmente vive en la ciudad de México— con objeto de persuadir a la Liga de que era un error ir a una lucha de ese género y desde luego a rehusar en mi nombre le designación con que se me había honrado. Por supuesto nada de eso lo hacía yo porque considerara ilícito o injusto el movimiento armado en las condiciones que entonces prevalecían. Por el contrario, me parecía moralmente justísima la actitud asumida por la Liga; pero también me parecía imprudente, temeraria y absurda desde el punto de vista práctico, puesto que carecíamos en absoluto de organización adecuada y de los elementos materiales indispensables para obtener buen éxito. El desenlace, a mi juicio, sería la más completa derrota.

Mi error y mi responsabilidad gravísimos consistieron en haber cedido, por vanidad y amor propio —tenía entonces veintiocho gloriosos años— a las instancias de la Liga para que aceptase las dos decisiones. Y acepté. Y el haber aceptado significó para mí, junto con la adquisición de una gran experiencia humana, vivir los años más amargos de mi vida, contando los once que estuve en el destierro, a veces bien, a veces mal, a veces peor, pero siempre considerando ese destierro como un honor y un orgullo.

Fue entonces cuando el padre Parsons S. J., se llamó a engaño y puso el grito en el cielo, asegurando que yo le había mentido, puesto que él —y eso es cierto— jamás pensó dar un solo centavo para una lucha armada. En efecto, mi situación digamos jurídica, había cambiado. Yo ya no era un delegado para solicitar auxilio en favor del boycot. Era el jefe de una Revolución. Por eso los camaradas tovariches, y muchos camaradas blancos, apoyándose en la equivocación del padre Parsons S. J., a quien tan unciosa y reverentemente citan, afirman que "René" y sus acompañantes engañaron a la Iglesia".

Ya ven, pues, los expertos astrónomos de "Para 20 Lelos", que no saben, ni remotamente, de lo que están hablando. Como no saben, o fingen no saber, que con el señor William Buckley me puse en contacto y tuve relación con él, no por ser magnate petrolero, sino por ser católico y magnate, lo que hacía suponer en él —como ocurrió realmente— que tendría una actitud de franca comprensión y apoyo hacia nuestros propósitos y metas. Es más, y esto tampoco lo saben o fingen no saberlo mis detractores, el señor Buckley —quien vive aún en Nueva York— (2) era magnate petrolero; pero no en

(2) Ya en prensa este libro, a principios de octubre, falleció el señor Buckley.

México sino en Venezuela, donde fue Presidente de la Pantepec Oil Company. Ninguna relación había por tanto entre el hecho de mis contactos con el señor Buckley y las Compañías Petroleras de México, como dan a entender los camaradas bicolores, casi declarándome traidor a la patria.

Un punto para concluir esta primera parte. ¿Por qué ciertos camaradas blancos hacen causa común en contra mía, proporcionando informaciones que son auténticas trampas a los camaradas tovariches, uniéndose con fruición unos y otros para hundirme —como ingenuamente lo creen— en las profundas simas?

Por dos motivos; el primero, que cuando regresé a México después de once años de destierro, en vez de pedirles a ellos la caridad de que me ayudaran a vivir, me permití la osadía de tener éxito por mí mismo, y gracias a la misericordia de Dios que nunca me ha faltado. Año y medio o dos años después de mi regreso era yo director de "Novedades"; y el éxito es cosa que ciertos espíritus selectos y delicados no perdonan jamás. El segundo, que yo he aprendido algo con el tiempo. Es muy malo ser asno. Pero ser asno viejo es catastrófico. Y eso les pasa a dichos camaradas blancos, son asnos y viejos. Yo vi a México desde el destierro con una perspectiva clara. Traté a muchas gentes del bando contrario. Y comprendí que había sido —que ha sido un tradicional error histórico de los católicos mexicanos— no querer entender a fondo los problemas presentes y pasados del país, juzgándolos siempre bajo la luz de un criterio sectario, unilateral y falso. Yo entendí que una era en su origen, esencia y contenido la Revolución Mexicana, y otro muy distinto el oscuro episodio callista, que desvirtuaba la naturaleza básica de nuestra Revolución, en nada específico opuesta en irreconciliable forma, a las doctrinas y tesis de la Iglesia Católica. Así lo sentí, así lo pensé, y así lo dije abiertamente en la tribuna y en el periódico.

Entonces los consejeros laicos del Espíritu Santo, los confidentes de la Divina Providencia, los sabios Doctores de la Ley, unánimemente afiliados al PAN, deliberaron y decidieron que yo soy un Judas que no se ahorcó, un héroe arrepentido, un Quijote en engorda, un infeliz cacarizo, patizambo y narigón. Y ese es el fiel retrato mío para mis detractores blancos, tan hábilmente secundados por mis detractores rojos.

Sigamos, en pocas palabras, con la segunda parte de "Para 20 Lelos", que con tanta delectación distribuyó en las oficinas públicas un solícito empleado de "México en la Cultura".

Yo he chantajeado no a dos o tres o cuatro "fuentes", lo que podría fácilmente merecer crédito por parte de quienes están siempre bien dispuestos a creer cuanto de malo se diga de otros personas. Resulta que yo he chantajeado a medio México y a una gran parte de lo que queda. Si acaso, se me escapó algún comunista como el señor Sánchez Delint; pero eso porque los comunistas son muy honrados y muy inteligentes, que si no, hasta a ellos me los llevo en las espuelas.

Haciendo un recorrido de algunas de las campañas realizadas por "ATISBOS", ha sido tarea bastante fácil ir enumerando: esto se hizo para chantajear a fulano; esto, para chantajear a zutano; esto, para chantajear a perencejo; y esto y lo otro y lo de más allá al jijo que no lo crea. La dialéctica es así de contundente.

Pero se dejaron muchas cosas en el tintero. Pongamos tres ejemplos solamente: hicimos alguna vez una campaña contra las cuotas excesivamente altas de los colegios particulares. Sin duda las chantajeamos. Hicimos —no obstante nuestra buena amistad personal con el ingeniero Hugo Beckman y con el licenciado José Julio César— una vigorosísima campaña contra el mal servicio telefónico. Es evidente —y tal y cual al que no

lo crea— que chantajeamos a Teléfonos de México, como podrán atestiguarlo los interesados. Hicimos una campaña en favor del ingeniero José María Sáinz Aldrete en contra de un grupo de bandoleros aristocráticos, y juren ustedes que le quitamos a Sáinz Aldrete hasta la camisa, y eso porque fue lo único que le dejó González Luna. ¿Por qué la generosidad de haberme perdonado estos delitos en la lista, tan fácil de hacer en esa forma, de mis horribles monstruosidades? Todavía tendré que quedar agradecido a los camaradas tovariches, y tendré que cepillarles las alitas a los espíritus puros que con ellos han colaborado. Y con estos temas escogidos al azar es suficiente para que las personas malas —las buenas tendrán que seguir considerándome perverso— se formen juicio de lo que hay en el fondo, en el bajo fondo naturalmente, de "Paralelo 20", en lo futuro "PARA 20 LELOS".

Afirmación de México

A Jerónimo Díaz

Pretender, por amor al pasado, que una ciudad se estacione y resista a la natural evolución y al plausible progreso que imponen de consuno el tiempo y la civilización, es pretender lo imposible, es colocarse de espaldas a la realidad, es vivir en la vida como sólo pueden hacerlo los personajes ficticios en las páginas empolvadas de una vieja novela.

No obstante, suele uno encontrar de vez en cuando en cualquier perdido rincón, como jirones olvidados del tiempo antiguo, próximo a desvanecerse a un golpe más del péndulo eterno, tipos aferrados a un falso concepto de la tradición según el cual ésta es inmovilidad, estancamiento, quietud, sin comprender que la vida es movimiento y dinamismo, y que en ella cuanto se paraliza se pudre.

La tradición, la verdadera tradición, es otra cosa. Es, ante todo, concepto vital, dinámico, que implica una maravillosa renovación que jamás destruye su continuidad.

El ejemplo más concreto de la tradición en su verdadero y universal sentido, lo damos los propios hombres con la vívida experiencia de nuestro organismo físico. Desde que nacemos hasta que morimos, aunque medien muchos años entre el principio y el fin, constituímos el mismo ser; conservamos unidad absoluta, indestructible, de la que somos testigos irrecusables. Y sin embargo, todo en nosotros se transforma. Nuestros tejidos musculares, nuestras células orgánicas, nuestros huesos, nuestros cabellos nuestra sangre, están en una perpetua renovación, en una transformación constante de tal manera continua, que en el curso de una vida normal, el hombre se renueva varias veces por lo que respecta a la materialidad de su cuerpo. Y eso no obstante sigue siendo la misma persona; sigue teniendo conciencia plena, a los treinta años, de que es el mismo que en la edad infantil recibió impresiones indelebles; y a los setenta, sabe que ese mismo cuerpo decadente vibró a los treinta con pasiones e ideales de los que sólo queda el rescoldo leve bajo las tristes cenizas del recuerdo. El recuerdo, la memoria, la voluntad, el alma en una palabra, vertebrando en el curso del tiempo la unidad del ser. Y esa es la más viva, patente, realísima imagen de la tradición auténtica: una alma perenne en un medio variable.

A ese espíritu dinámico de lo que es la tradición auténtica y genuina, ha respondido vigorosamente en relación con la capital mexicana, la figura, ya con dimensiones verdaderamente históricas, de Ernesto P. Uruchurtu.

Instrumento de un régimen creador y audaz; pero instrumento inteligente, activo, impulsor e infatigable, Uruchurtu puso su mano realizadora en la tarea de transformar a México, de una gran ciudad que era, en la ciudad magna que es. Con un sentido excepcional y armónico de lo útil y de lo bello, de lo práctico y de lo

artístico, de lo moderno innovador y de los viejos modelos que rezuman historia, Uruchurtu resolvió los problemas básicos de una inmensa ciudad y dotó de perspectivas magníficas y de horizontes perdidos este palpitante corazón de nuestro pueblo que es su capital.

Agua; pavimentos; calzadas que enlazan y articulan los barrios más distintos y distantes de la trepidante urbe; alumbrado que fulgura como una enorme y cintilante estrella que vigila el cielo desde el Valle; escuelas; mercados que se antojan surgidos al conjuro de la fantasía; muchos jardínes creados en medio de un solo gran jardín, que tiñen de color el panorama. Todo eso y mucho más ha sido la obra del Régimen y de Uruchurtu que un pueblo agradecido reconoce y proclama.

Pero a todo esto rebasa la obra maestra de arte que es la actual Plaza de la Constitución; la antigua, señorial, histórica Plaza de Armas, desde hace cuatro días convertida en el orgullo de México, en la primera de América, y en una de las más bellas, sobrias e imponentes del mundo.

Esa enorme explanada responde directamente a un concepto urbanístico impresionante de la mexicanidad. México es así, como su Plaza. Su Plaza es así, como México. Grande, severa, gradiosa como nuestros volcanes, como nuestra raza, como nuestra historia. El afrancesamiento de una época, la idea parisina que dejó el imperio; las arboledas provincianas quebrando las perspectivas; los prados ingleses de un rastacuerismo europeizante, todo quedó borrado, arrasado, desaparecido, para dejar el sitio a una área enmarcada monumentalmente por esos cuatro costados, que si en arquitectura hubiera antologías, habría de ser la más perfecta antología arquitectónica. Suntuoso y severo conjunto donde se confunden los alientos del México viejo y del México nuevo. Gran espacio, firme y sólido, que dará cabida en mil jornadas futuras al pueblo mexicano. Pla-

za y hogar, corazón ensanchado de esta gran familia que somos, historia en piedra de nuestro espíritu cristiano en la primera Catedral del Continente. Tumultuosa vida ciudadana en los dos palacios consistoriales. Comercio hirviente y vital. Portales, donde España y México se encuentran y conviven. Y el viejo Palacio de las grandes emociones, de las grandes tragedias, de los grandes dolores y de las grandes glorias de la Patria: el Palacio de los Virreyes, de los Emperadores, de la República, de México entero victorioso y sangrante, pero eterno. Para ese marco monumental, esa Plaza monumental. Por ahí desfilará mañana y siempre el México del futuro, el México que vemos con los ojos enturbiados por leves lágrimas varoniles y que contemplamos con noble orgullo y con suave y dulce melancolía; el México de nuestros hijos y de nuestros nietos; el México de todos los mexicanos. Plaza amada por bella y por nuestra. Los nombres de Ruiz Cortines y de Uruchurtu —a estas alturas pueden decirse tales cosas sin rubor— han quedado para siempre impresos en nuestra historia por muchos motivos, pero entre todos ellos, por este signo de nuestra fuerte unidad: la Plaza de la Constitución, la Plaza de Armas, nuestra entrañable, elocuente, acogedora Plaza mexicana.

Tampico

(Prólogo que no se publicó, para un libro que sí se publicó)

(A Miguel Lanz Duret

Este es un libro con alma, porque sus páginas fueron escritas con amor, con noble sensibilidad. En él, hasta las cifras y los datos estadísticos, de suyo fríos, severos, inexpresivos, tienen una vibración de vido, un sentido de evocación, un anhelo de perennidad. Es, en otras palabras, un verdadero libro de historia. De historia, en el concepto humano de la expresión, es decir, no un conjunto de conocimientos inertes que sirvan como auxiliar a la memoria, sino un acervo de ideas vitales que sirvan de estímulo al corazón y a la voluntad. Al corazón, porque este libro, además de guardar como en un relicario el recuerdo de lo que Tampico fue y la constancia de lo que es, se propone despertar amor intenso por esa noble y vieja, pulcra, riente y florida ciudad mexicana, donde los hechos que la incorporan a la historia patria, su aire embalsamado con el perfume enervante de sus pródigos jardines, las brisas estimulantes con que la besa el mar, todo lo que es poesía aun para los que no son poetas, y emoción para los menos emotivos, se mezcla, en la hermosa sinfonía de estas páginas palpitantes, con el estrépito magnífico del trabajo en los muelles, olorosos a brea, del puerto febril;

con el progreso batallador y esforzado de un pueblo que ha tenido que luchar contra el clima destructor y las enfermedades mortíferas que en otros tiempos diezmaron la población valerosa, constante y audaz; con el comercio henchido de inteligente dinamismo, y con la industria que ha hecho una urbe pletórica de energía, de esperanza y de entusiasmo, del villorrio pintoresco que antaño se tendiera entre los brazos protectores de dos ríos hermanos.

Y además de estimular el corazón, estimulan también estas páginas la voluntad, porque si ellas despiertan por Tampico un amor verdadero, sólido y profundo, tal sentimiento no se reduce con su lectura a una mera disposición afectiva del ánimo y del espíritu, sino que se transforma en fuerza, en impulso, en anhelo constructivo, en ambición pujante de hacer, por la ciudad que se ama, los mayores sacrificios, las mayores y más fecundas entregas de la propia energía.

Amar la ciudad es una excelsa virtud humana, es el germen del verdadero civismo, ya que el civismo viene de eso, de ciudad, de la casa grande, de la morada sin paredes que nos comprende a todos los que integramos una comunidad, un conjunto de familias allegadas, unidas por intereses básicos comunes, por comunes aspiraciones esenciales. Es la heredad de todos los que son, de todos los que fueron; de los padres, de los abuelos, raíces que dan savia todavía, y de los hijos que constituyen nuestra prolongación en el tiempo. Es la ciudad una condensación, en espíritu y materia, de la Patria. Es la representación inmediata, tangible, concreta, viviente, de ese todo inmenso que es la nación. Sin amor que entrañe a la ciudad, no se concibe el verdadero patriotismo.

Nada tan elocuente como la muda elocuencia de las piedras que hablan. Y siempre hablan las piedras inolvidables de nuestra niñez, de nuestra juventud, y de la ju-

ventud y la niñez de aquellos a quienes vimos, viejos y cansados, abandonar la vida que vivieron donde la vivimos nosotros. Eso que satura, como aliento de las generaciones pasadas, la callejuela escondida, el vano discreto de la puerta entornada, la carcomida tapia de la huerta sombría, la banca del jardín, el kiosko desde donde desgranan armonías los músicos municipales, la ventana evocadora de amores balbuceantes, el balcón que parece inclinarse a escucharnos, el casino, ascua de oro, donde un tiempo lució la juventud resplandeciente que ahora es abuela. Tantas, tantas cosas que encierra la vieja y amada ciudad, angustias y alegrías, ilusiones y desencantos, zozobras y esperanzas, desalientos y entusiasmos, vidas en fin, vidas reales sacudidas por vientos encontrados . . . todo eso que encierra y guarda y perpetúa en sus recuerdos, la historia de una ciudad.

Y cuando esa ciudad ha producido, como la de Tampico, hombres de fuerte complexión espiritual, voluntades de acero que han sabido luchar por la existencia y vencer adversidades; cuando una ciudad tiene tradición definida, fisonomía clara, personalidad vigorosa, las páginas de su historia son páginas de fuerte enseñanza, de ejemplaridad magnífica, de estímulo creador.

Así son las páginas cálidas y vivas de este libro. El interés que encierran no es sólo para los tampiqueños, ni para aquellos que, llegados a Tampico de otras latitudes, se hayan sentido dulcemente subyugados por su capacidad de absorción espiritual que hace tampiqueños a quienes a Tampico van. Tienen también interés para todos los mexicanos, no tanto porque en ellas se desenvuelve la vida de una de las ciudades más importantes de la República, cuanto porque trazan una ruta a seguir en todas partes. Este ejemplo es un noble ejemplo. En cada una de nuestras ciudades debe recogerse la historia local con la que se teje la urdimbre

de la historia patria. La ciudad y la provincia tienen valores morales, intelectuales, artísticos, comerciales e industriales; poseen aspectos suyos, particulares, característicos, con el denominador común de lo mexicano, que es invariable y permanente, y que sirven para darnos la sensación plena de ese milagro de la variedad en la unidad, que es la Patria.

Nuestras ciudades de las distintas regiones del país producen, a la primera impresión, idea de ser sustancialmente distintas por sus costumbres, por su arquitectura, por sus productos, hasta por la cadencia en la voz de sus habitantes, por la claridad de su atmósfera o por sus cielos plomizos. Pero cuando se penetra un poco en la carne y se llega a lo vital, a la esencia, a lo eterno de cada una, el alma henchida de satisfacción y júbilo encuentra en todas ellas, vigoroso y rebosante, lo que las une, las ata, las fusiona, es decir, lo mexicano, que se expresa igual en las llanuras áridas del norte, que en las feraces tierras del sur, que en las costas ardientes del trópico, que en las alturas magníficas de nuestras Sierras Madres, atalayas que parecen definir a México como algo indestructible e inmortal.

De mí puedo decir que al leer los originales de este libro me sentí, si no más mexicano, porque en el amor a la Patria sólo comprendo la integral plenitud, sí más arraigado a la materialidad del territorio, a la realidad del suelo, que es uno de los elementos primordiales del patriotismo. Yo nací en Tampico, de familia tamaulipeca por cinco generaciones. De niño mis pulmones aspiraron con ansia el olor a marisco, perfume del océano, que satura de vida, de sangre, de ímpetu y valor. Supe de las correrías furtivas a la laguna; de las zambullidas en la fresca y traidora corriente del río; de las tardes, oro y fuego en las aguas espumosas del mar. Viví el encanto de inolvidables serenatas en la

Plaza saturada de efluvios de jazmín, y sentí las inquietudes, pero también las grandezas del huracán y las tempestades, que estremecían los muros, destechaban las casas, y arrancaban de cuajo los árboles añosos. Tampiqueño hasta la médula, sentí siempre en la sangre, en los sentidos, en todo mi ser, la huella indeleble de mi tierra.

Tampico es una ciudad rebosante de juventud y fuerza. Después del período febril en que el oro atrajo una población bullente y aventurera que hizo del puerto el refugio de los siete pecados capitales, quedó asentada en ella la gente que trabaja para construir, la gente que hizo de la ciudad acogedora no un campamento ni una feria, sino el hogar, la casa grande, el lugar escogido para vivir y convivir. Ello explica el acendrado amor que sienten por Tampico tantos hombres llegados de otras partes del país que han encontrado ahí, no sólo el calor solar que abrasa las calles, sino el calor de vida que arde en los corazones.

Tampico, en el día, irradia luz. Sus casas resplandecientes, limpias, joviales, se yerguen con ímpetu en la claridad del sol. El río, manso y anchuroso, es un titán de leyenda que lo protege y lo guarda. Sus aguas, irisación de diamantes, despiden destellos deslumbradores de luz vivísima, como si de su seno profundo brotasen mil pedazos de sol. En tierra, hay un perpetuo motín de flores llameantes.

Por la noche, Tampico se envuelve en el manto estrellado, profundamente azul, de su cielo magnífico. Oleadas de luces del puerto, de los barrios, de los campos petroleros, y el resplandor rojizo, como un gigantesco e interminable ocaso, de las refinerías en la bocana del río, dan al panorama un aspecto grandioso, imponente, fantástico. Más allá, el rugido sordo, prolongado, monorrítico del mar. El aire fresco de la noche se

satura de efluvios sentimentales de jazmín, y de vez en vez se aspira a pulmón pleno un olor, que enardece, a mariscos y a brea.

Doña Soledad

A Jorge y Eduardo Téllez Vargas

La casa, con ancho portalón de piedra y gruesa arcada sostenida por macizos pilares, tenía cierto dejo señorial de aristocracia pueblerina, tan esclarecida y resplandeciente como la mejor de Guadalajara, capital del Estado, y ciudad grande en cuyo espejo pulido solían mirarse los honrados habitantes de Acayotepec.

A más de la noble arcada, sobre la que se tendía, con preciosa barandilla de hierro labrado, un espacioso balcón con dosel de piedra adosado al muro, ostentaba la casa un soberbio zaguán con portalón de madera cargado de primores y prestigios, tachonado con fastuosos clavos recubiertos de relieves caprichosos, y ostentando un aldabón pesado y resonante que había sido levantado durante más de doscientos años por muchas generaciones de los Berruecos y los Aguilas.

Los Berruecos y los Aguilas eran dos familias entroncadas desde el virreinato, en que unieron nombres, fortunas e influencia, y que a través de las múltiples situaciones políticas del país conservaban aún la posición preeminente de señores naturales del lugar, que ocuparon desde aquellos remotos días, no tanto por los blasones, que nunca los tuvieron, cuanto por los dineros y las virtudes en que abundaban.

A la sazón, era cabeza de la familia don Luis Berruecos, abogado y agricultor, en quien, a juzgar por lo que se veía, vinieron a acabar en punta las dos ramas de Berruecos y Aguilas, pues el dicho don Luis carecía de sucesión, no obstante los ocho años que llevaba casado con su prima, la guapa doña Soledad Berruecos, mujer de muchas prendas y que había sido de grandes atractivos. Esta doña Soledad era aún joven y sería todavía bella, a no habérsele desarrollado las carnes más de lo menester. De treinta y dos años de edad, morena apiñonada, ojos negros, redondos y vivos, cabello lustroso y abundante, y una naricilla respingada que en sus años mozos era el delirio, doña Soledad tenía un dejo de frescura y lozanía, algo echadas a perder por su gordura incontrolable, atormentada por mil medios coercitivos desde el corsé hasta los zapatos.

Su marido, don Luis Berruecos, último hasta entonces de la larga serie de Berruecos y Aguilas, había pasado su juventud en Guadalajara, donde, a las vueltas de varias calaveradas sin trascendencia, hizo la carrera de abogado. Al acaudalado estudiante le tiraba mucho el campo, y por su gusto y naturales aficiones, a él se hubiera consagrado siempre con amor; pero la voluntad paterna era otra; y quiso arrancar al único vástago de la tierra donde había echado la familia sus raíces, para enfocarlo hacia actividades que, a su modo de ver, darían mayor lustre y renombre al mancebo en quien cifraba sus esperanzas y concentraba, quintaesenciados, todos sus cariños.

Pero al mozo no le hacían mucha gracia las Pandectas ni los latines, así es que apechugó con ellos nada más que para salir del paso con más o menos fortuna, tomando la cosa con cierta zumba muy conforme con su natural gracejo y desenfado.

Cuando obtuvo, al cabo de apuraciones mil, el título de abogado, que para otro cualquiera hubiera

sido lo mismo que sacarse la lotería, don Luis se encontró perplejo. El ejercicio de la profesión le resultaba árido, pobre. Cuando tenía que redactar un escrito, aunque fuera una simple carta, le entraba una depresión y se desazonaba de tal modo, que llegaba a sentirse enfermo de los nervios. Y si se trataba de formular un alegato o de hacer una demanda, después de muchos considerandos, hechos y derechos aducibles al caso, paraba en darle la razón a la parte contraria con lo que salía un pan como unas hostias. Vez hubo en que, equivocando en sus apuntes nombres y direcciones, hiciera y presentara ante los tribunales una demanda que hizo época en los anales judiciales de Guadalajara poniendo en vez del nombre del demandado el de su propio cliente, quien al recibir la notificación se quedó yerto.

En vista de tan brillantes resultados, resolvió don Luis dejarse de aquellas jaranas y consagrar sus energías, que eran muchas, y su ingenio, que era agudo, a la explotación de sus tierras y de sus negocios de campo, como era su verdadero gusto y natural inclinación. Una vez decidido a dar paso tan trascendental, concibió una forma un poco excéntrica para desaparecer del mundo de litigantes, jueces, actuarios y escribanos en que se debatía, y mandó imprimir unas esquelas funerarias, con Cruz y cita bíblica, redactada en los siguientes términos:

"Ayer, a las doce de la noche, falleció para la ciencia jurídica, víctima de un fastidio imponderable, el señor licenciado don Luis Berruecos, que no deja deudos ni deudas. El sepelio se efectuará cuanto antes mejor, partiendo el cortejo del Palacio de los tribunales y despidiéndose el duelo en la hacienda del Pinacozo, Municipio de Acayotepec, donde el suscrito quedará sepultado.

El finado espera, con tan plausible determinación, descansar para siempre".

Junto con tales esquelas, don Luis Berruecos hizo

circular otras, muy majas y coquetonas, en donde participaba a sus amistades y relaciones el nuevo género de vida a que habría de consagrarse en el futuro. El texto de estas últimas era del siguiente tenor:

"Hoy, a las doce y un minuto, nació a nueva vida el señor Luis Berruecos, quien se pone a las órdenes de sus amigos y de quienes lo parezcan, en la hacienda del Pinacazo, situada en el Municipio de Acayotepec.

Aunque al principio se creyó que había nacido muerto, pudo esclarecerse que sólo estaba muerto de risa con motivo del fausto acontecimiento".

Esta humorada hizo que se dividieran los pareceres acerca de don Luis Berruecos. Hubo quienes festejaron abiertamente la gracia y alabaran la determinación por cuanto revelaba amor a la tierra y espíritu independiente. Los más calificaron al abogado de charlatán y pedante, y no faltaron quienes, resueltamente, lo tiraran a loco. Lo cierto del caso es que don Luis una vez echada por la borda la profesión que tan contra su parecer tenía, quedó tan satisfecho y tan contento como perro a quien quitan pulgas.

Inmediatamente lio los bártulos y se trasladó a Acayotepec, instalándose en la casa de sus mayores a todo placer. Y como a poco muriera el señor su padre, don Luis tomó en sus manos la dirección de sus asuntos, lo que fue, verdaderamente, como un renacer a vida mejor, tanto le asentaba la muy saludable y activa que de ahí en más llevó. Su boda con doña Soledad, su prima, vino como a redondear el ideal de su existencia. La amaba lo bastante para unirse a ella con el sincero propósito de ser un marido llevadero y tolerable, y además, con el enlace, quedaban unidas las dos ramas, que andaban sueltas, de los Berruecos y de los Aguilas, sumando a la vez los cuantiosos patrimonios. No había sido aquel un matrimonio de conveniencia, sino nada más un matrimonio conveniente.

Era doña Soledad, como casi todas las señoras gordas, dama de grandes virtudes, de noble y generoso carácter, con muchas energías almacenadas y con una afición muy grande retozándole por dentro, de formar sociedades femeninas y llevar en ellas la batuta.

Pasmaba el número de Presidencias, Secretarías, Tesorerías y otras encomiendas semejantes que barajaba la habilidosa doña Soledad, convertida en el centro nervioso y propulsor de Acayotepec. Era Presidenta de las damas católicas, institución formada por señoras de lo más respetable, encopetado y formal de la población, que se dedicaban a efectuar juntas los domingos por la mañana en el salón de la parroquia, con la asistencia y consejo del señor cura, quien a su vez y en tiempo oportuno era asistido y aconsejado por la férrea doña Soledad. Dirigía la biblioteca circulante Sor Juana Inés de la Cruz, y seleccionaba los libros de todas clases y materias que proporcionaba a sus numerosos lectores y lectoras. Era Secretaria de la Sociedad del altar, vocal del benemérito Comité del Hospital y de la Cárcel, y por último, y esto era lo que más satisfacía a la señora, era ella el alma máter del Club Literario "Señoritas de la Localidad".

Esto de que una dama casada fuera presidenta de un club de señoritas, y alma máter y hasta páter, según decía su marido, de aquella institución, tenía su razón de ser.

Cuando, a convocatoria especial de doña Soledad, se reunieron en su casa las dieciocho o veinte señoritas de buena clase con que contaba Acayotepec, la brava señora, que andaba de tiempo atrás cavilando en la forma de poner bajo su férula a la juventud inocente para precaverla de los peligros, propuso a la asamblea un poco azorada, la formación de un Club formado por señoritas, cuyo objeto habría de ser cultivar los estudios literarios, para lo cual ella proveería de

libros tomados de la biblioteca circulante, y hasta facilitaría también algunos de los librotes de su marido.

Ni pío dijeron las convocadas por cuanto al objeto y fines de la importante sesión; pero alguna de ellas, traviesa y jovenzuela, a quien pareció caerle en gracia la idea de doña Soledad, dijo que si ésta había de dirigir las labores de la naciente agrupación literaria, o la agrupación no era de señoritas o doña Soledad no era señora.

Pero la expedita dama resolvió el caso con la mayor prontitud afirmando que, siendo notoria la necesidad que la gente joven tiene del concurso y el buen juicio de las personas mayores, tanto a ella como a otras tres o cuatro señoras de reconocida cultura, se las consideraría, para el caso, como señoritas honorarias, lo que sin más trámite fue aprobado y aplaudido.

Doña Soledad agradeció en calidas y estremecidas frases la unánime designación de la Asamblea, declarando solemnemente que no omitiría sacrificio en el desempeño de sus elevadas funciones, y afirmando que el nombre de Presidenta que acababa de hacerse en su favor la honraba sobremanera.

Oir aquello la juvenil comparsa, y proclamar ahincadamente que las únicas honradas en el caso eran las socias, fue todo uno y lo mismo: replicó doña Soledad insistiendo con firmeza en que la honrada era ella y sólo ella, provocándose con tal motivo un nobilísimo empeño entre los elementos beligerantes, para dilucidar en resumen de cuentas, quién era ahí la honrada. Acordóse al fin, en obvio de dificultades, que la honra se la distribuirían por partes equivalentes y proporcionales la señora presidenta, y la briosa legión que le depositaba sin reservas su confianza.

El dictamen sobre la reconocida cultura de ella y de otras tres o cuatro señoras, que expuso sumariamente doña Soledad, daba idea cabal de su carácter y venía

como a rematar la fisonomía de la emprendedora dama, a cuyas manos acababa de ir a dar la flor y nata de las muchachas de Acayotepec. Porque doña Soledad, a más de sus virtudes y cualidades indiscutibles, tenía la pueril vanidad de poseer sólidos conocimientos literarios y de andar familiarmente, y como en las propias callejuelas del pueblo, por todos los caminos, atajos y veredas de la historia; inocente falta en que cayó recorriendo, como a tientas, algunos de los volúmenes con que don Luis solía solazarse en sus felices horas muertas. Y así desbordando por todos los poros partículas sutiles de sabiduría, salpicaba su conversación con citas abundantes, no del todo ajustadas a la verdad, pero que la aureolaban de un prestigio casi inmediato a los linderos de lo fantástico.

Si se trataba, por ejemplo, de reprimir cualquier balbuceo de vaga oposición que de vez en cuando surgía en alguna de las instituciones que doña Soledad regenteaba, pronunciaba una almidonada arenga contra la anarquía y el libertinaje, causas de todos los trastornos de la sociedad contemporánea, como lo había previsto genialmente doña Isabel la Católica al decir, comentando la conquista de Granada: ¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Al concluir doña Soledad, en tono de miserere, sus frases pavorosas, un hálito de temor estremecía la estancia y el orden amenazado quedaba restablecido.

Otras veces, si de ponderar la hermosura de una joven se trataba, doña Soledad hiperbólica y erudita, la comparaba con una escultura del Tiziano, o con una virgen del Dante, con lo que picaba fuertemente la curiosidad de la aludida por averiguar quiénes eran esos caballeros de tan delicado gusto.

Las primeras reuniones del Club Literario "Señoritas de la Localidad", estuvieron totalmente a cargo de su alma máter, quien se echó a cuestas las disertaciones

que constituían el cogollo de la reunión. La orden del día de cada una de éstas, era la siguiente: recepción de las socias. A las cinco de la tarde empezaban a llegar las interfectas a la casa de los Berruecos y Aguilas, transformada en templo del arte. La señora de la casa iniciaba sus funciones haciendo los honores a las señoritas efectivas y a las señoritas honorarias que llegaban, generalmente, en pequeños grupos, según estuvieran de cercanos sus domicilios.

Doña Soledad ponía la mano derecha sobre el hombro izquierdo de cada una de las recién llegadas, la otra mano sobre el antebrazo contrario en una especie de abrazo frustrado, y juntando sus mejillas con las de la festejada, a uno y otro lado de la cara, soltaba al aire dos tronados y sonoros besos que era una pena se desperdiciaran.

—¡Cómo te va, chula! —¡Pasa, linda!, creí que no vendrías hoy. —¿Y tú, pimpollo, que nos has abandonado por tres sesiones seguidas? —Anda hija, qué reservada eres, ya sé que pronto tendremos casorio, no olvides que el amor, como dijo Napoleón, es la base de la guerra.

Y así, repartiendo abrazos y sonrisas, tronando besos, haciendo frases y calumniando a los hombres célebres, doña Soledad instalaba en el amplio salón de su casa a las señoritas del Club Literiario, y abría la sesión.

Esta se componía de ordinario, de cuatro partes esenciales, después de la recepción: la lectura del acta de la junta anterior, por Rosarito Labastida, secretaria del Club. De una charla sobre asunto literario o histórico a cargo de la señora presidenta. De las calurosas felicitaciones de las socias a la señora presidenta, por la brillante disertación. Y de un agasajo de ésta a las socias, que era lo mejor de la junta y lo que garantizaba la asistencia regular a aquellos trascendentales

actos culturales. El agasajo consistía, o en una tamalada con atole, o en una distribución de colaciones, huevos reales, turrón de almendra y otros apetitos, que remataban con aromático café y polvorones que se deshacían en la boca de puro mantecosos.

En justicia y verdad, las sesiones del Club no eran completamente inútiles al fomento de la cultura y a la difusión de la literatura selecta, cosas ambas que constituían el programa y objeto de la docta institución; ni dejaban de justificar el lema "Siempre Adelante" adoptado como arrogante divisa, y que era invocado enérgicamente por doña Soledad cuando, por su desgracia, incurría en algún embrollo histórico observado como quien no quiere la cosa por cualquiera de las circunstantes. De acuerdo con el lema "Siempre Adelante", se pasaba sobre el asunto valerosamente sin reparar en remilgos ni miserias. Fue así, precisamente, como se concluyó un serio conflicto surgido después de una disertación titulada "Génesis de don Quijote y sus relaciones con la Historia Antigua de España", en que no se pudo poner en claro si el manco de Lepanto era Sancho Panza o don Quijote, y si el bálsamo precioso le produjo o no el alivio de sus males. Siempre adelante, exclamó doña Soledad cuando el asunto adquirió contornos de tragedia, y dispuso se continuara el programa, que esa vez iba a rematar en ventruda piñata cuyo interior escondía secretos más agradables de investigar que todas las dudas y confusiones de la antigua y la moderna historia.

Pero cuando llegó a sus glorias máximas el Club "Señoritas de la Localidad", fue cuando se encomendó a sus socias la parte correspondiente de una Velada Literario Musical de gran pomada, con que las fuerzas vivas se aprestaban a celebrar el tercer centenario de la fundación del pueblo, importante hecho efectuado por el año de mil seiscientos y treinta.

Con tan sonado motivo, y no obstante las pocas migas existentes entre las autoridades eclesiásticas y las civiles, pactóse un armisticio entre ambas y de común acuerdo se formuló un programa de festejos religiosos y profanos, consistentes aquéllos en una Misa Solemne de tres padres y Sermón de Compromiso con procesión que podía salir hasta el atrio de la iglesia, haciéndose de la vista gorda el alcalde y los munícipes con la violación de la ley que el acto significaba, y éstas en una corrida de toros, juegos pirotécnicos, la clásica serenata en la plaza de la constitución, y la velada literario musical que se preparaba solemnísima, y cuyo programa se desarrollaría en el salón de actos de la Escuela Municipal para Varones.

Aquí era donde doña Soledad se proponía echar el resto, y dejar de una pieza al escogido público, presentando las mejores galas de su aguerrido escuadrón, y leyendo ella misma una relación histórica de la fundación del pueblo, que dejara súpitos a sus conterráneos.

La noche de la velada resplandecía el salón con guías de lámparas eléctricas tendidas de lado a lado, forrados los cordones con raso azul celeste, y rematando con rosetas tricolores arregladas con mucho arte y primor. Las paredes laterales estaban tapizadas de banderitas de papel de china dispuestas de tres en tres, y guirnaldas de papel crepé en forma de cadenas ondulantes. En el fondo, una plataforma de madera cubierta con floreada alfombra servía de estrado, con un piano de media cola hacia la izquierda, media docena de sillones con tapiz rojo oscuro a la derecha, facilitada por el ayuntamiento, y un gran cuadro en el muro con la efigie de don Benito Juárez, rodeado con hojas de palma cruzadas entre sí, y amenazado por un ángel que se precipitaba de las alturas, con ánimo evidente de colocarle por la fuerza una marchita corona de laurel.

La sala estaba pletórica de concurrencia al iniciarse el solemne acto: no fueron suficientes las sillas para dar acomodo a los espectadores, no obstante que además de las de tijera proporcionadas po la escuela misma, de muchas casas particulares fueron enviadas cuantas había disponibles, lo que hacía del conjunto el más pintoresco muestrario de todas calidades. La gente que no logró sentarse, se colocó en el pasillo y en las puertas. formándose una masa humana cuyo aliento, confundido, enrarecía la atmósfera hasta hacerla irrespirable. Aquel iba a ser el escenario del triunfo cumbre de doña Soledad Berruecos.

Bajo la presidencia del alcalde, del párroco, de doña Soledad. y de dos vecinos que representaban a las fuerzas vivas de la localidad, se desarrolló lentamente el programa compuesto de coros, melopeyas, recitaciones. piezas de piano a cuatro manos hasta hacer en conjunto dieciocho números de arte delicado. Cuando el aire se sentía tan grueso como para rebanarlo, tocó su turno a doña Soledad. El número más importante de la velada se había anunciado en la siguiente forma: 'Sucinto relato histórico de la Fundación del Pueblo y consignación de un hecho, también histórico, que honra al mismo, por la señora doña Soledad Berruecos de Berruecos y Aguila, presidenta y fundadora del Club Literario "Señoritas de la Localidad", a cargo del cual ha estado el desarrollo de este humilde, sí que hermoso programa".

Doña Soledad se adornaba con severas galas. Un ceñido vestido de terciopelo negro, dejando al descubierto parte del seno y los morenos brazos, hacían imponente y arrogante su figura. Se tocaba, aprisionando la abundosa cabellera, con una plateada diadema de donde escapaba un haz de retorcidos caireles, y de sus orejas pendían, majestuosas, dos perlas como puños.

Sobre el levantado pecho de la dama no había más adorno que una finísima cadena de bejuco a la antigua usanza, y en derredor del fuerte cuello un collar de auténticos brillantes que fulguraban deslumbradoramente.

Muy a pesar de la extensa enunciación del número que se había encomendado a las luces y vasto talento de la encumbrada dama, la relación histórica fue breve y compendiosa, aunque nutrida de importante información que mantuvo sobrecogido de pasmo al auditorio.

Con voz frágil y un poco temblorosa por la emoción, dio lectura doña Soledad a las cuartillas que apretaba nerviosamente con las manos:

"Señor Presidente Municipal,
Respetable señor Cura,
Señoras y Señores de ambos sexos,
y concurrencia en general:

Habiendo sido honrada por el Comité Organizador de esta brillante fiesta, que dejará en nuestras mentes una estela blanca y luminosa, para dirigir mi pobre y desautorizada voz al distinguido público que me escucha benévolo, tuve, antes de decidirme a aceptar el elevado encargo, que consultar, severa, con mi conciencia atormentada por el conocimiento de mi ningún valer.

Fue, sin embargo, motivo ineludible para ceder, cual otra Penélope afligida, a las instancias del supradicho Comité, la consideración impuesta a mi psiquis con fuerza superior a la natural modestia que me caracteriza, de que, ya que Dios en su sabiduría infinita me ha hecho merecedora de las luces y la cultura de los siglos modernos, yo no podía ¡oh no!, no podía negar mi concurso en esta ocasión, en que todos sentimos arder en nuestras venas el entusiasmo que nos produce esta fecha indeleble en los anales de la historia: 25 de agosto de 1630".

Una ovación cerrada premió el exordio con que

doña Soledad acababa de descolgarse. Trepidaba por el entusiasmo todo el salón y en el aire enrarecido y entre las calientes bombillas eléctricas, parecía sentirse una sutil vibración que se elevaba. El Presidente Municipal estaba conmovidísimo, y el señor cura remataba cada frase de la oradora moviendo la cabeza en señal de asentimiento, con lo que no quedaba ni duda de que aquello estaba de rechupete.

Con voz más segura que antes, y después de una leve inclinación, doña Soledad reanudó el hilo de su discurso.

"No se me oculta, no podía ocultárseme en manera alguna, que para corresponder dignamente a lo solemne de la ocasión y a la benevolencia tanto del Comité organizador como de las nobles damas y de los distinguidos caballeros, así como de las personas que con tanta generosidad escuchan mi palabra, que se levanta impoluta como Venus de la espuma del mar, necesitaba yo tener la inspiración de los ruiseñores que cantan en la enramada de la selva umbría, la fuerza arrolladora de la caudalosa catarata del Niágara, el ritmo suave de Terpsícore divina, o siquiera el rugir formidable del león en el fondo de su cueva, o el aullido estridente de la tempestad amenazadora".

En la pausa solemne que hizo doña Soledad tendida la diestra hacia adelante y perdida la vista en el espacio, se sintió un estremecimiento expectante. La dama continuó:

"Pero aunque careciendo de las dotes naturales de elocuencia y persuación que hicieran famosos a Demóstenes, a Pericles, a Dantón y a Homero, me sobra amor y corazón para investigar, escrutando en las ignotas regiones de la historia antigua, algunos datos que vinieran a enriquecer el acerbo de nuestros conocimientos referentes a la fundación del pueblo de Acayotepec, ocurrida el 25 de agosto de 1630.

"Y del fondo oscuro de los tiempos, yo os presento los nombres que seguramente desconocíais, de los indios bautizados que fundaron este pueblo, y que de hoy en más debéis conservar con un recuerdo imperecedero de gratitud. He aquí los nombres de Miguel Atotomsingo, Juan Angel Talaque, Gabriel Beatriz, Roque de la Trinidad, Encarnación Loreto, Felipe Salvador, Santiago Juan Melchor de los Reyes, Juan Pablo y otros que se escapan a mi memoria infiel".

La voz y el gesto de doña Soledad habían adquirido un aire de reposo y gravedad impresionantes: por su boca, por esa boca pequeñina que se plegaba graciosamente adusta entre las rozagantes mejillas de la noble dama, estaba hablando la historia.

"Y, para gloria nuestra, voy a haceros una revelación de la mayor trascendencia —continuó—. ¿Habéis oído hablar en los tiempos modernos de lo que son los ejidos? No nos metamos, no, a investigar su significado, porque sería abusar de la atención con que escucháis mi palabra, la más humilde y modesta de todas; pero sabed, y conservadlo, que en este pueblo, el día mismo de su fundación, se hizo una histórica donación de ejidos, lo cual constituyó el hecho básico de la fundación del pueblo, por aquellos indios diestros en el manejo del Astrolabio y del Abujón.

He dicho".

Cuando doña Soledad concluyó su pieza oratoria, el entusiasmo y los aplausos volvieron a desbordarse. El Presidente Municipal y todos los señores del estrado, puestos de pie, la felicitaron efusivamente, y la dama, haciendo cortesías a unos y a otros, se excusaba con gran mortificación declarándose ahogadamente no merecedora de tales excesos.

El único que había permanecido absorto entre la multitud sin dar muestras de mucho regocijo y más bien pareciendo presa de una idea obsesionante, fue don

Luis Berruecos, por cuyo cerebro había cruzado una terrible sospecha.

Aquella misma noche, resonándole aún en los oídos el triunfo de su mujer, don Luis Berruecos permaneció en su biblioteca hasta la madrugada. Hojeó libros, consultó apuntes, revisó folletos y monografías, y al fin, tras de una laboriosa búsqueda, encontró la confirmación plena de su sospecha: todos aquellos indios bautizados que doña Soledad mencionó eran auténticos, habían existido sin duda alguna, pero cien años antes, en 1530, y habían fundado un pueblo, pero no Acayotepec sino Atotonilco el Alto, y a éste se refería la donación de ejidos y lo del Astrolabio y el Abujón. Don Luis Berruecos y Aguila, último de unos y de otros, se sintió de pronto anonadado; pero ante la evidencia irrefutable, se sacudió fuertemente en una amplia, sonora, caudalosa carcajada, cuyos ecos se perdieron retumbando en los viejos y señoriales muros de su casa solariega.

Acuarelas Cervantinas

(Plática Literaria Sustentada en el Club Femenino de Bellas Artes, de San Antonio, Texas)

A Joaquín Navarro

Acudo a la viva y ma avillosa imaginación femenina ávida de construir con sueños, con sombras y con rayos de luna, para hacernos a nuestro gusto, con refinado placer y con delectación suprema, un escenario irreal y fantástico, en donde vivir fugaces momentos en íntima y fervorosa comunión espiritual con las muje es que empaparon de poesía la vida febril, la santa locura, la ficción caballeresca del señor don Quijote.

Estamos en el dintel de un mundo de ficción, de fantasía, de pura y noble imaginación. Y cuando vivimos esos instantes de ensueño que tienen sus raíces hondamente metidas en las realidades de la vida humana, parece que elevamos esa vida a un plano superior que ennoblece, transforma y transfigu a.

La fantasía es como la espuma que recubre el mar, un poco amargo y salobre, de la vida. Con ella reposa el espíritu fatigado como en un dulce remanso escondido; y se ensancha el alma o se eleva sobre las asperezas cotidianas, monótonas y frías, cansadas y vulgares. La fantasía es como un cálido refugio para paladear discretamente los más delicados sentimientos; para hacer vibrar armoniosamente las fibras más hondas del alma; para conocer, vivir y sentir las pasiones, los sufrimientos, las alegrías, los delirios de la humanidad entera.

Cuando sumergimos el espíritu en las páginas dominadoras de un libro, dejamos de existir para nosotros, realizando el milagro de destruir, siquiera por breves

instantes, el egoísmo que nos vive en las entrañas; nos diluímos insensiblemente por todas sus páginas; nos convertimos en partículas sensibles para vivir en unos cuantos momentos, intensos y fugaces, todas las vidas, palpitantes y estremecidas, que alientan en ellas.

Vamos a penetrar ahora por las entrañas vivas de un libro que es un milag o. Vamos a seguir, no todas las huellas del ilustre manchego desfacedor de agravios y enderezador de entuertos, sostén de viudas y brazo de doncellas; vamos a contemplar, no toda la estela luminosa del noble peregrino que iba por los campos embistiendo molinos. Vamos sólo a deslizarnos por secretos pasadizos hasta penetrar, con maliciosa fisgonería, por un mundo de ensueño retozón y romántico, palaciego y campesino, de dueñas y de damas, de mujerzuelas y señoronas, de princesas y fregonas, de todas las mujeres que tejen y entretejen, entre risas y discreteos, los nobles amores por entre los cuales pasa sobre un rocín flaco, con la lanza en la mano y el pensamiento en alto, el ilustre Caballero de la Triste Figura.

Encontraremos entre ellas olores a mejorana y episodios de égloga; vapores de cocina y perfumes exquisitos; retobos de mozuela y remilgos de señora; alientos perfumados y olores a cebolla. Pasa la gama entera de mujeres de España, "con figuras de princesas y almas de gitanas": con sonar de pandeetas y cantar de romerías; con voces frescas y lozanas de mozas que vibran de pasión, y roncas voces de dueñas en cuyas inflexiones se deshacen, como bordados viejos en terciopelos gastados, los hilos de plata de la desilusión. . .

Antes pedí a vuestra fantasía un escenario de ambiente para contemplar la abigarrada caravana de las mujeres del Quijote. Y como este tema cordial y sabroso parece rehusar desenvolverse en el tono altisonante de un discurso henchido e hinchado, o de una erudita disertación académica, os invito a que tengamos el acierto y el buen gusto de huir del uno y de la otra, y nos refugiemos en el incomparable placer de la tertulia íntima; de la plática tranquila, serena, mesurada, jugosa; a que hablemos unos breves momentos de estas cosas a la manera antigua, como lo hacían nuestros buenos abuelos, al modo de España, al modo de México, junto al calor del hogar, en la penumbra discreta de la vieja sala, o bajo el manto estrellado de una tibia noche estival.

O si queréis mejor, soltad los frenos dorados de vuestra fantasía e imaginad que estamos junto al fuego encendido en la chimenea del salón de armas, de un viejo y romántico castillo feudal. Afuera, se oye el rugir amenazador de la tormenta. Los bosques que rodean los muros espesos del castillo, se estremecen. Los árboles sacuden con violencia su follaje en la noche llena de ruidos y misterios. La lluvia azota los altos ventanales, golpea los muros, resbala por la roca hasta la barranca, donde reunidas millares de gotas menudas que parecen átomos luminosos al rasgar la negrura de los cielos la violencia del relámpago, forman una corriente impetuosa, avasalladora, incontenible, que va por la cañada abajo, llenando de sordos mugidos el monte ensombrecido y temeroso.

Nosotros nos hemos refugiado en un torreón del castillo. Escabeles sirven de asientos. Tapices con episodios de santos y guerreros cubren las paredes. Por el pasadizo obscuro que conduce a las almenas se oyen pisadas lentas de caballero, sonar de espuelas, golpear acompasado de un espadón suspendido del cinto ennegrecido. Un grito perdido y lejano cruza el espacio por fuera: acaso la queja de algún caminante que llega, acaso un augurio de bruja que vuela montada en la escoba. Entre las gruesas vigas de cedro de la techumbre del aposento, se oye un aleteo presuroso y apaga-

do: se presiente un vampiro. Hay en la estancia como un hálito de misterio.

La narración empieza.

* * *

Los tipos de mujeres se producen en las páginas armoniosas del Quijote, con una variedad tan rica como en el mundo mismo. Cada una de ellas sintetiza un aspecto preciso de femineidad. Vemos desfilar ante nosotros, formando una trabazón espléndida, mujeres de todos los pelajes, hembras de toda condición, ejemplares que pueden distinguirse apenas por matices insensibles, o que representan, conviviendo, abismos de distancia.

Nada escapa en la florida historia: dueñas, campesinas, pastoras; damas de compañía y señoras burguesas; cocineras y mozas del partido; duquesas y rodrigonas, desdeñosas y enamoradas, amantes y perjuras; es un surtido prodigiosamente humano que pulula en todo el libro, va y viene, se mueve y se agita, percibiéndose aquí un gesto altivo y señorial, allí un guiño de sutil picardía, más allá un desplante plebeyo y vulgar. Pretender analizar por completo todo ese mundo de ficción, reflejo fidelísimo de un mundo realidad, es intento imposible para consumarlo en un estudio panorámico que podrá darnos sólo una impresión general del vigoroso conjunto.

Para penetrar mejor los caracteres clasifiquemos en diversos grupos toda esa muchedumbre viviente; coloquémosla, hasta donde lo permita su rica variedad, en marcos constituídos por aspectos comunes, por semejanzas fundamentales, entresacando algunos tipos recios de la parlera legión, a la que imaginaremos extraída de las páginas polvorientas del libro, contemplándose de pronto en un silencio asombrado y soltando, poco a poco, como el zumbido sordo de un viejo colmenar, las menudas palabras de la murmuración. Ahí iremos señalando, entre la gárrula muchedumbre, los tipos fundamentales de las mujeres del Quijote.

* * *

Maritornes es una atrevida abanderada de mujer galante de último escalón, de patio de fonda, de idilio de cochambre; vemos su cuerpo menudo, abultado y contrahecho, caminando indeciso, vacilante, en la sombra de la noche, buscando a tientas al arriero nervudo que con ansia la espera tumbado en un rincón. Tuerta de un ojo y no sana del otro, es, sin embargo, un ángulo del amor, una forma de la mujer, forma no humilde sino plebeya, ni siquiera plebeya sino innoble, pero viva, real, verdadera, capaz de encender en fugaz calentura, la masculinidad primitiva del arriero de recua y atajo.

* * *

El ama y la sobrina, figuras perfiladas con sutil observación, en las que resaltan las virtudes y defectos del ama de casa de hidalgo de segunda. Buen sentido natural y sano juicio; inteligencias refractarias y hostiles a las novelerías; viviendo en contacto con las realidades de la vida, sobre todo con las pequeñas realidades. Adhesión al hombre de la casa, acatamiento a él, y a la par, una secreta voluntad de conducir, de mandar, de dirigir. Fizgonería invencible, vigilancia alerta, consulta con el cura, consejo con el barbero, y gran quemazón de libros endiablados, a espaldas del dueño. Tipos populares medios, de poco relieve, de escaso contorno en la vida, pero abundante, humanísimo, en cada casa de provincia, en cada solar de

hidalgo de segunda.

* * *

La buena Aldonza Lorenzo es el símbolo más perfecto del amor humano. Dos términos tiene todo amor: uno objetivo y otro subjetivo; constituye el primero el objeto del amor como es él mismo; el segundo es tal como lo ve quien ama.

El proloquio que dice: al que feo ama bonito le parece, es de una sabiduría insuperable. Si no fuera porque quien ama tiene una manera personal de interpretar, de ver, de sentir el objeto amado, nadie se enamoraría de nadie o todos de todos.

La buena Aldonza Lorenzo, moza entrada en carnes, velluda y pringosa, con un dejo y un tufillo entre agrio y mantecoso, es vista tal como es por don Quijote con los ojos materiales del cuerpo, pero transformada en ideal princesa por los de su fantasía ardorosa.

¿Qué hay, en suma, de común entre la aldeana Aldonza Lorenzo y la princesa Dulcinea del Toboso? Simplemente una fantasía que ama.

Y esa es, en una suprema simplicidad, la razón de ser de grandes cosas en la vida.

Por eso Aldonza Lorenzo transformada en princesa del Toboso, por la fantasía de don Quijote, es más que un símbolo, una definición del amor, una cátedra profunda del corazón humano y de la más fuerte de sus pasiones. Era a través de esa fantasía inmortal una princesa bella como un rayo de sol, en cuyo aliento suave diluíanse olores de ambrosía; y no obstante, podía decirse de ella con desoladora verdad, que al suspirar la pobre joya percibíase un olorcito como a cebolla.

* * *

Marcela, la fingida pastora, la hija amada y dilecta del rico campesino, representa un tipo de mujer valiente; bella, casta, honrada, tiene un alma libre como pájaro, y un espíritu noble y sagaz.

Cuando el estudiante Grisóstomo se enamora de ella haciéndose pastor para seguirle los pasos, siente por él simpatía y piedad, pero no la interna emoción del amor; Grisóstomo muere de pesadumbre afligido por el invencible desdén de la moza. Cuando lo van a enterrar, don Quijote, que por azar está ahí, pregunta a los amigos del muerto la causa de tan triste fin y éstos, en tono dolido, le cuentan la amarga historia de su amor inútil atribuyendo a dureza de corazón de la hermosa Marcela el llorado fin de su amigo. No se apaga aún el eco de aquella lamentación cuando en lo alto de una pequeña eminencia aparece de improviso Marcela y responde con un magnífico discurso. Su discreción es tanta, vibra tal acento de sinceridad en sus palabras, prueba tan claramente que corresponder a Grisóstomo hubiera sido engañarlo, doliéndose en tan noble forma del injusto cargo, que al desaparecer, como una visión, deja suspensos los ánimos y atajadas las palabras.

* * *

Lucinda y Dorotea, la gran señora y la muchacha de clase media acomodada, casi rica, son dos almas afines unidas por un hilo invisible en un infortunio común; ambas aman y ambas son desgraciadas en su amor; la una, Dorotea, ha sido burlada por don Fernando, que después de seducirla, no le ha cumplido su palabra de matrimonio; su caso es simplísimo; fue cré-

dula, ligera, y llora las consecuencias. La otra, Lucinda, tiene un extraño conflicto. Ama a Cardenio y es amada por éste. Cardenio encarga a su amigo don Fernando que pida en su nombre la mano de Lucinda, y don Fernando, dos veces mal caballero, traiciona al amigo y la pide para sí, sin recordar de la infeliz Dorotea. Los padres de Lucinda que encuentran ventajas muy superiores, de posición y fortuna, en un enlace con don Fernando, violentan la voluntad de Lucinda para casarla con el falso amigo y falso amante, y sobre esos lances se borda una linda novela, que tiene desenlace feliz e inesperado en la venta donde todos se reúnen por artificioso azar. Una y otra de las dos mujeres son la faceta del amor constante.

* * *

La novela del Curioso Impertinente, que no obstante estar enquistada en el Quijote debiera contarse entre las ejemplares, nos revela el peligro para la mujer en las acechanzas del amor prohibido. Está planteada en términos difíciles; no se trata de una mujer coqueta, ni siquiera vanidosa, ni mucho menos prostituída. Es, por el contrario, una mujer honesta y harto enamorada de su joven marido; es rica, aristocrática, refinada. Es también cristiana, de ese tipo medio de cristianas cuya fe, recia y todo, no llega a apoderarse total e irrevocablemente de la médula misma del alma; aparentemente es una fortaleza, la defienden como bastiones su honestidad y su amor; nada más lejos de ella que la deslealtad y el perjurio.

Pero el esposo, pretendiendo averiguar demasiado el espesor de los muros de aquella fortaleza, incurre en la locura, en la insensatez obsesionante, de pedir a

su atractivo amigo Lotario que armado de todas armas asalte la posición y pretenda escalarla. Hay disputa, protesta, indignación de parte del amigo sincero que juzga aquello como es, una locura y una gran majadería; pero ante la insistencia insólita, finge aceptar y valiéndose de una noble martingala hácele creer que ya intentó el propósito con resultados negativos, y que puede fiar en lo inexpugnable de su fortaleza; pero es descubierto su artificio y se hace preciso aceptar de veras el malhadado encargo. . . ¿Y quién sabe si aquella temeridad del marido curioso, del curioso impertinente, habría agitado en Lotario un inconsciente aleteo interior, misterioso y secreto?

Las armas fueron la plática suave, la compañía frecuente, la vanidad dormida en el menos vanidoso de los seres y, sobre todo, la vibrante elocuencia, recóndita e irresistible, del amor; porque en la prueba, el primero en sucumbir fue Lotario.

El arma de una súbita pasión abrió brecha en la muralla, y el corazón de Camila quedó prisionero en la red angustiosa del amor adúltero. Entonces se despiertan en aquella mujer, que nunca hubiera parecido capaz de convertirse en una pecadora, los rasgos característicos del amor culpable: el cinismo y la astucia. Y fina, delicadamente, se entreteje una dolorosa comedia para mantener a Anselmo en su terrible engaño.

* * *

Teresa Panza es, como su excelente marido Sancho, un tipo de buen sentido: práctica, observadora, desconfiada; se da al diablo con las aventuras escuderiles de su marido, pero en el fondo alienta una esperanza oculta de transformarse en gran señora, de ascender en el escalafón social apenas entrevisto en los discursos prometedores de Sancho.

El buen sentido resiste no obstante, y se revela en una fibra sensible, el porvenir de su hija; Sancho quiere convertirla en una dama medio princesa, y casarla con algún caballero de alforja y alcurnia; y Teresa, no obstante el evidente halago, opina que es peligroso sonsacar a la muchacha del rústico medio que le es natural. Después, en la carta que escribe a Sancho, ya gobernador de la ínsula Barataria, en pleno camino de fortuna y honor, le da una serie de consejos que son verdaderas máximas de filosofía popular, de sentido común, de comprensión espontánea; pero, en medio de todo, bulle el regocijo, retoza la alegría, se estremece por dentro de satisfacción que rebosa pensando en su cambio completo de fortuna, y sospechando todo un mundo que alienta y vive, grato y rumoroso, más allá del horizonte manchego.

* * *

Conviven en las páginas del libro, desfilando parsimoniosamente, la altiva duquesa para quien es la vida un divertido espectáculo; la doncella Altisidora y la princesa Micomicona, maliciosas y picarescas, que fingen admirablemente, representando el amor de burlas; la dueña doña Rodríguez, celosa, intrigante, que hace una obra de arte de la sutil murmuración; y doña Tolosa y doña Molinera, las mozas de la venta, que entre burlas y veras, entre atrevidas, suspensas y temerosas, con la socarronería de los tipos genuinamente populares, asisten en calidad de damas al señor don Quijote, en la venta encantada en que a la luz de la luna vela sus armas para armarse caballero. . .

Polémica Frívola

A Luis Vega Monroy

El idealista es un hombre en la plenitud de la edad, grueso, sanguíneo, enérgico. Su aspecto es el de un burgués acomodado, satisfecho de la vida y contento de sí mismo.

El utilitario es joven, pálido, delgado; un tipo romántico con suave cabellera dorada y amplia y soñadora frente; diríase un poeta sumergido en la contemplación serena de un ideal luminoso.

La vida está llena de estas pequeñas y rudas contradicciones.

El idealista y el utilitario han escalado una pequeña montaña, y han hecho alto en una plazoleta frondosa, pletórica de frescura y de verdor. Hay sobre ella una especie de bóveda oscilante que se forma con la trabazón vigorosa de las ramas enlazadas, recubiertas por el follaje oscuro.

Hacia el Oriente se abre un arco en la plazoleta, mirador natural desde el cual se domina un panorama soberbio, diluído en la distancia, en tonos claros, transparentes, como si lo velara una tenue cortina de vapor. Un horizonte hundido, sin contornos ni relieves, como la noción humana de infinito, imprime al paisaje un sello de gravedad solemne, de distancia perdida, de vaguedad indefinible. No hay color en el panorama, hay solo transparencia, claridad mate en la que los tonos diversos parecen confundirse, una especie de fu-

sión insensible y gradual de lo vario en lo uniforme, que es precursora de la noche en el atardecer acuoso y pálido del oriente.

El idealista y el utilitario se abisman en la contemplación del panorama, como suspendidos por un maravilloso sortilegio invencible, por una sensación enervante y extraña hecha de suave melancolía, de grata paz, de fresco reposo interior.

Durante la tarde quieta habían conversado de cosas vanales, produciéndose las ideas en curvas sorprendentes, en trayectorias amplias, atrevidas y armoniosas, como el vuelo vigoroso de las aves marinas.

Al llegar a la cumbre de la leve montaña, después de contemplar unos instantes el valle luminoso, siguieron devanando como hilos invisibles sus pensamientos sin rumbo, y fue desenvolviéndose la polémica frívola.

* * *

—Don Quijote y Sancho Panza, espíritu y materia, son como un resumen glorioso, como una síntesis perfecta de la pobre humanidad; representan dos facetas, una pulida, brillante, magnífica; la otra áspera, tosca, plebeya. La humanidad se debate convulsa en una lucha perenne entre los dos tipos fundamentales; al final, su triunfo será el triunfo de don Quijote.

—Poco a poco, amigo mío; me parecéis muy fácil en tomar partido; vuestra natural vehemencia os conduce con excesiva prisa a romper lanzas contra el pobre Sancho, de quien gran necesidad tuvo don Quijote.

—Necesidad de caballero enoblece y eleva al escudero.

—Os desbordáis, mi querido y soñador amigo. Hay en los hombres de vuestra estructura sentimental una inclinación inexplicable, casi morbosa, a admirar como obsesos al señor don Quijote; y por contraposición pa-

sional, a condenar enérgicamente cuanto no sea romántico, sublimado y superfirolítico.

—Es que ese aspecto romántico que en vuestro afán de considerar al hombre como un animal superior juzgáis un producto de la fantasía, transforma a ese animalito tan notable que vos suponéis ser, en un manantial de desinterés y de nobleza, y de pródiga bondad.

—Novelerías; la vida es algo completamente distinto de la ficción, y sobre todo, de la ficción caballeresca.

—Al contrario; en la vida constantemente tropezamos con el fenómeno sentimental, con el conflicto emotivo, con el impulso interior; la bondad y el valor serán siempre dos virtudes fundamentales.

—Sin duda que el valor constituye un mérito muy grande, como que entraña fuerza, personalidad, aptitud para la lucha, capacidad para la victoria. . .

—¿Conque os pasáis tan pronto a mi campo con armas e impedimenta?

—Nada de eso, mi querido amigo; el valor y la bondad de los soñadores son de otra clase. El valor inútil, aquilatado por un concepto subjetivo propio; la ausencia de malicia para penetrar por los repliegues oscuros de la malicia ajena; la claridad de ingenio para discurrir sorprendentemente las teorías más sutiles y luminosas, y una absoluta incapacidad fundamental para las cosas prolijas, minuciosas si queréis, pero prácticas y concretas de la vida; eso fue y eso sigue siendo el señor don Quijote, asendereado, noble y valeroso personaje que se lanzó por los polvorientos caminos de la Mancha, sin medir tropiezos ni calcular obstáculos, fiado solamente en la luz de las estrellas, que dan por cierto muy menguada claridad.

—La serenidad gloriosa, el valor desinteresado, la sublime indiferencia de que os burláis, son muy con-

formes con la sustancia alada del espíritu humano. . .

—Eso de la sustancia alada. . . me parece un poco sutil y un mucho hiperbólico.

—Sin duda, si prescindimos de lo que tenemos de superior, de las virtudes fundamentales, de la elevación moral y del desinterés, para considerar sólo lo que tenemos de arcilla, de materia vil, de sensualismo y de animalidad.

—Otra vez castiga el caballero andante a su fiel servidor, al sufrido escudero, al que carga las alforjas, tiende las mantas, lava la escudilla y cuece el alimento; los trabajos serviles, señor mío, tienen también su miaja de grandeza, poseen la ignorada riqueza de la pobreza honrada y la invisible excelsitud de la santa humildad. Los soñadores, los caballeros, los héroes legendarios, son en cambio vanos y soberbios, presumidos y fatuos.

—Demócrata estáis. Sin embargo las jerarquías son necesarias, útiles e inevitables, y vos, utilitario y práctico sobre todo, si no queréis ser ilógico tendréis que ser partidario de su existencia.

—Y lo soy, sólo que no condeno a las clases inferiores, a esas que según vosotros son las únicas hechas de arcilla y de materia vil, para ensalsar y prosternarme turbado de admiración ante las clases superiores, tal vez hechas con cera virgen y sutil esencia de rosas.

—No exageremos tanto, lo que yo condeno no es lo humilde, sino lo plebeyo.

—Es que a lo que llamáis plebeyo es simplemente el aspecto contrario al del caballero andante y al del poeta dilicuescente.

—Y ese aspecto contrario, vuestra observación directa, vuestra sabiduría experimental. . .

—Decid si queréis el interés egoísta, que es el que mueve por razón de naturaleza desde la célula más

simple hasta el más complicado organismo. . .

—Perfectamente denominado, el interés egoísta, la añagaza inevitable, el cálculo oportuno, el ingenio plebeyo, la burla socarrona, la razón picaresca y mal oliente; eso es el labriego Sancho Panza, vuestro tipo sublime.

—Sí señor, el labriego Sancho Panza metido a escudero, que se atiene mejor a sus manos callosas y a sus pies de palurdo, a su rústico estómago, a sus ojos sin sueños pero también sin sombras, que a las más pintorescas y galanas historias, leyendas y fantasías del universo entero.

—¿Según eso creéis que Cervantes cometió una injusticia, o tuvo un falso concepto del valor de los caracteres, cuando colocó al que camina en pos, sobre el lomo manso de un borrico vulgar?

—Nada de eso; el error de los soñadores agudos radica en suponer que Cervantes presentó dos tipos en pugna y contradicción perpetua y en pretender que la parte buena y noble de la humanidad está representada por el primero, en tanto que la escoria del cuerpo y del espíritu está amasada en el segundo.

—Así fue en efecto, y así está bien. La vida no es sino eso, una pugna constante entre el noble y el ruín, entre el caballero y el villano, entre el santo y el perverso, entre el bien la verdad y la belleza y el mal, es decir, las tinieblas. Yo tomo partido por el noble, por el caballero, por el santo.

—Sobre parecerme que hacéis una gran confusión al meter la santidad, que es virtud heroica fundada en el amor de Dios, entre la caballería y la nobleza de vuestras imaginaciones, creo que los dos tipos son incompletos en su realidad incomparable, porque en el mundo no hay ni puros Quijotes como vos querríais, ni sólo Sanchos Panzas como sospecháis los soñadores que nosotros queremos. Los hombres somos, vos mismo lo

sois aunque os espante, una combinación más o menos armónica de los dos temperamentos básicos, de los dos elementos sustanciales, materia y espíritu, instinto y pensamiento, egoísmo y desinterés.

—Convengo en todo; pero los mejores, y por tanto el tipo ejemplar, son aquellos en los que predomina el jinete del flaco rocín; los que quitan el moho de las viejas armas de los bisabuelos y rehacen la vieja celada con pedazos de cartón, embrazan su escudo y enristran la lanza, y se van, caballeros andantes por la vida, a través de campos, ciudades y caminos, entre las bárbaras muchedumbres modernas que no tienen alma y que no tienen fe, amparando al desvalido, consolando al triste, restañando la herida, imprimiéndole un valor superior a la existencia humana, imponiendo el espíritu, centelleante y glorioso, sobre el avorazamiento brutal de la carne.

—Excelente discurso pero fugaz elocuencia la vuestra. Cómo me entusiasmarían esos nobles caballeros que vos pintáis, si no ocurriera en la realidad una cosa tan triste y lamentable como cierta.

—¿Y es ella?

—Que en ocasiones se encabrita la pobre bestia que todos llevamos dentro, y el noble caballero desciende con premura del hidalgo rocín y le monta al primer asno que encuentra en el camino.

—Posiblemente... pero también suele ocurrir lo contrario. Personajes existen cuya vida transcurre pegada a la tierra, cuando no debatiéndose en el fango, que de pronto, movidos por un súbito afecto, por una idea fuerza, por un impulso agudo que penetra en sus almas como rayo vivísimo, se remontan del suelo y se elevan a inaccesibles alturas. Es un don de Dios al espíritu humano.

—Me parece a mí que se abusa un poco de la calma infinita con que el espíritu humano escucha cuanto de él se dice.

—Es preciso exaltar una cosa para compensar así lo que se le niega, y que en justicia le pertenece.

—Lo cual será muy dialéctico, pero muy inexacto. Los tipos normales, es decir, los aptos para la vida, son aquellos en que un mesurado equilibrio se produce de idealidad y de realismo, de nobleza y de malicia, de egoísmo y de desinterés.

—Pretendéis la coexistencia de cosas que se excluyen; ese apocado término medio, esa especie de eclecticismo sicológico y moral es imposible; originaría seres híbricos cabalgando constantemente sobre la línea divisoria entre el bien y el mal; serían aquellos despreciables de quienes dijo Dante que no me ecieron ni alabanza ni vituperio.

—Pues ese es, amigo mío, el común de los mortales. Con gentes de esa especie convivís; a gentes así saludáis todos los días, os sentáis a su mesa, y os codeáis en el teatro, y les prodigáis vuestras mejores sonrisas, y los llamáis amigos.

—Para mí el amigo ideal es aquel que ama la naturaleza, que escribe un libro, que remedia una necesidad, que abre a todos su despensa.

—Nada hay de malo en ser capaz de amar la naturaleza y de explotarla si a mano viene y hay coyuntura para ello; en escribir un libro, y en venderlo bien; en remediar una necesidad ajena y en preveer con juicio las propias necesidades; en abrir ampliamente la despensa a los amigos y en tener con qué llenar oportunamente la despensa. Tan loco y anormal es el pródigo como el avaro; el soñador que quiere vivir soñando eternamente, como el glotón que quiere vivir comiendo a dos carrillos. Ni todo son castillos ni dueñas ni princesas en la vida, ni todo son alforjas repletas, molicie y regodeo. Bueno es, en el tránsito por el mundo, disponer de un asno y de un rocín, cada cual para

su propio menester; y ser capaz de reunir con justicia pero con empeño las áureas aunque viles monedas tan útiles para discurrir con provecho por esas calles de Dios.

—Pero es mejor que eso vivir más noblemente; esgrimir la lanza fuerte y generosa; y aún caer, con el pecho abierto. perdiendo por la herida el jugo caliente de las venas. . .

—Mas nada de eso obsta, mi soñador amigo, para haber testado oportunamente, evitando en lo posible a los afligidos deudos las peripecias innecesarias de un prosaico juicio sucesorio.

* * *

La noche había cerrado. Por el arco del mirador llegaba el hálito tibio del valle. En el cielo, limpísimo y profundo. cintilaban las estrellas. El utilitario, echando atrás su cabellera romántica, sumergió en ellas su mirada suave, honda, como abstraída en la contemplación de un ideal luminoso, y el soñador inició, jadeando un poco, el descenso de la montaña.

Aventura de Capa y Espada

A Carlos Blanco

Con Felipe de Jesús —siglos antiguos, caballerescos— nuestro pueblo se asomó al ancho mundo Fue un asomarse universal, católico, en el que México se fue al Lejano Oriente en un afán de sandalias predicantes, hambrientas de Dios y buscadoras de almas. Y Felipe de Jesús quedó allá, como un testimonio indeleble de la raza, agujereado por las flechas de la bárbara paganía. España, después sellaba su juramento con la Cruz, en el Japón legendario, ofrendando la sangre de Francisco Xavier, el Impaciente. Y en reminiscencia casi hispánica, un francés no sólo de Francia sino de todas partes —hijo excelso de San Vicente de Paúl— moría martirizado en playas japonesas, a manos de quienes eran los civilizados, los cultos y los fuertes de aquel tiempo y en aquella tierra: Juan Gabriel Perboyre, misionero que rezó en japonés y en chino el viejo sermón de la montaña.

Francia, empero, se encogió en la Enciclopedia; y sus héroes comenzaron a morir en la Costa Azul junto a las ruletas de Monte Carlo. Y España, agotada por los siglos, aguijoneó a Antonio María Claret en las calles de Madrid, allá en los vestíbulos decadentes de doña Isabel II.

México, por su parte, brilló a lo largo de la espada de don Porfirio Díaz y hacia afuera, hacia el extranjero, salió el café turista y prieto, y a veces también

el hijo del potentado —político o agricultor— que iba a "estudiar" al bosque de Bolonia, bajo la tibieza sensual de las estatuas blancas. Los pueblos todos se encogieron, se achicaron, en el egoísmo y en la frialdad del pensamiento liberal, necio, racionalista. Fuimos libros pequeñitos, escasos, enjutos; mundillos de juguete, gatos de azotea. Profesamos un nacionalismo ocioso de tarjeta postal, olvidando la misión de la estirpe que en otros días nos hizo caminantes de la aventura y de la divina tragedia.

Pero vino un día a estas viejas latitudes un tal monseñor Escalante. Un apellido de sentido dinámico —escalante, sólo se escalan las alturas— y se creó entonces el Seminario Mexicano para Misiones Extranjeras, que constituyó entre nosotros un avanzado retroceso histórico. Muchos otros con la visión luminosa de Felipe de Jesús, Motolinia, Gante y Margil —tan anónimos como grandes, tan olvidados como ciertos, tan obscuros como gloriosos— comenzaron a abordar los barcos, inquietamente, hacia la China y hacia el Japón. . . Monjas blancas —las madres Trinitarias— llevaron puñados de tierra mexicana a las regiones orientales. Y allá, en Pekín, en Nankín y en otras ciudades misteriosas, ahora sumergidas en la paganía comunista, encendieron lámparas a Nuestra Señora de Guadalupe, ante quien irían a rezar los misioneros mexicanos antes de partir a la pelea. No muchos saben —lo saben muy pocos— que en México existe un Seminario de Misiones Extranjeras. . . Que nuestra Patria responde ahora a su vocación ecuménica; que hay un anudarse de la historia en este momento de los nacionalismos obtusos; que queremos darnos, entregarnos al mundo, en una aventura de capa y espada en el nombre glorioso de Jesucristo Redentor. Hoy nos acordamos de un Gil Blas piadoso y de un Quijote místico. Nos sabemos herederos de Santa Teresa, la de Avila de los

Caballeros y salimos —Seminario afuera— a "fundar" la sangre de Cristo en regiones cóncavas de paganía, en el Japón atomizado y en la China en quiebra con sus ídolos y sus invasores criminales.

¿Quién ayuda en México a la obra esforzada de las misiones extranjeras? Porque debiera ayudarse a dicha Academia de diplomáticos mexicanos que, sin medallas ni cartas credenciales, llevan nuestra bandera a playas remotas, para clavarla allí, para hincarla, para sembrarla en un prestigio mártir y heroico, que sólo engendra la fe, que riega sólo la esperanza, que sólo nutre la caridad.

¿Qué cosa se enseña ahí a los futuros diplomáticos de la mexicanidad ecuménica? Tendrás hambre muchas veces. Muchas veces tendrás frío. Hallarás el martirio, tal vez. Una tumba desconocida siempre. . . Y si no que lo digan las monjas mexicanas que han caído, en medio de la universal indiferencia. Y que lo digan si no las que quedaron hasta el último día defendiendo de las garras del comunismo a sus chinitas huérfanas y a sus chinitos menesterosos.

Los niños orientales —que mucho se parecen a nuestros niños—, se apretaban los oídos a la hora de las bombas e iban a cobijarse en los mantos de las madres mexicanas —religiosas de la Trinidad— mantos que extendidos anchurosamente, a la vez que son guadalupanos semejan también los pliegues de una bandera tricolor. . . México es en aquellas tierras —en esta hora crucial de persecuciones rojas— un simbolismo viviente y un refugio de la esperanza y del espíritu.

Se pide ayuda para el Seminario Mexicano de las Misiones Extranjeras. No es un pedir frívolo, no es un pedir pedigüeño. Es pedir en nombre de México y de su vocación universal. Es justo que ayudemos a que la Patria se alargue, se expanda en un imperialismo san-

to, y lleve a todas partes el mensaje trascendente de Dios. Es justo dar lo que podamos para esa obra magnánima, la más mexicana sin duda de las obras mexicanas, pues que responde a la voz de la sangre, de la estirpe y del espíritu: somos, esencialmente, un pueblo misionero.

China —tierra afligida, crucificada, amenazada por la subversión humana—, sacude nuestras puertas tras las cuales se amontonan tesoros seculares de fe, de esperanza y de vida. Nuestra sangre y nuestra alma, conjugadas en misión apostólica, deben ir a esos pueblos. Y mientras otros van con sus bombas, con sus máquinas de muerte, con su trayectoria de sangre y de exterminio, nosotros hemos de ir con el mensaje viejo y nuevo de la redención cristiana.

¿Qué hacen los misioneros y las misioneras en aquellas tierras? "Celebran" una misión sencilla y grande. Ellas y ellos pueden escribir ahora mismo lo que hace siglos escribiera a Carlos Quinto, el Emperador del mundo, el humilde Pedro de Gante: "Allende de este y otros trabajos de diversas maneras tocantes a la conversion que es largo de contar, he tenido e tengo cargo de enseñar los niños y muchachos a leer e escribir e predicar e cantar. . ." Hoy, como ayer y como siempre, la vocación misional es una vocación civilizadora: enseñar, no sólo el camino de las almas, sino a "leer, escribir e cantar". Es formar un mundo, crear pueblos, alargar el sentido cristiano de Occidente. Por eso España —la España de ahora y de siempre— da impulso y vigor a las misiones extranjeras; se ocupa de ese "quehacer" imperial —imperialismo en el sentido recto y perpetuo— que va fundando la semilla de Cristo ahí donde el mundo es enjuto y renuente. Nosotros, participantes de ese espíritu misionero de España, tenemos ya nuestro Seminario de Misiones Extranjeras. Y hemos de ayudarlo, de acudir a sus necesidades, y más

que todo, hemos de fomentar las vocaciones misioneras para prestigio y lustre de la Patria.

Hoy todo se mueve, todo se hace con un sentido de universalidad. Los credos epicúreos, egoístas, estrechos, han cedido terreno a los credos expansionistas. El comunismo es —pretende ser— la irreligión universal que se abre paso por la violencia. Ahí está China. Ahí está Corea, apiñada sobre un volcán de dinamita soviética. Realicemos también nosotros nuestro expansionismo vital. Alarguemos nuestras raíces hacia el mar para que México sea la nave ancha que surque los océanos, adornada —penacho de colores— con las banderas de Cristo y de la mexicanidad. . .

A Roberto Blanco Moheno

Una vez más vamos a referirnos a usted, Roberto Blanco Moheno, que de buen periodista que era se ha transformado en mal historiador, en paranoico perseguido y además en embustero y vanidoso.

En un artículo publicado por usted recientemente en el semanario "Claridades", dice muchas cosas de mí. Entre otras, las más importantes, y a las que voy a contestar, son las siguientes:

Que he abierto una campaña "soez, sucia y cobarde" contra usted, con motivo de sus afirmaciones en el sentido de que Cárdenas mandó matar a Carranza. Falso; en "ATISBOS" nos limitamos a probar, mediante un juicio crítico, que el documento presentado por usted, Blanco Moheno, como prueba de su aserto, es un documento falso. Jamás insultamos al amigo y compañero Blanco Moheno. Al contrario, lo tratamos con la mayor consideración personal. Es más, cuando usted, Blanco Moheno, me habló por teléfono enviándome un ejemplar de su excelente libro "Cuando Cárdenas nos dio la Tierra", y me suplicó un comentario "que sería —dijo— muy oportuno, ahora que la tercera edición está a la venta", hicimos un largo artículo encomiástico y publicamos en primera plana este titular a todo lo ancho: "Grandes Libros de Grandes Periodistas". Ya ve, Blanco Moheno, que anda usted peleando solo.

Por supuesto, ni cuando me habló para pedirme el comentario, ni cuando volvió a hablarme para agradecérmelo, tuvo usted en cuenta que yo no soy sino un execrable cristero, como me llama amablemente en esas turbias "Claridades". Espero que para estas horas haya logrado ya purificarse usted de la contaminación a que lo obligó su vehemente deseo de ser comentario en "ATISBOS". Y que ya haya logrado sobreponerse al humillante bochorno que debe haberle producido el elogio —solicitado, aunque en realidad, justo— que le hizo este nauseabundo cristero.

Informa usted además, al público lector, que mi resentimiento con usted puede tener su origen en el "miedo pánico" que le tuve, y a los "baños" que me dio en un programa de televisión en el que tomamos parte usted, Luis Spota, Regino Hernández Llergo y yo. Y asegura que me fingí enfermo para retirarme del programa.

Lo último es también falso. No me fingí enfermo. Desgraciadamente estaba no sólo enfermo, sino bastante enfermo entonces. Y me limité a decirlo, no a exhibir certificados médicos, en lo cual nuevamente falta usted a la verdad, señor Blanco Moheno.

En cuanto al "miedo pánico" que le tuve y a los "baños" que me dio, es otro cantar, porque eso sí es cierto. Usted, Blanco Moheno, es un hombre tan inteligente, tan elocuente, tan culto y tan refinado; posee tal don de persuación y maneja tan delicada y elegantemente el estilo, la palabra y toda forma de la dialéctica, que sólo un temerario o un inconsciente puede no sentir "miedo pánico" al enfrentarse a un adversario de tamaña estatura intelectual y moral. Y yo podré ser un ignorante en todas las cosas que el señor Blanco Moheno domina a la perfección, pero un temerario o un inconsciente, no lo soy. Y, claro, tuve que fingirme enfermo para no exponerme al ridículo pretendiendo ri-

valizar, a mis años, con el antiguo joven Blanco Moheno.

Se duele usted y se contrista, acucioso investigador histórico y divulgador infatigable de documentos importantes aunque falsos, de haberme llamado varias veces caballero. No le dé la menor importancia a eso; si se ha equivocado usted en cosa tan trascendente como la de considerar auténtico un manuscrito hecho a máquina, ¿qué de particular tiene que se haya equivocado en considerarme un caballero? La verdad es que, cuando menos, tengo toda la apariencia. Y eso explica ampliamente este otro error suyo. Menos aún debe preocuparle haberme creído un caballero y haber mudado ahora de opinión. Si bien es cierto que, conforme al adagio popular, es de sabios cambiar de opinión, no tenga ningún pendiente, usted también puede hacerlo.

Evoca usted, Blanco Moheno, los días felices en que ganaba doscientos pesos semanales en el periódico "Diógenes", de un tal Serafín Iglesias. Y hace notar mi monstruosa ingratitud, porque en ese entonces prefirió renunciar a su puesto a hacerse cómplice, aunque fuera con el silencio, de la miserable calumnia de que pretendieron Iglesias y sus camaradas hacer víctima a mi hijo. Y ahora —sin el menor asomo de sarcasmo y con la mano puesta en el corazón— declaro que esto sí es absolutamente cierto. Y que esa noble acción de usted, Blanco Moheno, que he relatado mil veces a muchas gentes, se la agradecí entonces, se la agradezco ahora y se la agradeceré siempre. Lo que lamento es que el agradecimiento por una actitud honrada de la que ahora se arrepiente usted no sea nunca ni pueda serlo, motivo bastante para aceptar como buenos y legítimos documentos notoriamente falsificados, ni aceptar como verdaderas, afirmaciones como la hecha recientemente por usted, belicoso historiador, en el sentido de que todos los periódicos de México debemos

millones de pesos a la Nacional Financiera. Naturalmente tuvimos que decirle que eso —por lo que a "ATISBOS" se refiere— es mentira, puesto que "ATISBOS" no debe ni a la Nacional Financiera ni a nadie, un solo centavo, gracias a Dios. Dicho esto último de gracias a Dios, con todo el respeto debido a su elevada mentalidad libre pensadora.

También menciona usted la imputación de origen rojiblanco, de que estamos ligados en intereses comerciales y lucrativos con la Embajada Norteamericana. Bueno, ya sabemos que valor y presencia de ánimo no le faltan para afirmar —bajo la fe de su palabra— cualquier atrocidad. ¿Qué otra cosa podríamos decir a propósito de esa tontería, sino que además de absolutamente falsa, es inefablemente estúpida?

Y viene ahora lo más importante en el intempestivo desahogo del sereno y equilibrado historiador que es usted. Me amenaza empavorecedoramente con que ya está llegando en la publicacion periodística de su "Crónica de la Revolucion", al movimiento cristero. Y hasta aventura que la "soez, sucia y cobarde" campaña que he emprendido en su contra, puede ser ocasionada por el temor, digamos "miedo pánico" que suena más bonito, a las revelaciones que hará acerca de lo que llama muy finamente a la francesa, terrible "massacre" que yo provoque hace treinta y dos años.

No, amigo mío; la matanza, como decimos en castellano los ignorantes, a que usted se refiere no la provoqué yo; la provocó, aunque su ciencia histórica opine otra cosa, la intemperancia aguda y el sectarismo rabioso del general Calles, que nubló con ese criminal disparate sus brillantes cualidades de estadista. Declarándome a mí provocador de la "massacre" no va usted a llegar a ninguna parte. Para que vea que le aprecio de veras a pesar del "miedo pánico" que me inspira, le voy a dar un norte mucho mejor, una verdadera y

preciosa cantera de donde puede usted sacar maravillas en contra mía, en relación con el movimiento cristero: existe un libro escrito por don Alberto María Carreño, cuyo título no recuerdo, pero eso para usted que es un investigador no tiene mayor importancia, en el cual el autor, por error y por pasión explicables en los confusos días en que escribió, nos pone a los que fuimos jefes de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, como chupa de dómine. Pero muy en particular, y con verdadera delectación a un servidor de usted. Dice, entre otras muchas cosas, que yo estafé muchos miles de dólares al cardenal Hayes, Arzobispo de Nueva York, y en general a todos los señores Obispos y al clero norteamericano. Que fui un impostor porque, usando credenciales falsas, me hice pasar por representante del episcopado y de los católicos mexicanos, y como jefe, sin serlo, del movimiento cristero. Que engañé a todo mundo; y en fin, que me porté como un verdadero canalia. Verá, verá, ahí hay tela de donde cortar.

Claro que como usted es, ante todo, un investigador histórico. puede que se le ocurra pensar que nada de eso ha de ser cierto, puesto que, después, en La Habana y abandonado de todos, viví cuatro años en la miseria; y más tarde, después de once años de destierro, regresé a México con una mano delante y otra detrás.

Pero para eso me tiene usted a mí, para refutarlo, pero también alguna vez para ayudarlo en sus investigaciones históricas. ¿Qué le parece a usted, por ejemplo, esta clara explicación?: Todo el dinero que estafé, más el valor de los edificios que compré en San Antonio, Texas, lo dilapidé en el juego, en parrandas, en borracheras y en drogas. ¿No está bien? Después de lo del manuscrito hecho a máquina, no veo que tenga nada de malo esta explicación. . . También bastante histórica.

Pero hay algo más que será para usted de inapreciable valor. Existe un grupo de personas —citaré a

Jesús Guisa y Acevedo, a Fernando Díez de Urdanivia, a Pedro Vázquez Cisneros, a Efraín González Luna—pero hay otros muchos más, honradísimos católicos y excelentes personas, que le darán argumentos inagotables en contra mía, como ese tan impresionante que Guisa Acevedo ha publicado, de que mi madre murió por la pena que le causaron mis traiciones al catolicismo; y ese otro, del mismo filósofo por lo vaina, de que yo, de acuerdo con Calles, provoqué la persecución religiosa para darle ocasión de destruir a la Iglesia. Algo muy por el estilo de lo que usted ya sugiere, con tanta originalidad, en sus oscuras "Claridades".

Más que esto, ya no puedo hacer para servirle. Y no le digo para concluir que me pongo incondicionalmente a sus órdenes, como indica la cortesía, porque es usted muy capaz de tomarme la palabra.

POST SCRIPTUM:

De lo soez, sucio y cobarde que soy, le ofrezco solemnemente que trataré de enmendarme. No de golpe porque esas cosas, como la afición a las drogas por ejemplo, sólo se logra corregirlas muy poco a poco. De otro modo se daña la salud. Desde luego me propongo abandonar el estilo de escribir ordinario y plebeyo que me caracteriza, y tratar de leerle mucho, para ir asimilando pausadamente la pulcritud, la decencia, la galanura y la elegancia que resplandecen en todos sus escritos. ¿No me tomará a mal, maestro, que me aproveche así, un poco alevosamente, de las ejemplares lecciones de ética que constituyen la más pura esencia de su vida?

BAJO EL SIGNO DE ATISBOS

ANDANZAS DE UN PERIODISTA

Y OTROS ENSAYOS

RENE CAPISTRAN GARZA

MEXICO, D. F.
1 9 5 8